

Un fragmento de miedo

John
Bingham



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

El protagonista de *Un fragmento de miedo*, James Compton, es un joven escritor de novelas policíacas. Un enigma el asesinato sin motivo de una anciana suscita su curiosidad y le impulsa a hacer averiguaciones que, más que esclarecer el misterio, le van sumiendo gradualmente en un mundo de temores, recelos y acechanzas, en el que conoce al fin el terror del peligro meramente sentido.

Lectulandia

John Bingham

Un fragmento de miedo

Selecciones Séptimo Círculo # 8

ePub r1.0

Maki 19.08.14

Título original: *A Fragment of Fear*
John Bingham, 1965
Traducción: Nélica Mendilaharsu de Machain
Selecciones del Séptimo Círculo nº 8
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: Maki
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1

Vivimos en una era peligrosa, y no sólo por la bomba de hidrógeno y los impuestos elevados.

El hombre siempre ha estado acechado por terrores tales como las pestes medievales, las invasiones mogólicas, las persecuciones raciales o la rapacidad individual. De paso podría añadir que al atribuir las olas de delincuencia juvenil a la incertidumbre de los tiempos es una bonita manera de sacudirse responsabilidades; sin duda, la más hábil desde que el insignificante acto de reconocimiento de Judas Iscariote apartó la atención de la política de fuerza de su época.

Como el pasado, el ciudadano corriente de hoy debe mantenerse muy alerta si no quiere sucumbir, víctima de los riesgos que reconoce a diario o de otros peligros que caen sobre él inesperadamente. Es posible que haya tenido una noción muy vaga de esos peligros hasta que, sorprendido y con la guardia baja, se ve obligado a hacer lo que puede por defenderse.

Y lo que puede suele ser más que insuficiente en muchas ocasiones.

El mundo continúa siendo una jungla, aun cuando las instalaciones humanas sean más grandes y los caminos que las unen suelen estar bien contruidos y tengan una falsa apariencia de seguridad.

Por lo común, el ciudadano corriente puede cumplir sin peligro sus actividades legales de día y de noche. Sin embargo, de tiempo en tiempo, cuando se abra paso por los senderos más difíciles, puede que sorprenda unos ojos que lo observan desde los arbustos, a ambos lados del camino, o que advierta movimientos cautelosos y el ruido de unas fauces que se abren.

Si es optimista, se encogerá de hombros y les prestará poca atención. Ésa fue mi primera reacción.

Pero ahora digo esto: los peligros varían en cierta medida, pero los animales de presa siempre existen. Quizá sean un poco más sutiles que en otros tiempos; pero, en el fondo, no mucho... en el fondo, no mucho... Y siempre están dispuestos a hacer el mismo uso cruento de sus dientes y sus garras.

No es necesario que se tomen en cuenta mis palabras.

En cierto modo, es mejor ser optimista. Es mejor confiar, como en todos los tiempos se ha visto obligado a confiar el ciudadano común, mal equipado para la defensa. De lo contrario la vida se haría intolerable. Y si, de vez en cuando, un zarpazo tira por tierra a un hombre común, ¿qué importa eso?

¡Somos tantos los que quedamos!

La primera parte de esta historia es simple, como suelen ser estos asuntos. Soy autor

de novelas policíacas, lo que significa que los personajes de mis obras son, en su mayor parte, ficticios; aunque en ocasiones la víctima tiene cierta semejanza con alguien que yo detesto. ¿Y por qué no había de ser así? Cada oficio tiene sus ventajas. El asesinar imaginariamente a la persona a la cual uno más aversión tiene, compensa en parte el resto de la labor.

Pero yo no conocía, en realidad, a Lucy Dawson y, por cierto, no la detestaba.

Sin embargo ahí estaba, una víctima servida en bandeja de plata; porque, aunque no había hablado nunca con ella, la había visto varias veces.

Era una mujer alta y delgada, de unos setenta años, nariz alta, sonrisa amable y una voz suave y educada. Me imagino que en Inglaterra vestía casi siempre de negro; pero como deferencia al calor de septiembre, en el sur de Nápoles usaba vestidos grises o de un celeste pálido.

La recuerdo más que nada de gris, sentada sola a su mesa, comiendo sola bajo los árboles del comedor al aire libre. Durante los meses de calor, el personal del hotel servía las comidas en aquel lugar, por donde —de vez en cuando— se veía correr lagartijas entre las mesas y desde donde se divisaban las luces de Nápoles, que titilaban al otro lado de la bahía.

Recuerdo vagamente el centelleo de los anillos de brillantes en sus dedos, y, con más precisión, la magnífica joya de amatistas y diamantes que pendía de su cuello, sujeta con una cadena de oro. La usaba noche y día, y recuerdo haber pensado que era un poco excesiva para el día y que, sin duda, la anciana se resistía a dejarla en su habitación.

Al margen de las fórmulas de rigor, que ella cumplía con la máxima cortesía, rara vez se la veía hablar con alguien; aunque me consta que, por lo menos, dos matrimonios trataron de entablar conversación con ella por razones de caridad social.

Los cuatro días en los que coincidimos en el hotel, los pasó leyendo diarios que se hacía enviar desde Inglaterra, o libros o caminando por la costanera, apoyada en un bastón castaño de oro y marfil. Más tarde me enteré de que, a veces, emprendía excursiones más largas en un automóvil de alquiler.

Luego dejé por una semana mi hotel próximo a Sorrento, para visitar Paestum, Cumas y otras ruinas romanas. Perseguía la rebuscada idea de situar un asesinato en Cumas, en la oscura caverna subterránea donde se supone que la sibila consultaba sus libros proféticos, o en el santuario de uno de los templos griegos de Paestum, o en la Villa de los Misterios de Pompeya o algún disparate por el estilo.

Mientras tanto, en mi ausencia, el asesinato se habla cometido casi en los umbrales de mi puerta, o por lo menos a unos pocos kilómetros: en Pompeya.

Recuerdo haber pensado que —de no haber conocido tan bien Pompeya en visitas anteriores— podría haber estado vagando por aquellas magníficas ruinas el día de su muerte.

Cuando regresé a mi hotel de Sorrento, gran parte de la excitación se había aplacado. La policía se había presentado y se había ido. La habitación que por un período había estado sellada, ahora sólo estaba cerrada con llave, a la espera de que alguien se hiciera cargo de las pertenencias de la muerta. Los huéspedes y el personal del hotel habían dejado de comentar en voz baja la tragedia. La gente nadaba y tomaba sol, y observaba a los pálidos recién llegados que se untaban con lociones bronceadoras. Las sombrillas de la playa parecían tan alegres como siempre. El barco recogía todas las mañanas a los excursionistas dispuestos a pasar el día en Capri, y el Vesubio dormitaba brumoso en la lejanía aparentemente satisfecho de los estragos que había causado en el año 79 de nuestra era.

La amable y solitaria Mrs. Dawson —fotografiada, disecada y limpiada— yacía ahora en el cementerio protestante de Nápoles; era como si la elegante anciana nunca hubiera parado en el hotel.

Naturalmente, ya había leído la noticia del crimen en los diarios italianos y estaba tan confundido como la policía de la península.

Sus anillos de brillantes y el valioso pendiente de amatistas no habían sido robados. Las liras italianas, por valor de unas siete libras, que guardaba en el bolso no habían desaparecido. El crimen sexual quedaba descartado por completo.

La habían estrangulado con una chalina de seda italiana, tras los muros de la casa número 27 en la Sección 12. Ella tenía varias de esas chalinas de seda en delicados tonos pastel con mezclas de castaños y azules y amarillos. No sé cuál utilizaron para matarla.

Hay un buen número de casas en Pompeya que no son más que un caparazón sin techo; las ruinosas paredes, de altura variable encierran cuadrados o rectángulos de tierra desnuda. Imaginé al asesino atrayendo a aquella anciana y frágil mujer a la casa número 27, luego inclinándose sobre ella —quizá con el pretexto de acomodarle la chalina—, cruzando las manos con un extremo de la prenda en cada una, y luego moviéndolas sorpresivamente, de modo que los nudillos comprimieran la arteria carótida a cada lado del cuello. La rapidez de la maniobra y la sorpresa habían impedido a la víctima pedir socorro. Es un método silencioso e indoloro para provocar la inconsciencia en dos o tres segundos. La presión sostenida ocasiona la muerte por falta de irrigación en el cerebro. Yo imaginaba el hecho de esa manera.

Si el método usado era ése, quería decir que Mrs. Dawson conocía a su asesino; porque no puedo imaginarme a aquel digno personaje Victoriano permitiendo a un desconocido que le acomodara la chalina y, por la fuerza física necesaria, tenía que haber sido un hombre.

Pero quizá hubiera sido un desconocido, y quizá el método hubiese sido menos limpio. Yo esperaba que no.

Me trasladé a la polvorienta Pompeya, no por morbosidad, sino porque —además

de libros— escribo artículos, y si alguna vez deseaba comentar este crimen sería útil visitar el lugar, verlo con mis propios ojos y tomar notas.

La curiosidad malsana de los visitantes ya se había extinguido y entré solo a la casa número 27, donde pude ver que, a unos veinte metros del lugar, una figura maciza y morena se levantaba de un muro bajo sobre el cual había estado sentada y avanzaba en mi dirección. Vestía el simple uniforme de los guardias encargados de impedir que los turistas arramblen con los restos de tesoros romanos que no están cobijados en el museo local o no se han llevado al museo de Nápoles.

Era un tipo tosco, de unos cincuenta años, miembro del partido comunista italiano, con quien yo ya había tenido largas charlas en ocasiones anteriores. Exteriormente amargo y avinagrado, yo sospechaba un interior tierno como la manteca. Atribuía todas y cada una de las desdichas que había padecido o padecía en su existencia, a las iniquidades del sistema capitalista.

Su nombre era Mario Bartelli. Mario Bartelli siempre admitía que el Vesubio había hecho un buen trabajo al destruir a los capitalistas de Pompeya, Herculano y otras ciudades. Pero el asunto había sido demasiado local. Lo que se necesitaba era otro tipo de erupción, que destruyera todo lo podrido y decadente del sistema. Por espacio de cuatro días antes de la erupción se habían sentido temblores de tierra que recordaban desastres anteriores, y eso había sido aviso suficiente para los tipos ricos y astutos, para la aristocracia ociosa, que tenía tiempo para pensar y organizarse. ¿Y qué había ocurrido? ¿Por qué no se habían encontrado esqueletos de caballos? Porque los ricos se los habían llevado todos.

En otras ocasiones, divertido a su manera como todo fanático, culpaba a la administración de su falta de propinas.

Los guardias de algunas secciones con uno o dos detalles especiales para exhibir, tenían la propina asegurada. El guardia que tenía a su cargo la casa de los Vetii, por ejemplo, estaba seguro de ganar una cuota diaria por abrir el armario que mantenía las pinturas indecorosas apartadas de los ojos prestos a escandalizarse.

Mario tenía algunos hornos de pan y algunos morteros en su sección. Se veían desde la calle. No había necesidad de desprenderse de una lira para ver hornos de pan y morteros.

Lo mismo ocurría cuando tuvo a su cargo la sección que incluía el anfiteatro. En esa sección había muchas tabernas y abundantes inscripciones en las paredes. A los romanos les gustaba echar un trago camino de la arena, y el trago les dejaba coraje para garrapatear sus *slogans* en las paredes. Pero las tabernas y las inscripciones podían verse por el precio de la entrada.

De modo que allí tampoco había propinas.

Los guardias rotaban; él también cambiaba de sección; pero siempre le tocaban las que se visitaban sin propinas. Para Mario Bartelli era evidente que él era una

víctima de la discriminación anticomunista.

Pompeya representaba para Mario comidas a base de féculas y tres habitaciones para él y su familia, en un mal ventilado edificio de hormigón, en Castellammare. Pompeya nunca significaría otra cosa para él.

Yo soy un enamorado de Pompeya, pero Mario Bartelli odia ese vaciadero caliente y árido. Para él los problemas del presente anulan el pasado con más efectividad de lo que jamás haya podido hacerlo el Vesubio.

Mientras se aproximaba y yo me internaba en la casa en la que había sido asesinada Mrs. Dawson, no pude por menos de reflexionar sobre las condiciones poco románticas en que se encuentra a la gente asesinada: un cobertizo desierto en un criadero de gallinas; las arrugadas sábanas de una cama de enfermo, con los fragmentos del cacharro que contenía el veneno; los zarzales a la vera de un camino barroso.

En Pompeya, el escenario era realmente excepcional, pero el rectángulo de tierra calcinada y desnuda, y el cielo en que se habían clavado aquellos ojos sin vista, tenían una desoladora semejanza con la escena de muchos otros finales intolerables.

Me volví en el momento en que Mario entraba en la casa número 27 y, por un instante, me pareció que su rostro surcado de ácidas líneas tenía una fugaz expresión de placer; pero quizá me haya equivocado. Se santiguó, comunista o no, en respuesta a alguna exigencia sepultada en lo más hondo de su subconsciente, y por la mirada de sus ojos adiviné en qué rincón habían hallado el cadáver de Mrs. Dawson.

Porque había sido Mario Bartelli quien la había hallado, veinticuatro horas después de su muerte, y por una vez en la vida había sido guardia en una sección en la que llovieron las propinas de reporteros y turistas.

Tuvimos una larga charla y, sobre la base de lo que me dijo y de lo que yo sabía sobre el carácter de aquel guardia, pude forjarme una idea que considero bastante aproximada de lo que ocurrió en aquella terrible mañana del 11 de septiembre. Quiero consignarlo por escrito, porque aún ahora —transcurrido un buen tiempo— no estoy muy seguro de lo que me ha de deparar el futuro.

A las diez de la mañana del 11 de septiembre, el sol ya quemaba. Mario Bartelli estaba sentado sobre un bajo paredón, a la sombra de un edificio en ruinas, casi en frente de la casa número 27. Apagó un cigarrillo barato, de manufactura estatal, y guardó la colilla en una lata, para aprovechar luego los sobrantes de tabaco, sumándolo al de otras colillas que allí guardaba.

Observaba con indolencia a Aldo, el guía, que pasaba conduciendo a un pequeño grupo de turistas americanos. No cabe duda de que estaba maldiciendo mentalmente a los turistas y a Aldo, quien se negaba con obstinación a unirse al partido comunista italiano.

Un instante después vio cómo el guía y su grupo cruzaban la calzada, unos metros más allá, avanzando torpemente sobre losas que, a intervalos regulares unen las aceras. Aldo se detuvo en ese lugar, como lo hacía siempre, y señaló las profundas huellas dejadas por las ruedas de los carros romanos.

—Se suele decir, damas y caballeros —zumbó la voz de Aldo—, que Pompeya fue destruida por la erupción del Vesubio el veinticuatro de agosto del año setenta y nueve de nuestra era. Ustedes acaban de comprobar que eso no es verdad. Gracias a la lava y al polvo volcánico, Pompeya y Herculano han sido *preservados* por la erupción; por eso podemos ver aquí, como en ningún otro lugar del mundo cómo vivían su vida los antiguos romanos.

Me imagino que a esa altura del discurso Mario Bartelli escupió, pensando que él también podría haber sido guía y ganar suculentas propinas, pero a los turistas no les habría gustado mucho lo que él tenía que decir.

«Sabemos con certeza que durante esa terrible erupción murieron dos mil personas, y es probable que en los campos vecinos hayan perecido muchas más — continuó zumbando Aldo—. Muchos de ellos eran esclavos que estaban saqueando las propiedades de sus amos».

Sin duda, Mario Bartelli se agitó irritado, pensando con amargura que los esclavos no hacían más que recuperar la riqueza que había sido arrebatada a su clase. Era una acción militante de la mejor especie. Oyó la voz de Aldo que se alzaba al alcanzar la cumbre de su perorata.

«En una carta a Tácito, damas y caballeros, Plinio el Joven, quien estaba en Mesina, ciudad próxima al lugar de la tragedia, narra que el mundo se oscureció, no simplemente como una noche oscura, sino como una habitación sin ventanas. El cielo estaba despejado. De pronto hubo un fortísimo y aterrador estampido y el cielo se fue oscureciendo gradualmente por las piedras y cenizas. El mar se retiró, dejando en la playa infinidad de criaturas marinas. Al principio se formó una horrible nube negra, surcada a intervalos por fuegos serpeantes. Los carruajes que huían por terreno que parecía llano eran sacudidos a cada momento como juguetes, al punto de que ni poniendo grandes piedras bajo las ruedas podía conseguirse mantenerlos fijos en su lugar. Las gentes gritaban y se llamaban entre sí en las crecientes tinieblas. Aparte de los esclavos dedicados al saqueo, otra gente había permanecido en Pompeya. Los enfermos, los inválidos y quienes consideraban el fenómeno como una cosa pasajera y no querían abandonar sus hogares.

»Y esos hogares, señoras y señores, quedaron sepultados a una profundidad de muchos metros, y la gente que no murió aplastada por los muros y paredes que se desmoronaban, sucumbió por las emanaciones ponzoñosas que acompañaban a las cenizas. Y al final no hubo escapatoria. Sólo la muerte en la oscuridad... en esa oscuridad que era como una habitación sin ventanas».

Este párrafo era el gran momento de Aldo. Yo mismo he presenciado una de sus representaciones y puedo asegurar que está magnífico cuando levanta y baja la voz con simulado fervor. Al llegar a la última frase siempre hablaba en un tono profundo y trágico, apenas más que un susurro, y luego hacía un silencio, a manera de homenaje a quienes habían muerto en aquella ocasión.

Fue en ese instante —mientras repasaba mentalmente las palabras de Lenin sobre la posibilidad de una transición pacífica al socialismo, bajo determinadas circunstancias— cuando Mario Bartelli vio la mariposa blanca perdida en los desiertos sin néctar de Pompeya y a una niña de unos nueve años, que había permanecido a la zaga del grupo conducido por Aldo y trataba de cazar al insecto.

Como la mayoría de los italianos, Mario adoraba a los niños.

Observó cómo la mariposa se asentaba sobre una piedra y la niña se aproximaba con toda precaución. Luego sonrió al ver que la mariposa escapaba en el último momento.

Estaba encantado. Los pensamientos se confundían en su cerebro. Unos momentos antes lo rodeaban las crueldades de una comunidad que se hacía servir con esclavos, el terror de la arena, las tinieblas sulfurosas de la erupción, los siglos de silencio y de muerte; y ahora volvía a brillar el sol y una delicada mariposa blanca jugaba con esta saludable niñita de tez sonrosada. Estas cosas le devuelven a uno la fe en el triunfo del bien sobre el mal, pensó o, por lo menos, me dijo que había pensado.

Avanzó paso a paso hacia la entrada de la casa número 27, por la que había penetrado la niña y la mariposa, con la esperanza de poder seguir observando la cacería y vaciló sobre sus pies cuando la criatura se precipitó hacia fuera y chocó contra sus piernas. Mario se inclinó para levantarla y dijo:

—¿Qué te ocurre?

Pero ella le eludió y corrió calle abajo; cayó al cruzar la calzada por el sendero enlosado, para llegar adonde estaban sus padres que aún escuchaban a Aldo, se puso de **pie** y continuó su carrera, sin molestarse en quitarse el polvo de sus rodillas magulladas, hasta que se arrojó en brazos de su madre.

Mario vio cómo Aldo y los turistas se apiñaban en torno a la niña y, repentinamente, tuvo conciencia de un insistente zumbido. Al volverse pudo ver una densa nube de moscas sobre la pared que separaba las habitaciones del frente y del fondo de la casa número 27. Se asomó, pues, para mirar la pared divisoria y luego volvió a salir a la calle y se apoyó contra la baja pared exterior, aspirando con desesperación el aire de afuera. Cuando la náusea hubo pasado, oyó unos pasos que corrían hacia él, y Aldo, el guía, se le unió.

—¡No entres! —exclamó Mario Bartelli—. Es un asunto para la policía.

Pero Aldo le hizo a un lado y entró. Cuando volvió a salir, Mario Bartelli le dijo:

—Quédate en la puerta y no permitas que nadie pase. Correré hasta la

administración para informar.

—Iré yo, si quieres —dijo Aldo—. Fúmate un cigarrillo. Iré yo.

Mario hizo un signo negativo con la cabeza. Era su deber informar personalmente de cualquier incidente fuera de lo común o cualquier irregularidad que se produjera en su sección.

Se volvió y echó a andar a toda prisa por la calle. Se sentía mal. En parte caminando y en parte corriendo, pasó junto al foro y recorrió la calle que descendía hasta el túnel llamado Porta Marina. Dejó atrás la penumbra del túnel y corrió bajo el sol, pasando junto a los vendedores de postales y recuerdos de viajes. Así, sudoroso, llegó al edificio de la Administración, próximo a la estación ferroviaria.

Durante parte del recorrido pensó en la niña.

No era bueno para una criatura de su edad ver un espectáculo como ése. Le podía provocar pesadillas.

Sólo una delgada pared en ruinas había separado la inocencia y la alegría del mal y la muerte.

La delicada mariposa la había llevado hasta allí y luego había seguido volando insensiblemente a lo que dejaba tras de sí. Esperaba que la criatura no tuviera pesadillas. Temía que le ocurriera eso; pero deseaba que no.

Me dijo que ésos habían sido sus pensamientos y no lo pongo en duda.

Era un hombre de buen fondo, aunque hacía todo lo posible para disimularlo.

Tras oír el informe de Bartelli, regresé a mi hotel y, después de comer —cuando ya había oscurecido— contemplé los barquitos que se deslizaban a lo largo de la costa de la Bahía de Nápoles, mientras que su tripulación pescaba con linternas y arpones. Lucy Dawson solía hacer lo mismo que estaba haciendo yo. Los fuegos artificiales con que las aldeas de tierra adentro festejaban la terminación de la cosecha se multiplicaban en el eco de las montañas y hacían pensar en un tirroteo. Imaginé a los guardianes de Pompeya patrullando lánguidamente las ruinas, encentrándose, charlando, siguiendo su camino. Hoy en día es más fácil asaltar un banco que robar los restos de los tesoros romanos de Pompeya.

Sin duda la luna brillaba sobre el foro y sobre las hileras de asientos del anfiteatro, y sobre la Casa de los Misterios, y sobre la Calle de las Tumbas, confiriendo un pálido tinte crema a los ladrillos. También brillaría sobre el desnudo rectángulo de tierra sobre el que había estado tendida Lucy Dawson, con sus centelleantes joyas intactas, mientras cundía la alarma por su ausencia entre los restantes huéspedes del hotel.

Me puse de pie y me encaminé al hotel. Al entrar me dirigí al bar y pedí un coñac doble. Bruno, el barman, hablaba con el propietario, el *signor* Bardoni, un hombre bajo, robusto, con un maxilar inferior exageradamente pronunciado. El personal le llamaba en secreto el Duce; los visitantes —menos reverentes— le conocían como

Musso.

Bardoni me saludó cortésmente y su cortesía se justificaba si se tenía en cuenta las tarifas del hotel.

—¿Ha tenido buen viaje, *signor Compton*? —me preguntó en inglés.

Me estremecí y respondí en italiano. Bardoni no me gustaba.

—Más o menos. Tengo un cuaderno lleno de notas. Hacía calor. Me sentía como una mezcla de arquitecto y agente de propiedades haciendo inventario.

—Por lo visto no tenía necesidad de ir muy lejos para encontrar argumento policial. Supongo que ya sabrá lo que ha ocurrido.

Hice un gesto afirmativo y bebí un sorbo de mi coñac.

—¿Cuándo la enterraron?

—Hace dos días. En el cementerio protestante de Nápoles. Una historia triste. No favorece para nada el movimiento turístico.

—Dudo que millones de británicos dejen de visitar Italia por el hecho de que una anciana haya sido asesinada.

—La gente tiene reacciones curiosas, *signor*.

—No hasta ese extremo.

—Esperemos que no —replicó Bardoni con indiferencia.

El tema se estaba extinguiendo y yo me alegré.

—¿Concurrieron italianos al funeral? —pregunté.

—Sólo yo, *signor*, en representación del hotel. Ella nos visitaba con frecuencia. Envié una palma en nombre del personal... y de los demás huéspedes, por supuesto.

Tenía los ojos oscuros y pequeños, y el modelado del rostro en torno de ellos era curiosamente duro. Daba la impresión de que las cuencas estaban talladas en madera.

Me pareció que la barbilla resaltaba más que de costumbre y que sus ojos se clavaban en los míos con fijeza. La gente se ha habituado al clisé de que las personas falsas no son capaces de mirar a los ojos; pero las personas falsas también lo han aprendido. Tanto es así, que he podido comprobar lo siguiente: cuando en la actualidad alguien nos habla mirándonos con fijeza a los ojos, podemos tener buenas razones para creer que nos está diciendo una mentira del tamaño de una casa.

Pensé que Bardoni me estaba mintiendo y que no se había molestado en asistir al sepelio.

—¿Fue alguno de los huéspedes del hotel?

—Yo no les informé, *signor*. ¿Para qué? Ellos vienen aquí a pasar sus vacaciones; no están para funerales.

—¿Vino alguien desde Inglaterra?

Mi pregunta le puso en un aprieto, porque si no había asistido, mal podía saber quién había estado presente.

—Los pasajes de avión son caros y es difícil conseguir plaza a última hora —

murmuró con todo tacto y exhaló un suspiro.

Luego consultó su reloj, murmuró algo acerca de una llamada y me dejó. Era una limpia manera de evadir mi pregunta. Supuse que en lo que respecta a Bardoni, Lucy Dawson había dejado de ser una fuente de ingresos y, por consiguiente, había perdido toda importancia desde el mismo momento en que alguien ajustó demasiado la chalina de seda en torno a su cuello.

—No creo que Mrs. Dawson tuviera parientes —oí que decía Bruno.

Bruno era un tipo diferente al de Bardoni. Era un joven alto, de voz mesurada, pelo cobrizo, ojos grises y un amable deseo de complacer a todo el mundo.

Asentí con la cabeza y apuré mi coñac.

—Pobrecita —comenté.

—Pobre señora —asintió Bruno.

Yo había estado acertado al pensar que Bardoni no había concurrido al sepelio; pero me había equivocado respecto a la razón. De una manera negativa, Mrs. Dawson había sido fuente de ingresos para Bardoni desde el instante en que dejó de existir.

A la mañana siguiente yo seguía pensando obsesivamente en la anciana Mrs. Lucy Dawson, enterrada por unos aburridos sepultureros italianos, tras un apresurado servicio religioso celebrado por el capellán local, todo con el dinero adelantado por el Consulado Británico a cuenta de su patrimonio, y sin un alma que la despidiera, sin una flor arrojada sobre su tumba... y cosas por el estilo. Soy capaz de llegar al colmo del sentimentalismo si me dan la más mínima oportunidad. Sin embargo, ese estado nunca dura demasiado.

Nadé en las transparentes aguas del mar durante parte de la mañana, y observé un pequeño cardumen de peces grises que aproximaron con gesto inquisidor sus hocicos a mis piernas cuando me paré en el fondo. Luego me tendí al sol, leí y tomé un par de cinzanos helados antes de almorzar.

Por la tarde tenía pensado ir a Nápoles para verificar ciertos hechos en el Museo Nacional, y mientras el pequeño tren eléctrico costero en que yo viajaba pasaba junto a Pompeya, en su camino a Nápoles, estación Vesubio, tuve otro desagradable ataque de sentimentalismo y decidí qué haría una vez terminada mi gestión en el museo.

De modo que a última hora de la tarde compré un ramo de claveles rojos y blancos, tomé un taxi y me dirigí al cementerio. El cuidador del cementerio, me acompañó hasta la tumba, mientras comentaba con el desaliento que correspondía la causa de la muerte de la anciana. Dejé los claveles sobre la tumba. No añadí una tarjeta porque no se me ocurrió nada adecuado para la situación.

Había otra ofrenda floral en el suelo desnudo. Se trataba de una corona presuntuosa, compuesta casi exclusivamente de gladiolos; pero las flores estaban ahora tristes y marchitas por el sol. Me incliné para leer la inscripción de la tarjeta,

arrepentido de la injusticia que había cometido con Bardoni, pero en seguida comprendí que no había sido injusto.

La tarjeta decía, simplemente: *De los Stepping Stones, en recuerdo de tiempos más felices*. En un tipo menor y en un ángulo inferior izquierdo de la tarjeta se leía: *Trans-Continental Flowers Ltd.*

Yo había oído algo acerca de unos cantantes melencólicos que se llamaban los *Rolling Stones*, pero lo de *Stepping Stones* no me decía nada.

Con todo, eso significaba que alguien, probablemente en Inglaterra, se le había ocurrido ordenar por telegrama una ofrenda floral para el sepelio. También significaba que alguien, probablemente en Inglaterra, sabía la fecha de la ceremonia; pero en ese momento se me escapaba la trascendencia del hecho.

Entre los claveles, el taxi y la propina al cuidador del cementerio, la expedición me había costado más de dos libras.

A veces pienso que fue el dinero más malgastado de toda mi vida.

2

Juliet y yo pensábamos casarnos el 16 de octubre y quizá parezca extraño que estuviéramos separados en esos momentos. Pero las razones son simples. Yo estaba en Italia, porque un accidente automovilístico me había dejado bastante maltrecho. No había ninguna lesión permanente, pero un par de semanas de hospitalización — mientras me remendaban y unían mis pedazos— me había dejado pálido y flojo. Entre otras cosas, no dormía bien. Por eso el médico me había recomendado baños de sol, natación y todas esas cosas que fluyen con tanta facilidad de la lengua de los médicos.

Por otra parte, Juliet había viajado a Norteamérica como secretaria de una delegación oficial, para asistir a unas conferencias. Nos habíamos separado, pues, por un mes, en medio de suspiros, lamentos y toda la angustia del caso.

Como consecuencia de un retraso en el programa de conferencias, ella no regresaría antes del 11 de octubre, lo que significaba un puñado de febriles jornadas antes de la boda. Yo, por mi parte, había decidido permanecer en Italia hasta el 2 de octubre.

En los últimos días de mi estancia elaboré mi «asunto» sobre la anciana Mrs. Dawson. Redactaba un miserable párrafo descriptivo, basado en mis notas, y procuraba convencerme a mí mismo de que estaba trabajando. Pero por supuesto, no trabajaba. ¡Qué iba a trabajar! Nadaba y tomaba baños de sol; paseaba por las callejas de la aldea, espionando las chozas ocultas entre viñas y limoneros; tomaba el desayuno tarde, en pijama, sentado en un balcón que daba al mar. No tenía una sola preocupación y sí mucho tiempo para pensar.

Quien no sabe que cuando todo anda bien y no hay ni una nube en el cielo, ha llegado el momento de estar alerta; porque esas condiciones no son normales en esta vida llena de sobresaltos, y por consiguiente no puede durar. Hay mucho jarabe de pico en torno a estas perogrulladas, pero nadie las toma demasiado en serio. En lo que respecta a Juliet y a mí, ambos éramos sanos, solventes y estábamos enamorados. Yo no tenía ningún tipo de premonición morbosa.

Aún no tenía la trama de mi próximo libro, pero sabía que ya llegaría. No me preocupaba. En cierto modo, mi mente estaba en blanco y en ese vacío cayó el «asunto» Lucy Dawson.

Lo que me preocupaba y, sin duda, también preocupaba a la policía italiana era que no la hubieran despojado de lo que llevaba. Todas las explicaciones que yo inventaba tenían algún punto débil.

El hombre había proyectado robarle, pero algo le había interrumpido y le había obligado a alejarse a toda prisa. (Sin embargo, podía haber regresado). O podía haber tenido inhibiciones en lo que se refería a despojar un cadáver, pensando que quizá le

trajera mala suerte. (¿Pero, entonces, para qué matarla? Los asesinos no tienen un alma muy sensible, precisamente). Y así eran las demás teorías.

Mientras tanto, la habitación de la muerta seguía clausurada por orden de la policía italiana, mientras durasen los trámites del Consulado Británico para retirar las pertenencias.

Supongo que esa situación era bastante molesta para Bardoni, quien se veía imposibilitado de alquilar el cuarto.

Dos días antes de partir para Londres, tuve lo que —en ese momento, en mi inconsciencia— consideré un golpe de suerte. Regresaba de mi chapuzón de la mañana, envuelto en un albornoz. Eran, aproximadamente, las once y consideré que era el momento de cambiarme y trabajar una hora, antes del aperitivo, impaciente conmigo mismo por haber entrado. Me dirigí a la puerta.

En mi camino pasé junto a una mesita próxima a la ventana. Allí habían quedado varios objetos: una cámara fotográfica, una lata de galletas inglesas, el pasaporte de Mrs. Dawson, un talonario de cheques, uno de esos sobres de imitación cuero que contienen cheques de viajero y un libro sobre Pompeya y Herculano de lujosa encuadernación.

No pude resistir la tentación de recoger el libro. Estaba magníficamente ilustrado con fotografías tomadas por un verdadero artista de la cámara. Al final, antes de las páginas del índice y la bibliografía, asomaba un fino marcador italiano de cuero repujado. Señalaba la página en que aparecía un plano de Pompeya, con todas sus calles y casas. Casi automáticamente busque la casa número 27 en la sección 12. La hallé con bastante facilidad, por la simple razón de que alguien, presumiblemente Mrs. Dawson, había marcado el lugar con una pequeña cruz en lápiz. Pero había hecho más aún: había trazado la ruta con una suave línea de lápiz que partía de la Porta Marina, pasaba por el foro, llegaba a la sección 12 y terminaba en la casa.

Mrs. Dawson sabía muy bien hacia dónde iba.

Había señalado con todo cuidado la ruta hacia su muerte. Era casi seguro, pues, que conocía a la persona con la cual se iba a encontrar, lo que —sin duda— facilitó las cosas a quienquiera que fuese el que le ajustó la chalina; si es que a eso puede llamársele «ajustar la chalina».

Ahora me sorprende comprobar la importancia que yo adjudicaba en esos momentos a semejantes tonterías y lo astuto que me consideraba.

La noche antes de partir para Londres me dirigí a la mesa de recepción y solicité mi cuenta. El empleado de guardia era Alfredo, un siciliano, de piel olivácea, agradable y de modales afables. Supongo que era un muchacho de buena familia que estaba adquiriendo experiencia en el ramo de hostelería, para lo cual actuaba en los diversos departamentos. Todas las facturas de hoteles italianos, calculadas en liras, parecían distancias a estrellas remotas, calculadas a años luz. Bromeé con él acerca

de los impuestos federales, los impuestos fiscales y el laudo, y añadí un comentario jocoso de bastante mal gusto, del que me arrepentí al instante:

—Espero que, para suerte del *signor* Bardoni, la pobre Mrs. Dawson haya saldado su cuenta.

—No sabría decirle —respondió Alfredo—. Mrs. Dawson siempre arreglaba sus cuentas directamente con el *signor* Bardoni. Una excentricidad suya. Quizá no confiara mucho en nuestras matemáticas —añadió con cierta acritud.

—Las inglesas de cierta edad suelen tener esas costumbres extrañas —comenté para aplacar su ánimo.

Contemplé la cuenta con su total astronómico. Los detalles no me decían nada. Nunca los he entendido; sobre todo esos pequeños extras que se suman a la cuenta, escritos en indescifrables jeroglíficos, y que incluyen vinos, bebidas de bar, soda, lavadero, autos de alquiler, servicio en la habitación, etc. En su mayoría pertenecen a un remoto pasado y son imposibles de controlar.

Recorrí la lista de extras, como deslumbrado, pero no pensaba en eso. Estaba enfrentándome por fin al hecho de que deseaba reconstruir la personalidad de Mrs. Dawson. Quería saber más acerca de ella.

Ella se había convertido en mi víctima favorita. Una víctima que había sido asesinada y no despojada; ni de joyas, ni de su dinero, ni de su virtud.

—¿Puede darme su dirección en Inglaterra? —pregunté repentinamente.

La mente de Alfredo estaba en otra cosa.

—¿La dirección de quién, señor?

—La de Mrs. Dawson.

El *signor* Bardoni tenía un andar silencioso. Yo no sabía que estaba a mis espaldas.

—Yo le puedo dar esa dirección, Mr. Compton, si viene a mi oficina —dijo.

Lo seguí al pequeño despacho de pisos embaldosados, con su mesa, sus sillas y ficheros de líneas modernas.

—Tome asiento, Mr. Compton.

Me senté y le ofrecí un cigarrillo, pero lo rechazó. No necesitó consultar sus ficheros. Sabía la dirección de memoria.

—En Inglaterra, Mrs. Dawson vivía en el hotel *El Retiro* en Burlington-on-Sea, Sussex. Si usted me lo hubiera preguntado yo se lo habría dicho. No hacía falta entrar en la habitación de la muerta para buscar ese dato, Mr. Compton.

La silla en que se había sentado, tras el escritorio, era más alta que la mía y eso puede resultar muy mortificante cuando uno sabe que está pisando en falso. Bardoni encendió un cigarro y lo chupó con fuerza. A través del humo azul pude verle los ojos que observaban mi rostro, desde sus cuencas de madera.

Por primera vez, desde que se iniciara este asunto, advertí una ráfaga de

hostilidad. Era una dosis mayor de la que puede emanar la suave reprimenda que le endilga el propietario de un hotel a uno de sus huéspedes por su mal comportamiento. Soy muy sensible, no sólo a la atmósfera, sino a los matices de la atmósfera.

—No buscaba la dirección, señor Bardoni. Entré... Bardoni interrumpió mis explicaciones.

—Podría haber sido muy violento para mí... y para usted, si la policía se hubiera enterado.

—Pasaba por allí y vi la puerta entreabierta.

—Muchos huéspedes dejan la puerta entreabierta, Mr. Compton. Por lo general no se considera como una invitación para revisar las habitaciones. El reproche era abierto y sin atenuantes.

—Este huésped está permanentemente ausente de su habitación —repliqué con frialdad.

—Mr. Compton, las pertenencias de la señora están aún bajo mi custodia. Soy responsable de ellas. Me puse de pie.

—No estoy dándole a entender nada especial, Mr. Compton. Salvo, por supuesto, que no debe intervenir en cuestiones en las que ya ha tomado cartas la policía del país. No debe hacerlo ni ahora ni en lo sucesivo; su intervención podría acarrear dificultades y hasta sufrimientos a personas inocentes.

Se había puesto de pie él también y avanzaba hacia la puerta para abrirmela.

—La gente de carne y hueso es gente de carne y hueso, y los personajes de novelas son personajes de novelas. Es mejor y más fácil mantenerlos separados, ¿no le parece? Repentinamente, el tono de su voz había descendido y ahora sus palabras eran suaves y persuasivas, y nadie maneja con más maestría estos tonos que un italiano.

—Más vale que deje a esa pobre anciana inglesa que descansa en paz. Su vida concluyó, Mr. Compton. Terminó con todos sus sufrimientos y tribulaciones. Su alma ya no está entre nosotros y su cuerpo duerme en nuestro suelo italiano que ella tanto amó. No aproveche su espectro para crear personajes de ficción. ¿De acuerdo?

Por supuesto me estaba dorando la píldora. Vacilé. Pero él no se dio por satisfecho y al abrir la puerta añadió:

—¡Déjela en paz, Mr. Compton, déjela en paz! Si no es por ella; hágalo por usted. Porque a veces los muertos pueden devolver el golpe.

Fue la torpe amenaza contenida en esa frase cursi lo que destruyó el efecto de sus anteriores palabras. Al salir, dije:

—Mientras estuvo con vida, sus asuntos sólo le pertenecían a ella; pero ahora la naturaleza de su muerte la ha convertido, hasta cierto punto, en preocupación y hasta en propiedad común.

Como contrarréplica era bastante cursi, también; con todo, como improvisación

estaba bastante bien redondeada.

Pero, como Bardoni, no me di por satisfecho. La tentación era grande y tuve que asestarle otro golpe.

—Ayer le llevé unas flores a su tumba. Por lo visto la corona del personal y huéspedes del hotel se había marchitado y la habían quitado, porque ya no estaba allí.

Bardoni estaba de pie junto a la puerta. La suave expresión persuasiva había desaparecido de su rostro, que ahora parecía tallado en madera, como antes las cuencas de sus ojos.

—¿No ha quedado ni una de nuestras flores sobre su tumba? —preguntó—. ¡Es lamentable! ¡Lástima ese calor atroz!

—Había una encargada desde Inglaterra, por una gente llamada los *Stepping Stones* —murmuré con aire indiferente—. Y ahora, a pagar su cuenta.

Bardoni hizo una pequeña reverencia. Le di las buenas noches. Él no me respondió. No me importó. No me gustaba ese hombre, de modo que su resentimiento no me afectaba. Lo cierto era que ahora le detestaba cordialmente por la forma en que me había reprendido por el asunto de la habitación. Por un pelo no había tenido una agarrada de todos los diablos con él.

De estar alerta, podría haber advertido el primer tenue rumor entre los arbustos, y hasta habría sorprendido el primer relampagueo de unos ojos verdosos. Pero yo no prestaba atención. Atribuí su intento de disuasión a alguna idea vaga sobre la publicidad desfavorable para su hotel. Si algún efecto produjeron sus palabras, fue el de afirmar mi decisión de descubrir más detalles acerca de la mujer y hasta de escribir, lo antes posible, un artículo o dos que desacreditaran su hotel, sin llegar a asumir carácter de libelo.

De modo que el incauto ciudadano apresuró el paso —el pobre ignorante, desprevenido— y a los pocos días de mi regreso a Inglaterra, viajé a Burlington, Sussex.

El hotel *El Retiro* de Burlington-on-Sea no tiene nada de particular. Se levanta, como se ha levantado por espacio de ochenta años, sobre la estrecha costa, enfrentando con su faz sombría el Canal de la Mancha. A izquierda y derecha, otros edificios grises chorreaban bajo la lluvia cuando yo llegué. Algunos de ellos eran pequeños y no aspiraban al título de hoteles. Todos, con una o dos excepciones, proporcionaban cama y alimento de cierto tipo a quienes quisieran fijar su residencia transitoria o definitiva en Burlington. Era sorprendente el número de personas que lo hacían. Algunos llegaban a pasar sus vacaciones, porque había una estrecha franja de arena para los niños —por lo menos con marea baja— y un corto espigón, unos cuantos

cines y dos salones de baile.

Otros, gente anciana, vivían en hoteles y pensiones por el período del año que se les permitiera. Algunos de ellos adulaban a los dueños y creían gozar de su favor. En realidad era así, hasta cierto punto; sobre todo en invierno, puesto que su pensión costaba el establecimiento. De no ser por los residentes permanentes —como se les llamaba cordialmente— los propietarios habrían tenido que cerrar todos los otoños y contratar nuevo personal todas las primaveras, cosa que representa un nada despreciable problema.

Pero con la llegada de la primavera, el afecto de los propietarios por sus residentes permanentes sufría una considerable baja. Muchos de los residentes no podían pagar los elevados precios que se cobraban por sus habitaciones en temporada; a la mayoría no se les permitía continuar ocupándolas, aunque estuvieran en situación de pagar.

Los residentes ancianos sólo rinden mientras viven y no viven eternamente. ¿Y cómo pueden adquirir nombre un hotel si sus habitaciones están ocupadas por ancianos durante toda la temporada veraniega? ¿De dónde saldría la sangre nueva, en especial la sangre de veraneantes?

Según pude enterarme, éstos eran los argumentos de Miss Constante Brett, quien regentaba el hotel *El Retiro* como un potentado oriental y —según se decía— con una flexibilidad no mucho mayor que la de una vieja funda de bayoneta.

De modo que todos los años, por Pascua o por Pentecostés, se producía un éxodo desde Burlington. La caravana de los que partían estaba constituida por ancianos, enfermos, inválidos e insolventes; y en todo el país los parientes preparaban habitaciones libres, y los propietarios de abandonadas pensiones del interior ventilaban un poco las húmedas camas en espera de los refugiados de Burlington.

En el otoño, se permitía a los residentes regresar a sus hoteles y hasta ocupar sus antiguas habitaciones. A cambio del privilegio de pagar en dinero contante y sonante, podían olvidar sus preocupaciones del verano. Se les había acogido nuevamente.

Los cuartos, las vistas y los rostros familiares hacían pensar en que aquello era el hogar. Los ancianos estaban agradecidos y solían decirlo, cosa que nunca hacían los propietarios; porque es mala política la de franquearse demasiado con razas inferiores como la de los residentes permanentes.

Por la piedra gris con que había sido construido y por sus líneas arquitectónicas, *El Retiro* debe de haber sido un edificio de aspecto triste desde el momento en que el primer cliente Victoriano cruzó sus umbrales. Daba la impresión de ser un hotel que nunca quiso estar allí. En ese sentido era engañoso como algunos miembros de su personal y algunos de sus residentes. Porque a diferencia de sus vecinos, que eran simples casas de familia transformadas, *El Retiro* había sido edificado como hotel desde el comienzo. También había nacido con ese destino el George Hotel, que se

levantaba un trecho más allá sobre la costanera, y el hotel *Los Acantilados* situado en el centro de la ciudad; pero éstos eran gigantes, con bares americanos y orquesta. Eran establecimientos de una categoría completamente distinta.

Con todo, *El Retiro* tenía clase, a su manera. Su fachada estaba un poco apartada de la acera y tenía dos breves caminos para automóviles; sobre uno podía leerse la palabra *Entrada*, sobre el otro se leía *Salida*.

Pasando la puerta ornada con tachones, se veía a la derecha una mesa de recepción en donde una mujer entrecana y respetable, llamada Miss Banks, parecía escudriñar libros comerciales desde las ocho hasta las dieciocho, con una hora libre para almorzar. En un marco, que colgaba de la pared, detrás de Miss Banks, había un bordado que sorprendía a quienes llegaban por primera vez y sólo habían visto el exterior del hotel:

«Las cosas más bellas son placer eterno;
su encanto se acrecienta en la nada
nunca han de disolverse y serán siempre
nuestro manso *retiro* y sueño pleno
de dulzura, salud, sereno aliento.

John Keats»

A la izquierda del vestíbulo de la entrada estaba el pupitre del conserje, con horarios de ferrocarril y folletos, y tras el taburete un casillero para cartas y llaves.

El hotel estaba totalmente alfombrado y amueblado con confort. La mayoría de las habitaciones tenían calefacción central. Hasta la comida era razonable. Por consiguiente, a pesar de su exterior melancólico, podía decirse que era un lugar acogedor. Miss Brett, quien lo había administrado por espacio de diecinueve años, conocía su oficio. La mayoría de los residentes —aunque no todos— podían conservar su lugar durante el verano si estaban en situación de pagar los precios de temporada y ella se encargaba de que sus criaturas gozaran del máximo confort. En primer lugar los mantenía abrigados, demasiado abrigados para un visitante accidental como yo. Mi madre vive en un hotel completamente diferente, cerca de Brighton. Es un lugar amable y alegre, tanto por fuera como por dentro, con luz natural que entra a raudales por las grandes ventanas. También allí el calor me pareció casi agobiante. Pero la gente anciana es friolenta.

La comida se toma muy en serio en esos hoteles, y, aunque muy pocos de los residentes hacen ejercicio, la mayoría consume cuatro comidas diarias y guarda una lata de galletitas junto a su cama, para echarse algo al estómago hasta el anochecer. Durante las dos noches y tres días que pasé en *El Retiro*, me enteré de que el único

error grave que había cometido Miss Brett en sus primeros tiempos había sido el de tratar de economizar en la comida. Las quejas casi le habían costado el puesto.

El hotel *El Retiro*, con sus habitaciones recalentadas y su sombrío exterior, no era sólo un hogar para muchos. Era una especie de club, en donde cada miembro trataba a los demás con cortesía y dignidad; en donde cada uno se había asegurado un casillero de mayor o menor importancia.

Era fácil caer en la tentación de tratar a aquella pequeña comunidad con aire protector, pero me esforcé por evitarlo. El club era un refugio contra la soledad y la desesperación, para una generación que se extinguía, mal preparada para las condiciones de la vida moderna.

Era un pequeño mundo aislado donde había aguas mansas, en donde las velas se ajustaban con facilidad a cualquier brisa ligera que pudiera soplar de tiempo en tiempo. Los truenos sólo llegaban desde la distancia, desde el tumultuoso, pujante y moderno *hinterland*, y los relámpagos eran trémulas e inofensivas luces de una tormenta de verano.

El Retiro no estaba equipado para soportar el rayo asesino.

Llegué a tiempo para el almuerzo y solicité una entrevista con Miss Constante Brett para después de comer.

Era una mujer maciza de unos cincuenta años, con pelo de un gris acerado, cortado según una moda de años atrás. Tenía cutis grueso, rostro cuadrangular y ojos de un celeste pálido. Vestía una blusa parda, un chaleco gris oscuro, una falda gris más clara, gruesas medias *beige* y zapatos de tacones bajos. Del cuello le pendía una sarta de perlas artificiales, grandes, rosadas y baratas.

El gran cenicero cuadrado que se veía sobre el escritorio, junto a la ventana, estaba casi colmado de colillas. La clasifiqué como una de esas mujeres que nunca han sido amadas por un hombre. El hotel era su imperio. Su sala de estar, que era a la vez oficina, y el dormitorio —que se alcanzaba a ver a través de una puerta entreabierta— constituían su hogar. El respeto del personal y la adulación de los residentes eran sustitutos del afecto.

Le expuse mis motivos y, como remate, añadí que en mi opinión el caso no tenía probabilidades de ser resuelto y que pensaba registrarlo, en interés de la criminología; quizá tratara el asunto en un libro dedicado a asesinatos no aclarados, y adoptara el título de *Asesinato en Pompeya*.

—Conocí muy superficialmente a Mrs. Dawson; pero ella me dijo lo feliz que se sentía en *El Retiro* —dije en un esfuerzo por ablandarla.

—Esto es muy irregular, ¿sabe? —comentó Miss Brett en forma abrupta.

—Ella ha muerto, Miss Brett. Tengo entendido que no tenía parientes vivos. ¿Quién habría de oponerse?

La mujer no respondió en seguida. Por fin dijo:

—Ya he contestado a bastantes preguntas de la policía. Estoy deprimida y cansada de este asunto.

—Lo comprendo muy bien. El *signor* Bardoni, el administrador del hotel de Sorrento también se sentía así. Al confirmarme esta dirección me aseguró que usted haría todo lo posible por ayudarme —mentí.

—¿Ah, sí?

Ella me miraba con sus pálidos ojos sin emoción. Advertí un ligero rubor en la parte inferior de su cuello, que luego fue ascendiendo rápidamente.

—¿Le conoce? —pregunté.

—No. No lo conozco. Le vi una vez, pero no le conozco. Hace unos años, Mrs. Dawson reservó una habitación en su hotel tras una enfermedad; por lo visto él le escribió comunicándole que vendría a Inglaterra y regresaría más o menos en la misma época en que ella pensaba viajar a Italia; de modo que la pasaría a buscar, para acompañarla en el viaje. Así lo hizo. Mi encuentro con él fue muy breve.

—Fue un gesto muy amable.

—Así es.

En su voz no había entusiasmo.

—Usted no es un detective privado, ¿no? —preguntó.

—¿Detective privado? ¡No, por Dios! ¿Por qué se le ocurre eso? ¿Quién podría haberme contratado y para qué?

—Se me ocurrió, nada más.

—¿Por qué había de ser un detective privado? —insistí.

Miss Brett apretó su cigarrillo contra el cenicero cuadrado y miró las aguas grises del Canal de la Mancha a través de la ventana.

Era un mujer fea y sin interés, y era difícil conversar con ella. Sentí una abrumadora lástima por ella al verla así encasillada y protegida por su impenetrable falta de atractivo. No podía entender por qué se había ruborizado ante la mención del nombre de Bardoni; pero no me cupo la menor duda de que nadie, y menos aún un italiano de mundo, podía haber tenido un flirt con ella. No respondió a mi pregunta en forma directa.

—De modo que usted es sólo un escritor... Y bien, ¿qué desea saber?

Antes de que yo pudiera formular una pregunta añadió:

—Mrs. Dawson era una mujer notable.

—De eso estoy convencido. ¿Cuánto tiempo vivió aquí?

—Unos diecisiete años.

—Quizá usted pueda hablarme del medio del cual provenía.

—Yo no estoy para investigar el medio del cual provienen los residentes.

Me puse de pie y caminé hacia la ventana. Observé la costa a la espera de que mi irritación se fuera extinguiendo. No iba a ir muy lejos con este ejemplar.

—¿Qué fue de su marido? —pregunté con indiferencia.

—Murió hace muchos años. Sé que hubo alguna tragedia.

—¿Qué clase de tragedia?

—No tengo la menor idea. No tengo por qué andar removiendo las tragedias personales.

—¿Tenía algún familiar con vida?

—No creo.

—¿Tenía amigos íntimos en el hotel?

Vaciló; habrá pensado, sin duda, que de todos modos yo podría averiguar ese dato, porque dijo:

—Bueno, estaba Mrs. Gray, que llegó aquí más o menos en la misma época. Y Mrs. Dacey, supongo. Ella también lleva muchos años aquí; aunque siempre se mantiene un poco apartada.

—¿Tenía algún *hobby* o alguna excentricidad?

—Que yo sepa, no.

—¿Hay algún dato interesante sobre ella que usted me pueda proporcionar?

—Ninguno.

Hice una pausa.

—¿Por qué considera usted, entonces, que era una mujer notable, Miss Brett?

Le miré fijamente mientras le hablaba y advertí que el rubor coloreaba de nuevo su garganta y le subía al rostro.

—Porque lo era. Era más activa que la mayoría de nuestras residentes de más edad.

—¿Eso es todo?

—Sí. Eso es todo.

Le di las gracias. Me había encaminado hacia la puerta cuando ella volvió a hablar.

—¿Por qué remover el pasado, Mr. Compton? Se había puesto de pie y estaba junto a su escritorio, maciza, fea y, en cierto modo, desafiante. Una vez más sentí que me recorría una oleada de piedad, como suele ocurrirnos con la gente que no despierta afecto ni interés. No es que uno esté dispuesto a amarlos, ni siquiera a verlos con placer. El día sólo tiene veinticuatro horas. Uno no puede cargar con todos ellos.

—¿A quién puede beneficiar?, ¿no?

—¿A quién puede perjudicar? —pregunté yo a mi vez.

Ella avanzó con pasos pesados hacia la ventana. No era particularmente viril, pero carecía de atractivos femeninos. Era una masa con vida, mecanizada en las tareas del hotel.

—Sondear el pasado... ¿a quién puede beneficiar? —repitió con aire desolado,

sin volver la vista.

—¿Y perjudicar? —insistí—. No comprendo... ¿qué daño puedo causar?

El paso de la actitud hostil a algo semejante a una súplica me había tomado desprevenido.

—Supongo que ninguno —murmuró Miss Brett, mientras extraía un pañuelo del bolsillo de su chaleco.

Con una mujer de su tipo es difícil saber si ese gesto responde a alergia, a un resfriado o a las lágrimas.

Al cerrar la puerta tras de mí no pude dejar de pensar en las palabras del *signor* Bardoni: «¡Déjela en paz, Mr. Compton, déjela en paz!». En su caso, esas palabras habían ido acompañadas de un comentario acerca de los muertos que devuelven el golpe; una estruendosa llamada a la superstición. La balbuceante súplica de Constance Brett iba dirigida al corazón.

Ambos perseguían el mismo fin.

Lo que sigue es una breve transcripción de mi entrevista con Mrs. (Caroline) Gray, tal cual la tomé por escrito en la noche del 8 de octubre:

Entrevista a Mrs. (Caroline) Gray, esta tarde, en un banco del jardín del hotel. Calor y sol, tras una mañana de lluvia. Dalias, unas altas y otras enanas, proporcionan agradable nota de color.

Mrs. Gray es una regordeta que debe andar cerca de los setenta. Rostro redondo y mofletudo, muy empolvado, con aspecto de bollo. Pequeños ojos pardos, casi enterrados entre los mofletes. Ranura por boca. Lápiz labial. A veces parece chupar un caramelo imaginario. Extraño hábito de repetir parte de las frases.

Yo: La administradora me dice que usted era su más íntima amiga en el hotel.

Mrs. G.: Lo era, en efecto, lo era. Ha sido un golpe para mí; un gran golpe. Era una mujer notable. Digo que era una mujer notable.

Yo: ¿Por qué era notable?

Mrs. G.: Porque lo era. Todo el mundo estaba de acuerdo en que lo era. ¿Qué escribe usted en ese cuaderno?

Yo: Algunas notas taquigráficas.

Mrs. G.: ¿Por qué?

Yo: Tengo mala memoria.

Mrs. G.: Los caminos del Señor son extraños.

Yo: ¿Cómo dice?

Mrs. G.: Su padre perdió mucho dinero por culpa de un estafador. Su esposo estaba en el ejército. Lo mataron unos años después de su matrimonio.

Yo: ¿En qué guerra?

Mrs. G.: En ninguna guerra. Lo mató un ladrón. Digo que lo mató un ladrón.

Yo: ¿Un ladrón?

Mrs. G.: Interrumpió a un ladrón en su tarea y lo mataron. Y ahora esta espantosa tragedia. Son extraños los caminos del Señor. Hay familias que parecen atraer la desgracia. Digo que parecen atraer la desgracia algunas familias.

Yo: A veces parece que así es. ¿Quiénes eran los *Stepping Stones*?

Mrs. G.: ¿Qué *Stepping Stones*?

Yo: Bueno, no sé. Por eso se lo pregunto.

Mrs. G.: No quiero seguir hablando con usted, si se va a poner grosero.

(Nota: Realmente fue una observación grosera. Pero había comenzado a irritarme. Era vacilante y nerviosa, sus ojitos se clavaban en mi rostro para leer la impresión que me causaba. Su voz tenía un timbre de directora de escuela o de celadora de cárcel. Algunas de estas ancianas de aspecto apacible y rostro de bollo pueden ser verdaderos tártaros).

Yo: Le pido disculpas; no fue mi intención ser grosero.

Mrs. G.: Está bien. Cualquiera puede ser mal interpretado. Digo que cualquiera puede ser mal interpretado.

Yo: Así es.

(Nota: Largo silencio. Decido probar otra vez).

—Sobre este asunto de los *Stepping Stones*, Mrs. Gray. Usted era su mejor amiga, sin duda usted...

Mrs. G.: Yo no he dicho que fuera su mejor amiga. Yo era su mejor amiga en el hotel. Ésa es otra cosa, ¿no le parece?

Yo: Bueno, ¿sabe usted de alguna otra amiga íntima, fuera del hotel?

Mrs. G.: No. No sé nada.

Yo: ¿Tenía su amiga, Mrs. Dawson, hábitos excéntricos?

Mrs. G.: ¡No, por supuesto que no! Era una mujer perfectamente normal. Perfectamente normal.

Yo: Usted dijo que era una mujer notable. De modo que era normal, pero notable. ¿Es así?

(Nota: Ella chupaba muy nerviosa su caramelo imaginario).

Mrs. G.: ¿Por qué está tratando de ponerme trampas? Parece abogado o detective o algo así.

Yo: Eso es lo que soy... un detective o algo así, como usted dice. Soy escritor. Quiero escribir una crónica del caso. Necesito saber algo acerca de ella. No puedo limitarme a escribir: «Mrs. Dawson fue asesinada en Pompeya el 11 de setiembre y la policía italiana no ha hecho hasta ahora progresos visibles». Es probable que los *Stepping Stones*, sean quienes sean, la hayan conocido bien. Enviaron una corona, entre paréntesis la única... «En recuerdo de tiempos felices», decía.

Mrs. G.: Bueno, yo no puedo ayudarle más. Tengo que entrar. Digo que ahora tengo que entrar.

Yo: Ya me ha ayudado, gracias. Me ha dicho que sufrió dos golpes de mano criminal. Ahora ha sufrido un tercer golpe. Es una historia notable.

Mrs. G.: De nada sirve revivir la tragedia. ¿Por qué no deja descansar en paz a esa pobre Mrs. Dawson? Digo que por qué...

Yo: Ya sé lo que ha dicho. Dos personas me han dicho ya lo mismo.

Mrs. G.: ¿Entonces por qué no tiene la decencia de hacerles caso, Mr. Compton?

Yo: No estoy seguro de que ella descanse en paz. Por otra parte, tengo la impresión de que me están poniendo obstáculos deliberadamente. No sé por qué. No puedo describirla, pero la siento. Soy un periodista con experiencia y la obstrucción sin sentido me vuelve obstinado. Voy a hacer un exhaustivo estudio de ella y de su vida pasada, de sus tragedias y de su propio y terrible fin.

(Nota: Pensé, erróneamente, que no perdía nada al expresarme con libertad; tampoco tenía escrúpulos de ninguna clase. La voz dura e insultante que brotó del pálido rostro de bollo me hizo advertir que aquella gordinflona no merecía más cortesía de la que ella me brindaba, y que era poco o nada).

Mrs. G.: Ahora tengo que entrar y descansar una hora antes de la comida, Mr. Compton, puesto que usted ya ha tomado su decisión.

Yo: Dos cosas antes de que se retire. ¿Mostraba interés en algo especial? ¿En qué empleaba su tiempo?

Mrs. G.: Empleaba su tiempo como la mayoría de nosotros... paseando, charlando, viendo televisión y leyendo.

Yo: ¿Tenía muchos amigos fuera del hotel?

Mrs. G.: Prácticamente ninguno. Probablemente ninguno.

Se levantó y cruzó la extensión de césped rumbo a la entrada lateral del hotel. Su andar era lento y solemne. Tobillos gruesos. Piernas algo combadas.

La enfermedad es uno de los riesgos de operación cuando se recogen datos en este

tipo de hoteles. Tuve que esperar dos días hasta que el desarreglo de estómago que aquejaba a Mrs. (Mary) Dacey, le permitió dejar su habitación. Era una anciana elegante y coqueta. Debía de tener unos ochenta años, a juzgar por la textura de su piel; pero era esbelta y estaba muy bien vestida, con su sencillo vestido negro, el sobrio cinturón de charol y sus elegantes zapatos, que parecían ser de fabricación italiana. Tenía el pelo teñido de rubio, pero aun eso, aun siendo estrepitosamente artificial, parecía más decorativo que incongruente.

Era viuda de un diplomático de segunda categoría y en el transcurso de nuestra conversación me confesó con toda franqueza que pasaba el tiempo leyendo biografías y obras históricas, jugando solitarios y esperando la muerte. Era fríamente filosófica.

Fue un placer conversar con ella y, en cierto modo, la espera valió la pena. Siempre es agradable conocer a alguien resuelto a mantenerse elegante, inteligente e imperturbable hasta el final de la ruta. Esta gente piensa que ya carece de utilidad en este mundo y no es así. Han dejado de ser dirigentes, ya no labran el suelo, pero nutren a quienes están a su alcance y, por lo tanto, mientras su espíritu se mantenga firme, su vida es útil.

En todos los demás aspectos, salvo uno, Mrs. Dacey fue una decepción. Pudo añadir muy poco a la imagen de Mrs. Dawson que yo procuraba visualizar. Pero me proporcionó cuatro fragmentos de información que yo anoté para su posible uso.

Primero: dijo que —como en Italia— Mrs. Dawson pagaba su cuenta de hotel a la administradora. Ni Miss Brett ni Miss Gray habían mencionado esa excentricidad.

Segundo: dijo que Mrs. Dawson siempre pasaba sus vacaciones fuera. No siempre viajaba a Italia; en algunas ocasiones había visitado Francia, Suiza, Holanda o algún otro país.

Tercero: su vida, aunque sin objetivos, como la había descrito Mrs. Gray, no estaba del todo vacía, puesto que se interesaba por la Caja Internacional de Viudas y Huérfanos de Marinos. Con ese motivo escribía y recibía una cuantiosa correspondencia, y realizaba viajes ocasionales a Londres. Estaba enterada de eso porque Mrs. Dawson misma se lo había dicho, aunque con cierta renuencia. No quería que sus actividades caritativas se difundieran.

Cuarto: la amistad de Mrs. Dawson con Mrs. Gray era de naturaleza tal, que Mrs. Gray podía calificarse más bien como una devota esclava. Ayudaba a Mrs. Dawson a desvestirse por la noche y a vestirse por la mañana, le cepillaba el pelo, le hacía las maletas cuando partía de vacaciones, las deshacía cuando regresaba y estaba alerta a sus más mínimos deseos.

Este último punto me pareció extraordinario. Me fascinó más que todo cuanto había oído hasta el momento.

Caroline Gray era una vieja desagradable, física y mentalmente ruda, poco sentimental, irreductible y autosuficiente.

Si Mrs. Gray era como era y Lucy Dawson había sido capaz de dominarla, ¿cómo era Lucy Dawson bajo su amable y frágil apariencia?

No pude hallar respuesta a esa pregunta mientras estuve en el hotel *El Retiro*.

3

En la noche del 10 de octubre tomé el tren de las 20,25 con destino a Londres. Hacía frío; había hecho un frío espantoso todo el día. El primer soplo del invierno descendía brusca e inesperadamente y, por él, una densa niebla.

O la calefacción del tren se había descompuesto o se habían olvidado de encenderla. Me senté acurrucado en un rincón del vagón, meditando unas veces, tratando de dormir otras, esperando que el tren tomara velocidad, cosa que no hizo en ningún momento.

En el asiento opuesto al mío se había sentado una mujer grande y desmañada, enfundada en un jersey grueso y un abrigo corto, sobre lo cual se había echado un impermeable blanco. Aparentaba unos cincuenta años y su rostro redondo estaba enmarcado por una prenda de lana —mezcla de bonete de esquiador y gorro infantil— atada bajo la barbilla. Tras las grandes gafas con armazón de carey, unos ojos miopes e ingenuos se clavaban casi todo el tiempo en la noche cubierta de niebla y, a veces, en mí.

Supuse que quería conversar y la ignoré. Me disgustaba conversar en los trenes. Y en esos momentos pensaba en el hotel *El Retiro*.

La visita no había sido un éxito completo, pero por lo menos había visto el lugar en que había vivido Lucy Dawson. Ahora podía escribir:

«La anciana Mrs. Dawson, asesinada en Pompeya, era una mujer próxima a los ochenta años. Era alta, esbelta y frágil. Vivía durante la mayor parte del año en el hotel *El Retiro*, Burlington-on-Sea, un hotel residencial de buena categoría. Todos los años pasaba algunas semanas en el continente.

Con excepción de esas vacaciones anuales, su existencia parece haber transcurrido sin mayores alternativas. Pasaba gran parte del tiempo llevando la vida habitual en esos hoteles, aunque se interesaba también en obras de caridad con familias de marinos.

Pero la tragedia no era un elemento desconocido en su familia. Al margen del hecho de que su padre había perdido casi toda la fortuna como resultado de una transacción comercial con estafadores, su esposo había sido muerto pocos años después de la boda, por un ladrón al que sorprendió en plena acción. Ella también estaba destinada a morir trágicamente tras los calcinados muros de una ciudad de la antigua Roma».

Apoyé la cabeza contra el respaldo del asiento y cerré los ojos, mientras modelaba *in mente* aquellas oraciones sosas y poco inspiradas y el tren se abría paso a través de

la niebla.

Como fondo del caso, aquel cuadro era terriblemente desvaído; pero me era imposible mejorarlo por el momento.

En cuanto a los *Stepping Stones* que habían enviado la ofrenda floral, estaba comenzando a perder interés en ellos. La frase «en recuerdo de épocas más felices», era anticuada y pedante. Quizá fuera algún conjunto musical de aficionados con quienes Lucy Dawson había estado vinculada en otro tiempo; dos o tres de sus miembros podían haber sobrevivido en Londres o en alguna ciudad de provincia. Quizás hasta se reunieran de vez en cuando a tocar piano y cantar con sus voces cascadas.

Estaba esbozando una sentimental representación del grupo cuando, de repente y ante mi desconcierto, la mujer sentada frente a mí habló:

—El servicio en tiempo de niebla siempre es malo los domingos.

—Sí —respondí, mientras me invadía un sentimiento de odio hacia ella.

Abrí los ojos y los volvía a cerrar.

—Sin embargo —prosiguió su voz—, estoy bien abrigada y he pasado bastante bien mi día de campo.

Su «bastante» sonó como una palabreja triste; indicaba que quien la había pronunciado no lo había pasado tan bien como esperaba. Suspiré.

—No ha sido precisamente un día para jugar a la orilla del bosque —dije, entregado a mi destino—. No es época para coger margaritas.

—No —admitió ella con solemnidad—; no es la estación de las margaritas. Además no pude asistir a misa.

—Supongo que usted es católica.

—Sí, ¿usted también? —preguntó entusiasmada.

Yo no soy católico, pero Juliet sí y conozco bastante bien el tema. Repentinamente me imaginé envuelto en una incómoda polémica «protestantismo versus catolicismo», de esas que no conducen a ninguna parte. No podía soportar la idea.

—Sí —respondí, para evitar el peligro.

—Supongo que *practica*.

—¡Oh, sí! —respondí, temiendo que iniciara una perorata sobre la necesidad de superar las debilidades de la carne. No había motivos para preocuparse.

Se produjo una pausa. Luego ella dijo:

—Yo me he educado con unas monjas. Me habría gustado ir a misa hoy, pero no he podido encontrar una iglesia. Recuerdo el día de mi primera comunión. Llevaba un velo blanco y azucenas.

Pareció marchitarse. Una horrible sensación de nostalgia, húmeda como la niebla, emanó de ella. Exhalé un gemido mental. No estaba para recuerdos infantiles y no

quería apiadarme de ella. Hay una monotonía glutinosa en la inocencia juvenil perdida.

No dije nada.

Ella extrajo un pegoteado pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz. Me pareció la réplica femenina de un profesor de química con el cual habíamos sido muy crueles. Esperé a que nuestra conversación tocara su fin, y para contribuir a terminarla cerré los ojos.

Transcurridos unos instantes los volví a abrir con toda precaución. Ella tenía los ojos arrasados en lágrimas y se los estaba enjugando con ese pegote de pañuelo.

Yo me desarmo con las lágrimas de los adultos; porque aunque me hacen sentir incómodo, exponen el desamparo y la puerilidad, que no yace demasiado hondo en ninguna persona.

—Lo siento mucho, pero no puedo dejar de llorar —dijo ella.

—Bueno, no importa —dije yo.

Mi comentario me pareció el extremo de la fatuidad. Ella comenzó a sollozar.

—He perdido una amiga muy querida. ¿Cree usted en la vida eterna? ¿Piensa usted que sobreviviremos después de la muerte física?

—Por supuesto que lo creo —aseguré con convicción.

—No quiero respuestas obvias —declaró ella, aunque sin sombra de reproche en la voz—. ¿Realmente usted lo cree?

—Sí, lo creo. Si uno no cree en eso, la vida carece de sentido. Más nos valdría meter la cabeza en un horno de gas —añadí e inmediatamente me arrepentí de mis palabras.

—Eso es lo que temo —replicó ella Usa y llanamente.

Se experimenta una horrible tristeza mansa al contemplar de pronto un alma humana que ha alcanzado los abismos de las tinieblas. Uno se mueve a tientas, sin despegar los labios. La vida prosigue, hermano, y el dolor se extingue al fin... y demás frases gastadas; pero uno sabe que es inútil. Estaba allí sentada frente a mí mirándome como el perro de una pancarta contra la vivisección.

—La desesperación es algo terrible —dije, por fin.

Dios todopoderoso, uno tiene que decir algo.

Ella comenzó a enjugarse otra vez los ojos.

—Debe intentar sobreponerse —añadí, sin esperanzas.

Penetramos en un túnel y por alguna oscura razón que sólo conocen las autoridades de los ferrocarriles británicos, las luces se apagaron.

En la húmeda oscuridad oí el ahogado snif-snif de su nariz en el pañuelo y unos movimientos breves como los de un conejo encerrado en un canasto. Cuando el tren emergió traqueteante del túnel, las luces volvieron a encenderse y vi que la mujer se había quitado el gorro y el impermeable. Usaba cuello y corbata como un hombre y

su pelo grisáceo era cortísimo. Parpadeó y dijo:

—Por supuesto, comprendo que en parte es culpa mía; pero es tan terrible cuando dos personas se enamoran de uno.

Miré con asombro la fantástica insipidez de su rostro. Se advertía en él una cierta honestidad de buñuelo. Habría preferido que su aspecto fuera siniestro.

—La amiga que murió era mayor que yo, y la amiga que vive conmigo es joven. Los jóvenes son duros. No comprenden. Ni siquiera puedo llorar; salvo en el cuarto de baño.

—¿Y por qué no la deja llorar?

—Ella es atea y no quiere que me reconcilie con Dios. Dice que es cosa de débiles. Dice que no quiere nada de mojigangas. Es terriblemente dura, terriblemente dura.

Las lágrimas comenzaron a brotar otra vez de sus ojos, pero ella dejó de enjugarlas. Su cuerpo no se movía. Nuevamente se excusó.

—¿Y su trabajo? —murmuré—. Supongo que trabaja.

—Sí. Trabajo en una sociedad de adopción.

Suspiré aliviado, satisfecho de encontrar una brizna a la cual aferrarme para salir de esa sensación de total ineptitud.

—Bueno, ahí tiene —dije—; ése es su futuro... Proporcionar a otros un futuro feliz...

Pero ella no me dejó terminar.

—Ya sé todo eso. En un tiempo lo tomé con entusiasmo, pero a veces la gente es tan cínica. ¿Sabe lo que me dijo la semana pasada un miembro de la organización, frotándose las manos? «Pronto llegará Navidad; beberán unas copas de más y luego, para septiembre, tendremos un buen número de bebés para colocar». Me parece horrible. No se trata de repuestos, son personas; aunque sean personas pequeñas —concluyó balbuceante.

—Así es —asentí, mientras consultaba mi reloj—. Dentro de pocos minutos entraremos en *Victoria Station* —añadí, pero todo fue en vano.

—Era muy buena conmigo, la amiga que murió. Me habría gustado volver a verla. Hubiera querido explicarle.

—La volverá a ver —aseguré con voz sin matices.

La gente suele creer que las explicaciones pueden cambiar las cosas, atenuar el golpe del adulterio, suavizar la pérdida del amor, derramar aceite sobre la superficie de la vida. Y la tormenta se aplacará y todo volverá a ser como antes. Es un cuento chino.

—Ella era mucho mayor que yo, ya se lo he dicho. Aun después seguimos siendo amigas. Ella no me guardó rencor. Estoy segura de que me entendió.

Asentí con la cabeza. Nada de lo que yo pudiera decir valía la pena decirlo.

—Dijo que me dejaría en herencia 100 libras en títulos. Eso indica que aún me quería ¿No le parece? ¿Cree usted que debería volver a practicar mi religión?

—Es algo que sólo usted puede decidir —repliqué, consciente de que pretendía que decidiera por ella.

—Supongo que sí —dijo con voz cortada por la aflicción—. Su familia ni siquiera me invitó al funeral, ¿sabe? Ni siquiera tuvieron el decoro de hacer eso, ¿se da cuenta? ¡Hay cada uno! Dijeron que no lo habían hecho porque yo era católica.

Sus ojos reflejaron una terca indignación.

—¡Eso no fue más que una excusa! Sabían perfectamente bien que yo llevaba años sin ir a la iglesia. ¿Qué tenía de malo invitarme a su iglesia para rendirle el último homenaje? A pesar de todo fui, sólo por mortificarlos. Y más aún: después de la ceremonia fui a pie todo el trayecto hasta el cementerio llevando mis flores. Tenía que hacerlo por ella. De modo que, al final, todo salió bien, ¿no le parece?

—Usted hizo lo que debía hacer —dije y mi voz resonó como el eco de la futilidad misma.

—Es lo que yo pensé. Uno se siente mejor cuando sabe que ha hecho lo que debía.

—¡Oh, sí! Así es.

El tren había disminuido la marcha para entrar en *Victoria Station*. Yo estaba impaciente porque se detuviera. Ella se estaba enfundando en su estúpido impermeable blanco, y se ajustaba su ridículo gorro. La oí murmurar algo acerca de un autobús N.º 52 y la vi abrir un destartado bolso y extraer un sobre de color pergamino. De repente, obedeciendo a un impulso, tartamudeé:

—No cometa una tontería. El suicidio no es solución.

El tren casi se había detenido.

—Quizá tenga razón —dijo ella—. Pero es difícil seguir adelante.

—Inténtelo.

Asintió con la cabeza. Luego tragó saliva y buscó una vez más que yo reafirmara su esperanza.

—¿La volveré a ver?

—Por supuesto, por supuesto que la verá —dije y extendí la mano hacia el picaporte de la puerta con sensación de alivio. El tren se había detenido.

Recorrimos juntos un breve trecho de la plataforma.

—Me dejó un barómetro, también. Espero tenerlo conmigo. Pero la familia está armando todo un alboroto.

Señalé una entrada lateral y le expliqué que tomaría un taxi porque se me había hecho tarde. No era verdad. No tenía dónde llegar tarde, pero quería volver a la normalidad y alejarme de las tristezas. Sentía que no podría aguantar mucho más. Podría haberla invitado a compartir el automóvil conmigo pero no aguantaba más.

Pero cuando ya nos separábamos, ella me detuvo apoyando una mano cuadrada y rojiza sobre mi brazo.

—La charla con usted me ha ayudado mucho. No es frecuente hallar a alguien que nos comprenda. En estos tiempos todo el mundo es duro. Parecen no ver las cosas hermosas de la vida.

Me sentí avergonzado por su simplicidad y por el recuerdo de mi incapacidad para brindarle un consuelo real. Meneé la cabeza y comencé a murmurar algo; pero ella me interrumpió.

—Ya que me ha ayudado tanto, le daré algo que le ayudará a *usted*. Espero que le ayude. Lo espero sinceramente. Pero no lo lea hasta que haya llegado a su casa.

Dejó en mis manos el sobre color pergamino que había extraído de su bolso y se alejó. Su figura rechoncha se perdió rápidamente en dirección a la entrada principal de la estación.

He descrito el incidente con bastante detalle, porque a mi juicio —pese al dominio que cierta gente ejercía sobre ella—, su dolor y su luto eran sinceros.

Creo que consideró el pequeño papel que le había tocado desempeñar como algo inocuo; y, en efecto, lo era. Que en un pasado haya cometido acciones menos inocuas es cuestión aparte. Estoy convencido de que en esta oportunidad ella no estaba actuando, porque no tenía sentido llegar a tales extremos.

Al principio pensé que el sobre debía contener extractos de Biblia o algo por el estilo y me lo metí en el bolsillo. Luego tomé unas copas en el *Devonshire Arms*, cerca de mi apartamento, y me olvidé totalmente del asunto, hasta que comencé a desvestirme.

Cuando abrí el sobre, pude ver que contenía una cuartilla blanca, con unas líneas escritas a máquina, que decían lo siguiente:

«Las investigaciones sobre el pasado de Mrs. Dawson y su muerte en Pompeya, son cosa de la policía italiana y de nadie más. Las indagaciones realizadas por otras personas se considerarán como una intromisión inexcusable. Se espera y se cree que usted ha de valorar este punto de vista, en especial si se tiene en cuenta que proyecta casarse dentro de un mes». No había firma.

Los sentimientos se funden entre sí, se mezclan y se superponen y es difícil desbrozarlos, pasado el momento. Sin embargo, creo poder decir que lo primero que me llamó la atención —aparte de la fastidiosa amenaza—, fue la tremenda pesadez de la fraseología, la notable semejanza con el estilo empleado por abogados y funcionarios públicos.

Luego la volví a leer y advertí el defecto en la «I» mayúscula, que aparecía borrosa en su parte inferior. También noté que la «e» y la «o» eran poco nítidas y estaban empastadas; miré mi máquina de escribir que estaba sobre una mesa junto a la ventana y recordé que desde hacía tiempo necesitaba una limpieza y un ajuste, y

que era necesario cambiar el tipo de la letra «I». Y cuando puse el papel contra la luz pude distinguir la marca de agua *64 Mill Bond Extra Fuerte*. No era necesario mirar la marca del papel que estaba sobre mi mesa ni los sobres color pergamino que estaban sobre mi bandeja de correspondencia.

Es muy bonito ver estas cosas en el cine o en la televisión, pero cuando le ocurren a uno personalmente se siente la misma sensación que cuando se traspapela algo que acabamos de ver. Uno no sabe si se está volviendo loco, si está soñando o si se ha muerto.

Permanecí inmóvil sintiendo que la cabeza me zumbaba y que el zumbido se mezclaba con los latidos de mi corazón y con un vago y distante sonido de gente que se reía y hablaba en voz muy alta, y con el de un automóvil que arrancaba, lo que indicaba que la taberna próxima había cerrado.

Habrían transcurrido unos dos minutos, cuando oí un débil crujido. Era una tabla del piso del dormitorio que Juliet y yo pensábamos transformar en comedor. La puerta estaba cerrada.

Me dirigí al vestíbulo y recogí la maza africana que me había obsequiado un tío. Para quienes lo ignoren, en estas épocas posimperiales, una maza africana es un garrote rematado por una voluminosa protuberancia, empleado como arma por muchas tribus del África. Les servía para ser arrojada, para asestar golpes en la batalla o para rematar los guerreros heridos, tras la batalla. Sus usos modernos son limitados. Confiere cierta seguridad psicológica, cuando uno debe enfrentarse a una puerta cerrada; pero eso es todo. Abrí la puerta unos pocos centímetros, a tientas busqué la llave de la luz y encendí, luego abrí la puerta de golpe y me sentí muy estúpido.

No había nadie en el apartamento. Nada había sido tocado. Al examinar la puerta de entrada, no encontré rayaduras en torno a la cerradura tipo Yale. Tampoco estaba rayada la pintura de las ventanas.

Me acosté tenso, preocupado y alerta.

Los intentos por disuadirme de intervenir en el caso —tanto los de Italia, como los de Inglaterra— habían parecido hasta el momento incidentes aislados, razonablemente civilizados y explicables por un pretexto u otro.

Lo de esta noche era diferente.

Aun cuando no tenía la menor intención de abandonar mis planes, admito que me estaba poniendo nervioso. Si alguien había entrado una vez en mi apartamento, podía volver a hacerlo.

Recuerdo que me acosté en un estado de ánimo muy intranquilo, pensando en Bardoni, en Miss Brett, Mrs. Gray, esa especie de guerrero tártaro con cara de bollo, en la triste mujer del tren y en el mensaje que ella me había entregado.

Había hablado con Mrs. Gray de obstrucción sin sentido. Existía una obstrucción,

eso era cierto, y ya no negativa sino positiva; y esa obstrucción no podía carecer de sentido. Pero lo que estaba detrás era tan poco claro como al principio; tampoco podía entender por qué se habían tomado la molestia de entrar ilegalmente en mi apartamento y usar mi máquina de escribir y mi papel.

Al comienzo pensé que era un intento por alcanzar sus fines a través del melodrama; pero pronto abandoné la idea. Ahora me parecía, más bien, parte de una operación planeada en detalle para vencer mi obstinación. Advertí, por primera vez, que estaba pensando en tercera persona del plural.

Por primera vez, también, el ciudadano corriente había atisbado unos ojos verdes que lo espiaban, y había percibido el rumor de cuerpos felinos y el crujido de unas mandíbulas; ahora tenía conciencia de los peligros de la jungla.

Era desagradable, pero aún no era aterrador.

A la una y media todavía estaba despierto. Me levanté, calenté un poco de leche, le eché un buen chorro de *whisky*, tomé dos aspirinas y me volví a acostar. A los quince minutos estaba profundamente dormido, cosa que no tenía nada de particular. Por otra parte, ya se sabe que los ciudadanos corrientes duermen por lo general bien.

Decidí presentarme a la comisaría a primera hora del día y me dormí tratando de imaginar lo que diría.

No hacía falta preocuparse. A primera hora del día siguiente fui yo quien recibió una visita.

A eso de las seis y media me despertó el ruidoso cambio de velocidad de un automóvil y la inmediata aceleración. Un trolebús pasó zumbando frente a la casa; se oyó el tintineo de botellas con que el lechero anunciaba su ronda. Pensé que no volvería a dormirme. Había salido de mi rutina.

La claridad del día llegaba a la sala de estar, pero no a la cocina. Encendí la luz, me preparé té, lo llevé a mi escritorio y encendí un cigarrillo.

Cuando sonó el teléfono, pensé que en Washington era aún de madrugada; para Juliet debían de ser las dos menos diez, poco más o menos. No podía ser nadie más que Juliet, que me llamaba a su regreso de alguna reunión de despedida.

El día era gris. Estaba ansioso por oír su voz. Pero al acercarme al aparato me asaltó un pensamiento deprimente. Ella tenía que estar a punto de regresar. ¿Por qué había de llamarme sino para anunciar que habría una demora en el regreso? Levanté el receptor.

—¿Mr. James Compton?

Creí que era una llamada personal. Y lo era, en cierto modo.

—Soy yo.

—Supongo que anoche recibió la nota.

Era una voz de hombre, cultivada, grave, más bien agradable.

—¿Qué nota?

Quería ganar tiempo para pensar. Me sentía mentalmente torpe.

—Una nota que se le entregó en mano.

—¡Ah, ésa! —dije.

—Sí, ésa. Se ha levantado temprano. He visto encenderse su luz.

—¡Oiga! —grité—. ¡Me importa un bledo quién es usted y qué persigue; pero quiero que suspenda en este mismo momento esas estúpidas jugarretas!

Me pareció que mi torpeza mental se estaba disipando.

—Escúcheme.

—No tengo la menor intención de hacerlo.

—Yo lo haría si estuviera en su lugar.

—Pero yo no soy usted —dije y me arrepentí en seguida de mi respuesta de colegial.

Stratford Road es una calle estrecha y desde afuera llegaron voces de dos camioneros que se llamaban uno al otro.

—¡Hola! —dije, tras unos segundos de pausa.

—No se preocupe, todavía estoy aquí —respondió la voz.

—Me importa un bledo que esté o no ahí.

—¿Entonces por qué no cuelga?

Colgué el receptor de un golpe, lo contemplé con fijeza por espacio de algunos segundos y luego me dirigí a la bandeja en la que había dejado mi té. Bebí un sorbo.

Cuando el teléfono volvió a sonar, dejé la taza, me acerqué al aparato y levanté el receptor. Ahora estaba muy tranquilo.

—Se ha cortado la comunicación —dijo mi interlocutor con su voz rica e imperturbable.

—Sí, he colgado yo —respondí.

—Creí que había sido la operadora. El servicio anda tan mal actualmente.

—El servicio no anda tan mal. Y no ha sido la operadora.

Supongo que no esperaba un contraataque. Creo que estaba acostumbrado a tratar con gente que se amedrentaba en seguida.

—¡Hola! ¿Mr. Compton? —dijo tras una pausa.

—No se preocupe. Todavía estoy aquí —repliqué, repitiendo su frase.

—No me importa que esté o no ahí.

—¿Entonces por qué ha vuelto a llamarme? —Pienso que deberíamos ir al grano.

—Sí... hágalo. Estoy aburrido.

—No lo creo.

—Termínenos de una vez —dije—. Supongamos que usted ha *tenido* éxito en esta disparatada guerra psicológica. —He tenido éxito.

—¿Está bien, viejo! ¿Y ahora qué? —Ahora nada.

—¿Nada? —exclamé—. ¿Qué quiere decir con eso de nada?

—Nada en lo que respecta a Lucy Dawson. Nada de parte de usted o por conducto de usted. Eso es todo.

Me sorprendió comprobar que, en cierto modo, estaba disfrutando del diálogo. Me sentía afinado, alerta; esto era, por lo menos, un contacto humano, y con seres de carne y hueso me las podía arreglar.

—¿Es usted un delincuente? —pregunté en tono amable—. ¿Por casualidad es usted un delincuente?

—A veces sí, a veces no. Como casi todo el mundo. ¿Es usted Dios? ¿Por qué apresurar el Día de la Resurrección? Mrs. Dawson no necesita que usted le proporcione carne y sangre.

—Usted es la cuarta persona que insiste sobre ese tema. La quinta si contamos a esa pobre mujer del tren.

—¿Qué mujer del tren?

—La que me entregó la nota.

—Creí que le había llegado por paloma mensajera.

Soltó una risita. Parecía el graznido de un pájaro carpintero y contrastaba con la voz bien modulada.

—No le veo la gracia —comenté—. Me parece una cursilería.

—No es una observación jocosa ni cursi. Es tan sólo evasiva.

—Mrs. Dawson ya no puede delatarle —argumenté—. Ella está muda para siempre. ¿Qué le ocurre? ¿Qué es lo que teme? No espero que me lo diga, no espero que usted me lo diga; simplemente estoy manteniendo una charla social, viejo.

—No me llame viejo.

—¡Sorpresa, sorpresa! ¿Cómo es su nombre? ¿Quién es usted? No es que me vaya a creer que me lo diga.

—Yo soy siete, como los diablos de la Biblia... o diecisiete... o setenta... o setecientos. Lo que usted prefiera.

—Les deseo suerte a todos.

—Y usted es uno solo —murmuré—. ¿Cuánto piensa sacar por su historia? ¿Quinientas libras? ¿Mil?

—No se trata de eso —aclaré.

—¿En billetes usados de una libra?

—No estamos hablando el mismo idioma.

Se produjo un silencio. Transcurrieron unos cinco segundos y él preguntó:

—¿En qué idioma está hablando usted? ¿Cuánto?

—Quizá me hubiera hartado, si ustedes no hubieran sido tan tontos. Ahora es cuestión de principios. Escuché un gemido en el auricular.

—¡Santo Dios! ¡Cuestión de principios! ¡Pobre frase gastada! Último refugio de los obstinados que se quedan sin argumentos; defensa final de los pobres de espíritu; terminal de la línea de la razón. Cuando nuestros flancos se desmoronan y nuestro centro se quebranta y las trompetas tocan a retirada, ¿qué podemos hacer sino refugiarnos en esa última, maciza, mohosa, antigua, venerable y vieja ciudadela?

—Buena pieza oratoria; pero demasiadas metáforas y analogías. ¿Tiene algún otro discurso preparado?

Mi interlocutor adoptó nuevamente un tono de conversación corriente:

—Bueno, ha sido un placer charlar con usted.

Oí un clic y creí que había colgado el tubo.

—¡Hola! —exclamé—. ¡Hola!

—¿Creyó que había colgado? —volvió a reír con su risita de pájaro carpintero simulando como cuando se habla con un niño. Un niño muy pequeño, muy pequeño e inocente—. ¿Nunca ha jugado a las simulaciones cuando era muy pequeño, pequeño e inocente? Apostaría a que sí, Jamie, mi muchacho. Apostaría a que usted sigue siendo un niño inocente en el fondo de su corazón. Supongamos que lo es.

—Usted es inestable. Loco —dije, con toda sinceridad.

—Ni inestable ni loco. Tengo una mente fría y despejada.

—Todos los locos dicen eso.

—Todos decimos eso —admitió, risueño—. Mis amigos y yo; todos decimos eso. Decimos que tenemos mentes frías y despejadas. Supongamos, pues, que es así.

Yo ya estaba harto. Quería librarme de él. No podía sacar nada en limpio de todos los disparates que se estaban diciendo. Él era una voz; nada más que una voz y seguiría siendo una voz.

—Formularé una denuncia a la policía —dije.

—¿Qué denunciará a la policía? —preguntó en tono quejumbroso.

—Lo del mensaje escrito con mi propia máquina y con mi papel. Y la llamada telefónica.

—¡Ah, eso! Sí, por supuesto. ¿Quién no lo haría? Sigamos simulando.

Cuando cambié el auricular de una mano a otra, observé su brillo; pero no colgué. Pensé que si lo hacía el teléfono volvería a sonar y que si no sonaba yo desearía que lo hiciera. Una parte de mi mente trataba de convencerme de que aquel hombre era un desequilibrado. Pero yo sabía que no lo era; en el fondo de mi corazón sabía que no lo era.

—¿Simulando qué?

—Simulemos que usted está dispuesto a dejar esa historia de Lucy Dawson.

—No tengo intención de dejarla.

—Dije que simuláramos. De modo que usted abandona la idea... desde este momento. ¿Y qué ocurre? Usted queda en libertad. Será feliz y libre para seguir adelante con sus preparativos para la boda y vivirá dichoso para siempre. Bastante próspero, bastante respetado por todos los que le conocen. ¿De acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo —murmuré—. No viviré respetado por todos los que me conocen.

—¿Quién dejaría de respetarle?

—Yo mismo.

—¿Es su decisión final?

—Es mi decisión final. A menos que usted me explique las cosas con más claridad.

Pude oír un clic; pero esta vez supe que ése era el final de la conversación. Dejé el auricular en la horquilla y me senté mirando fijamente la ventana. En mi ventana siempre hay un cuenco con agua para las palomas. Me gustan los pájaros; hasta las palomas, a las que se consideran tan destructivas.

Una paloma se posó en el alféizar y se aproximó al cuenco. Su plumaje blanco estaba sucio y su cabecita se movía nerviosa de un lado a otro, buscando el peligro, convencida de que le acechaba un peligro, pero sin saber dónde.

No me gustó el silencio del apartamento. Hubiera preferido que la conversación telefónica se prolongara. Mientras escuchaba la voz, aunque me molestara el tono zumbón, tenía la sensación de que me las estaba viendo con algo que yo podía

enfrentar, porque estaba en contacto con algo real; aunque fuera intangible, aunque fuera negativo, estaba en contacto con algo.

Ahora sólo me quedaba la quietud interior de mi apartamento.

Alguien conocía mis movimientos, casi hora por hora. Sabía qué tren tomaría para Burlington, y había visto la luz en mi cocina cuando me levanté a preparar un té.

Somos siete, había dicho; o diecisiete, o setenta, o setecientos, y usted es uno. Caminé hasta la ventana y la paloma del plumaje sucio levantó vuelo y se posó en un techo de la acera opuesta.

Observé la calle. No se veía ningún sospechoso en los portales de las casas próximas. Pero, por supuesto, ellos no se apostarían allí. No se pondrían en evidencia. Pero sobre la acera opuesta había varias docenas de ventanas con cortinas de diferente tipo. Desde los pesados cortinajes de terciopelo, hasta los ligeros visillos de *voile*. Todas ellas igualmente eficaces desde el punto de vista de los ojos que atisban.

Se experimenta una sensación extraña cuando se está de pie ante una ventana, al descubierto, y se sabe que alguien nos está observando, no con interés personal, como podría hacerlo un vecino, sino con una atención fría, casi comercial. Sin alma, como lo hacía ahora la paloma.

Miré a la paloma y la paloma me miró. Esperaba que yo me retirara de la ventana para posarse en el alféizar y beber.

Me volví y me dirigí al cuarto de baño. Me afeité y me di un prolongado baño. Después de vestirme, observé mi imagen en el espejo mientras me anudaba la corbata. No me halagaba mucho lo que estaba viendo.

Era de constitución recia, admitido, pero no muy alto: alrededor de un metro setenta. Cabeza redonda como una munición, producto de una mezcla de sangre inglesa, irlandesa y boer. Pelo castaño, muy corto y ojos castaños. Cutis aún tostado por el sol de Italia, pero con una incipiente palidez. Rostro redondo, más bien tosco, mandíbula y labio inferior que denotaban obstinación. Pobre Juliet, pensé.

No estaba orgulloso de ser obstinado. Lejos de eso. Simplemente sabía que en ciertos asuntos nunca tenía la más mínima intención de desviarme un ápice de mis intenciones. Uno de esos asuntos era Lucy Dawson. Eso obedecía a la corriente de sangre boer que había en mis venas. Esa característica racial que condujo a los boers a su Gran Migración y que los metió en tan graves dificultades desde entonces.

Con todo, fue una gran migración mientras duró.

Salté como un gato escaldado cuando el teléfono volvió a sonar. Ése es mi problema; parezco flemático, pero no lo soy. A veces salto como un gato escaldado. Avancé a grandes zancadas hasta el aparato, levanté el auricular y pregunté casi a gritos:

—Bueno: ¿y ahora qué quiere?

Era Stanley Bristow, mi futuro suegro, que me llamaba para confirmar o rectificar

los compromisos contraídos para esa noche. Él era así, tenía que controlarlo todo por lo menos dos veces.

—¿Qué te ocurre, viejo? —exclamó Stanley Bristow con su vocecita gangosa.

—Perdón, le he confundido con otra persona.

—¿Con quién? ¿Con tu acreedor? ¿Te han estado importunando? ¿No puedes pagar, viejo? ¡Siempre queda el recurso de ampararse en la Ley del Juego, viejo!

—No... no se trata de eso. Ya se lo diré. Es una larga historia.

—Muy bien. Y yo tengo que contarte un chiste cuando te vea, viejo. Algo sobre un soldado americano de color y tres coristas, una irlandesa, una escocesa y una inglesa. Hazme memoria para que te lo cuente.

—Se lo recordaré. Si se le olvida, se lo recordaré —dije.

—Un minuto. La vieja ha salido de la habitación. Si quieres te lo cuento ahora.

—Es que alguien está llamando a la puerta —mentí. Algunos chistes verdes son divertidos; pero los de Stanley, no. Los de Stanley, jamás.

—Está bien. Sólo quería decirte que he modificado los planes para esta noche. Creo que es mejor no ir en auto.

—¿Le parece?

—Así es. He reservado mesa en un pequeño restaurante de Charlotte Street. Es imposible estacionar en esas inmediaciones. El taxi es el único recurso.

—Taxi —repetí.

—Taxi, viejo. De modo que puedes dejar a Juliet aquí a las cinco y media, después de recogerla en el aeropuerto, luego regresarás a tu casa a cambiarte, y vendrás en tu coche hasta aquí, para estacionar cerca de casa; también puedes venir a pie.

—Ir con mi auto o a pie —repetí pacientemente.

—No es muy lejos, como ya sabrás.

—No, no es lejos. Bueno, me tengo que ir.

—Te veré esta noche, viejo.

La idea de seguirle viendo durante el resto de mi vida era espantosa. Sin embargo, uno tenía que ser atento con él. No había malicia en el hombre. En realidad, a pesar de la irritación que me provocaba, yo le tenía lástima.

Se había retirado recientemente del cargo de gerente de una pequeña pero antigua empresa que había comenzado fabricando juguetes de latón y madera para llegar, por último, a la etapa del plástico. Stanley decía que quizá fueran un poco anticuados, pero que se adaptaban a la época. Era uno de esos comentarios típicos de él. También decía que combinaban la tradición del pasado con el espíritu del futuro. Santo Dios.

Se había casado con Elaine Bristow siendo ya un hombre maduro con su posición hecha. Elaine también había aportado fondos al matrimonio. Todo eso, sumado a una pequeña herencia de un hermano y a su pensión, les permitía vivir con un nivel

razonable, en un apartamento de la planta baja situado entre Kensington Church Street y Camden Hill, que no es un barrio barato.

Debía haber sido feliz; pero yo dudaba de que lo fuera.

Desde el momento en que se retiró de su trabajo había dividido su tiempo entre las carreras y varias organizaciones benéficas que le exigían visitar a mucha gente y comer y beber por caridad.

Era dudoso que se interesara. Su interés en las carreras y en la caridad dejaba bastante lugar a dudas; realmente, era alejarse de su casa y no porque Elaine Bristow le mortificara en forma activa; simplemente le trataba con un vago aire burlón y despectivo.

—Por supuesto, hoy en día es imposible hacer una verdadera fortuna cuando se es honesto como Stanley —decía algunas veces; y otras—: Personalmente habría preferido tener varios hijos; pero... no pudo ser.

Stanley fingía hacer caso omiso a esos comentarios, con alusiones malignas a su perspicacia financiera y a su virilidad.

Elaine era una mujer alta y enérgica y conmigo fue siempre muy atenta. Yo le seguía la corriente, como lo hacía su marido.

A veces pensaba cómo era posible que una pareja tan superficial pudiera haber engendrado un ser como Juliet, con su manera seductora y reservada, sus miradas reflexivas y profundas. Tanto Stanley como Elaine eran de tez clara. Ambos eran altos y fuertes, aunque no fornidos. El pelo de Stanley era ralo, apenas cubría su cráneo rectangular de anglosajón, y ya había encanecido del todo, con excepción de unos pocos mechones que conservaban su primitivo color estopa.

El pelo de Elaine Bristow se mantenía íntegramente rubio; las conclusiones quedaban libradas al juicio de cada uno. Ambos tenían ojos grises. Ambos eran —cada uno a su manera— tipos extrovertidos.

De esa mezcla nórdica había surgido Juliet: de estatura mediana y pelo oscuro; pálida, esbelta, con ojos castaños y temperamento sereno.

Lo que más me llamó la atención en un comienzo fue su actitud alerta.

Hojeaba una revista o comía, casi sin hablar, mientras sus padres y yo charlábamos. De cuando en cuando, sin mover la cabeza, nos miraba y si se encontraba con mis ojos bajaba la vista. No flirteaba de manera consciente; observaba con discreción.

Era difícil saber si su actitud obedecía a reserva o a timidez. A mí eso me tenía sin cuidado. Yo sólo sabía que desde el instante en que la vi en un cóctel, la encontré encantadora y deseé casarme con ella. Yo había cumplido los treinta y dos años y no era un corderito perdido en el mundo; pero Juliet fue la primera mujer que despertó en mí un sentimiento que justifica la expresión «pasión ciega». Pasión era, sin duda alguna; aunque al comienzo fue sólo física. Y ciega, porque aunque los hombres

maduros consideren el aspecto físico del amor como un gran incentivo, siempre buscan otros ingredientes antes de proponer el matrimonio. Se tiene en cuenta el carácter, el ingenio, el sentido del humor; hasta la dulzura, aunque esta cualidad ocupa un peldaño más bajo en la escala del amor. Yo no creo que los hombres se fijen mucho en el dinero, aunque las mujeres así lo piensen.

Cuando conocí a Juliet, supe que no me interesaría ninguna de esas cualidades. Por lo tanto fue pasión ciega. Para mal o para bien. Tenía conciencia del riesgo que estaba corriendo, pero yo quería a esa mujer y lo demás no me importaba. La tendría, me arrepintiera o no más tarde.

Usaba gafas, no todo el tiempo, no en las reuniones o cuando deseaba manifestar todo su esplendor; pero no se las podía quitar cuando iba al cine o al teatro, cuando leía o cuando conducía.

Las mujeres con gafas me atraen, como atraen a muchos hombres. Quizás una de las mayores falacias jamás enunciadas por una mujer de talento fue la de Dorothy Parker cuando dijo que a los hombres no les gustaban las chicas con gafas. Sí que les gustan. Y mucho.

No es una cuestión de fetichismo o de desviación sexual. La explicación psicológica es muy simple. Las gafas indican una debilidad física. La debilidad despierta el instinto protector del hombre. La mayoría de los hombres tienen debilidad por mostrarse protectores. Como se ve, es perfectamente claro y simple.

Juliet, con gafas o sin ellas, no despertaba en mí un particular instinto de protección. Su manera, entre tímida y ladina, su voz suave, sus suaves manos y suave espalda —cuando bailábamos— no me inspiraban, precisamente, sentimientos de *Sir Galahard*, puedo asegurarlo. Los sentimientos que no necesitan enunciarse con todas las letras en los tiempos en que vivimos.

No creo que haya sido el rostro de Elena lo que movilizó una flota de mil barcos y los condujo al asalto de Troya. No hay rostro de mujer que merezca ese esfuerzo. Pero si usted me dice que los mil barcos se movilizaron porque Elena tenía una manera entre tímida y ladina, un modo reservado y pensativo de mirar a los hombres, y, por añadidura, un cuerpo flexible y dócil, y una piel de pétalo de magnolia, entonces sí le creería, sin importarme si su rostro era bello o, como el de Juliet, ovalado y clásicamente vulgar.

Miremos las cosas de frente: la concupiscencia fue lo que me llevó a correr el riesgo con Juliet.

Fue la buena suerte, nada más, lo que determinó que ella contara con esos otros ingredientes que los hombres buscan y unas veces encuentran, otras no. De modo que arriesgué y gané; pero lo cierto es que le hubiera propuesto matrimonio de cualquier manera.

La montura de sus gafas era negra y quizá demasiado gruesa para la delicadeza de

su rostro. No es que eso importe ahora, no es que importe nada.

Fue la llamada telefónica del padre de Juliet lo que me hizo pensar en ella, mejor dicho en ellos tres, mientras me vestía, cocía un huevo y me preparaba unas tostadas, antes de dirigirme a la comisaría de policía.

No llegué a hacer esa visita, porque el timbre sonó poco después de las ocho y media. Abrí la puerta pensando que se trataba de un encargo o quizá de un cable de Juliet anunciando que había variado su hora de llegada, pero era un sargento de policía. Al parecer, había venido en bicicleta desde la comisaría de Kensington, porque todavía llevaba las perneras de sus pantalones sujetas con pinzas.

Me sorprendió y me complació verle, pues pensé que un vecino podía haber denunciado algún movimiento sospechoso observado en mi ausencia.

El sargento era un hombre de mediana edad, más bien bajo para lo que suelen ser los policías londinenses. Cuando se quitó el casco, pude observar que la parte superior del cráneo era calva y que el pelo de las sienes era entrecano.

Me preguntó si yo era Mr. James Compton y yo le dije que sí y le ofrecí una taza de té. Él dijo que no; acababa de tomar una taza. Le rogué que se sentara, pero dijo que no; su visita sería breve y prefería permanecer de pie.

Yo dije:

—Me alegra que haya venido.

A lo cual él replicó:

—Entonces mi visita no le sorprende mucho.

—Bueno, sí y no —dije—. Ocurre que he estado ausente unos pocos días y creo... mejor dicho, estoy seguro de que alguien ha entrado en el apartamento en mi ausencia. Me disponía a ir a la comisaría a formular la denuncia. Me pareció que debía informar a la policía. No es que se pueda hacer nada al respecto...

El sargento había extraído una hoja de papel del bolsillo mientras yo hablaba, y cuando terminé, levantó la vista y miró la sala de estar, meneando la cabeza. Sus grandes ojos, pardos y mansos, parecían buscar algún intruso que aún estuviera allí.

Me miró por espacio de unos segundos y luego volvió a mirar la hoja de papel que sostenía en la mano. Luego se aclaró la garganta.

—Bueno, ya hablaremos de eso después, señor. Lo que haya sucedido o dejado de suceder aquí no es el motivo de mi visita, señor.

Tuve la impresión de que se sentía incómodo.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté.

—¿Viajó usted en el tren que salió anoche a las veinte y veinticinco de Burlington, vía Brighton, con destino a Victoria Station, señor?

Yo había llevado a la sala de estar una bandeja con mi desayuno, que consistía en tostadas, huevos, mantequilla y mermelada. Estaba sirviéndome una taza de té

cuando él formuló la pregunta. Continué sirviéndome, sin idea de lo que se avecinaba.

—Sí, así es.

—¿Viajaba en su compartimiento una mujer, de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, que llevaba un impermeable blanco y un gorro de lana atada bajo la barbilla?

Añadí la leche al té e hice un gesto afirmativo con la cabeza. Luego dejé con todo cuidado la jarra de la leche sobre la bandeja. No sentía náuseas, pero sí un dolor en la boca del estómago que se iba haciendo cada vez más intenso

—Sí, la recuerdo —dije y se me representaron los ojos ingenuos arrasados en lágrimas.

Pensé también en la nota que me había entregado, pero el recuerdo predominante era el de aquel dolor del que yo había sido testigo.

La nota, con su mensaje, era algo sin importancia en ese momento; era un pequeño misterio, trivial y estúpido, comparado con la negra noche del alma, con la muerte por suicidio, con mi inoportuna observación de que «más valdría meter la cabeza en un horno de gas», con mi torpe ineptitud para satisfacer su necesidad de consuelo.

Comprendí la importancia de su anhelo de sentirse apoyada en sus esperanzas respecto a la vida eterna y a la posibilidad de volver a ver a su amiga. Sin advertirlo, yo había errado el camino.

Al asegurarle que ella y su amiga sobrevivirían más allá de la tumba, y que se volverían a encontrar, le había proporcionado los argumentos que necesitaba, la confianza en lo que ocurriría si se quitaba la vida. Si le hubiera dicho que tras la muerte no hay otra existencia, ella habría seguido luchando, esforzándose por mantenerse alerta —es decir viva—, para no caer en el Sueño sin Ensueño que es la muerte de los ateos.

Es sorprendente la rapidez con que esos pensamientos pasan por la mente.

La cruzan como relámpagos, en el tiempo que lleva levantar una jarra y echar unas gotas de leche al té, o en el tiempo que se tarda en echar dos terrones de azúcar a la taza. En un instante uno es feliz o si no lo es, por lo menos está estabilizado en el tráfago de la vida, y en el próximo instante uno se siente enfermo de culpa y oprimido por el desesperante sentimiento de la propia incapacidad para conducir o inspirar.

Yo me sentía seguro —y aún me siento seguro y siempre me sentiré seguro— de que sus emociones habían sido genuinas, aun después de oír al sargento que decía:

—A eso de las veintitrés y treinta, una persona que responde a esa descripción se presentó en la comisaría de Policía de Kensington y formuló una denuncia contra una persona que lleva el mismo nombre que usted, señor, y que, según la denunciante, le había hecho proposiciones deshonestas. La denunciante se negó a dar su propio nombre y dirección, señor, y tampoco quiso presentar una declaración formal.

El policía consultaba un papel, como para no apartarse de la terminología exacta.

—Debo informarle, señor, que dadas las circunstancias y por falta de pruebas adicionales, la policía no tiene intenciones de adoptar otras medidas. Se ha considerado, sin embargo, conveniente que usted tome conocimiento del asunto, por si desea formular alguna declaración. Estoy autorizado a tomársela.

Tras esas palabras, plegó la hoja que había estado consultando y la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Su suspiro de alivio fue casi audible. Nos miramos, incómodos, en silencio.

—De vez en cuando suceden estas cosas, señor —dijo con tono objetivo, sedante—. Supongo que usted niega terminantemente la acusación y no considera necesario formular una declaración formal para rechazarla.

Sólo faltaba que me diera un codazo disimulado o que me guiñara un ojo. La sugestión no podía ser más clara. Pero yo no podía aceptar la salida que me estaba ofreciendo.

Yo pensaba en los dos aspectos de aquella mujer: el montón amorfo que era su cuerpo, la mano rojiza y agrietada que enjugaba las lágrimas con un pañuelo pegoteado, las disculpas infantiles por sus lloriqueos; y por el otro lado, las instrucciones que había recibido y cumplido. Era probable que la misión careciera de significado para ella, que ni siquiera estuviera enterada del contenido del sobre, que no tuviera la menor idea sobre lo que estaba ocurriendo y que nada le interesara, salvo su tragedia personal.

—El sargento de guardia me la describió, señor. Las mujeres suelen sufrir alucinaciones en un determinado período de su vida. Es común que los dentistas sean objeto de acusaciones por el estilo, señor... cuando emplean anestesia. Son cosas de este tipo. Bueno, regresaré a la comisaría a presentar mi informe; a menos que usted tenga algo que decir.

Recogió el casco que había quedado sobre una silla.

—Supongo que usted no querrá formular declaración alguna, ¿verdad, señor? Salvo el rechazo oral de la acusación, por supuesto.

Yo meneé la cabeza, pero él interpretó mal mi gesto y comenzó a ajustarse el casco. Creía que su misión había terminado.

—Sí, quiero formular una declaración —dije.

El policía me miró y también meneó la cabeza.

—No hace falta, señor, dadas las intenciones de la policía en este caso. Ya se las he comunicado.

Me puse de pie, caminé hasta la ventana y dije:

—No es tan simple como usted cree. Esa mujer por la cual usted ha venido, esa mujer que formuló una acusación contra mí... Hay algo raro en todo eso, y yo no lo entiendo.

El policía movió la cabeza con gesto comprensivo.

—No hay por qué preocuparse, señor. Como ya le he dicho, suelen presentárenos casos como ése, de tiempo en tiempo. Si le incomoda, si le sigue incomodando, señor; si se convierte en una verdadera peste puede querellarla. Por lo general da resultado. El susto les devuelve un poco la cordura.

Otra vez comenzó a avanzar en dirección a la puerta.

—No es tan simple —repetí—. Es difícil de explicar. Viajé con ella y recibí sus confidencias sobre una serie de problemas emocionales. Habló de suicidio.

—Será mentalmente inestable, supongo. Entre nosotros: eso es lo que piensan en la comisaría. Me dicen que ella no era precisamente una belleza, ¿se da cuenta?, y yo vengo aquí y le veo a usted y veo el apartamento en que vive... Bueno, si me permite, lo primero que pensé fue: «Si éste hubiera querido hacerse el vivo, se habría elegido otra cosa». Claro que uno nunca sabe...

Había llegado a la puerta y apoyaba una mano sobre el picaporte. Tenía una idea fija respecto al modo en que habían sucedido las cosas y no parecía interesado en proseguir la conversación. Comprendí que tendría que hablar rápidamente para detenerle.

—Me entregó una nota en un sobre color pergamino. Justo en el momento en que nos separábamos en *Victoria Station*. Quiero mostrársela. Hay algo muy curioso en todo esto. Recogí la nota de mi escritorio y él se acercó de mala gana.

—Si usted me permite, no dé su nombre y dirección a la gente rara que conozca en los trenes; sobre todo si son medio chiflados. Eso siempre trae complicaciones de algún tipo. Supongo que usted se apiadó de ella.

Le alcancé la nota y dije:

—No le di mi nombre y dirección... Ésa es otra de las cosas que quería decirle. Pero lea esto y luego le aclararé el asunto.

Se acercó a la ventana y sostuvo el papel a una considerable distancia de los ojos, como suele hacerlo la gente madura, cuando no tiene ganas de sacar las gafas. Sonó el teléfono y cuando le dejé para atender a la llamada, estaba tratando de descifrarlo con el ceño fruncido.

Era otra vez el padre de Juliet, para cerciorarse de que yo la recogería en el aeropuerto a las dieciséis y media, y no en las oficinas de la compañía de aviación. Escuché la voz gangosa que, como un sonsonete, repetía las instrucciones para nuestros movimientos de la tarde y la noche.

—De modo que estaréis aquí a eso de las dieciocho, ¿no es así, viejo?

—Así es, señor.

—Luego tomaremos una copa e iremos a comer afuera.

—Espléndido.

—Estoy ansioso de verte, viejo.

—Y yo a usted —dije.

Siempre me llamaba «viejo». Acomodaba la palabra al final de casi todas las frases que me dirigía.

—Era mi futuro suegro —expliqué mientras colgaba el receptor—. No le gusta dejar las cosas al azar. Es un gran organizador. Él mismo se lo dirá si usted se lo pregunta, y si no se lo pregunta, también.

No es que creyera que mi comentario era ingenioso; pero pensé que merecía, por lo menos, una sonrisa cortés. Sin embargo, el policía no sonrió.

—Esta nota que me acaba de mostrar —dijo. Su voz denotaba un incipiente interés...— Usted dice que se la dio ella, señor. Estuve observando los tipos con que ha sido escrita y, por casualidad, miré esta hoja a medio escribir que usted dejó en su máquina, y el papel que usted usa.

Asentí con entusiasmo.

—Exactamente. Es mi máquina, es mi papel y son mis sobres. Eso es lo que quería decirle.

—¿Qué es lo que quería decirme, señor?

—Que la nota que ella me entregó estaba escrita con mi máquina y en mi papel; además había utilizado uno de mis sobres.

Me miró confundido, tratando de deducir las inferencias.

—Eso es lo más curioso —añadí.

—Este mensaje que usted ha escrito —comenzó el policía, pero yo lo interrumpí.

—Creo que usted no ha entendido bien adonde quiero llegar yo. Yo no lo escribí.

—Usted no me lo ha dicho al entregármelo para leerlo, señor.

—Estaba a punto de hacerlo cuando sonó el teléfono.

Volvió a recoger la hoja de papel y miró una vez más mi máquina de escribir. Creo que se sentía obligado a hacer algo.

—Bueno, no sé adónde quiere ir a parar usted, señor —dijo con aire sombrío—. ¿Está sugiriendo que la señora que formuló la denuncia contra usted entró de alguna manera a este apartamento, se enteró de su nombre y dirección, escribió esto en su máquina, se lo llevó consigo hasta la playa, regresó en el tren con usted, le entregó el mensaje en *Victoria Station* y luego se presentó en la comisaría de policía y le denunció ante las autoridades? ¿Es eso lo que está tratando de decir?

—Bueno, no necesariamente eso.

—¿Qué quiere decir con «no necesariamente», señor?

—Lo que he dicho... No necesariamente. Quizás ella haya entrado al apartamento y quizá no. Personalmente, no creo que haya sido ella.

—¿Entonces quién sugiere usted que haya sido, señor?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No lo sé... Ése es el asunto.

El diálogo comenzaba a asemejarse a una conversación entre sordos.

Yo me estaba irritando y él lo advertía... y eso es malo cuando uno trata con policías. Se pasó la lengua por los labios y dijo:

—No hay necesidad de ofuscarse, señor. Ha sido usted quien ha sacado a colación el tema, no yo.

—No me ofusco.

—Nosotros estábamos dispuestos a aceptar su palabra contra la de ella en el otro asunto... por falta de pruebas y en vista de las circunstancias. No tenía usted necesidad de mostrarme este papel.

Entre líneas me estaba diciendo que para él todo aquello era una oscura patraña mía para desacreditar a la mujer.

—¡Por supuesto que había una razón para que yo le mostrara la nota! —insistí, levantando la voz—. Demuestra que alguna persona entró sin autorización a este apartamento. Si ése no es asunto para la policía, ¿me quiere decir qué es?

El hombre se había puesto rígido, pero debo reconocer que conservó la serenidad. La policía está acostumbrada a tratar con ciudadanos excitados.

—¿Le han robado algo, señor? —preguntó suavemente.

—Nada.

—¿Han movido algo de su sitio? ¿Cajones en el suelo, puertas de armarios abiertas... cosas así?

Moví la cabeza con gesto negativo.

—¿Signos de puertas o ventanas que hayan sido forzadas? —No.

—¿Alguien aparte de usted tiene llave de este apartamento, señor?

—Sólo la mujer que se encarga de la limpieza... Y ella no escribiría un mensaje tan pomposo como éste, ¿por qué había de hacerlo? Mi novia también tiene llave, pero su coartada es perfecta: está en Norteamérica desde hace un mes.

—¿La mujer de la limpieza o su novia conocen a esa Mrs. Dawson que se menciona en la nota?

—Por supuesto que no.

—Preguntaba nada más, señor.

—Tiene razón. Bueno, no; no la conocían.

—Está bien, entonces —dijo el policía en el tono paciente de quien no sólo conserva la serenidad, sino que procura que uno lo advierta—. ¿Y quién es esa Mrs. Dawson, entre paréntesis?

—Fue asesinada en Italia recientemente.

—¿Conque asesinada?

—Salió en los diarios en su momento.

—No leo mucho los diarios... A no ser las páginas de fútbol. ¿Era amiga suya?

—No. No era amiga mía. Pero estoy preparando un trabajo sobre el caso. Escribo artículos y novelas policíacas. He estado tratando de descubrir algo acerca de sus antecedentes y eso me ha dado mucho trabajo. Llegué a pensar que la gente procuraba entorpecer mi labor. Fue una simple ocurrencia; pero ahora me llega esta nota. Esto confirma mis suposiciones.

—¿Quién está tratando de entorpecer su labor, como dice usted?

—No lo sé. Ésa es la cuestión. No sé quién ni por qué. Y hay algo más: alguien a quien no conozco me ha llamado por teléfono esta mañana temprano y me ha preguntado si había recibido la nota y luego ha tratado de disuadirme con métodos parecidos.

—Comprendo, señor.

El sargento observó su casco azul y lustró la visera con el pulgar derecho. Luego dijo:

—De modo que usted escribe novelas policíacas, como usted las llama. Son historias de suspense, de misterio, ¿verdad? —Así es.

Vi lo que estaba pasando por su cabeza. Había cambiado de perspectiva o por lo menos, la había ampliado. Ahora avanzaba tanteando hacia una teoría según la cual yo había escrito esa nota y estaba creando un misterio, por alguna oscura razón vinculada con una historia de suspense. Pero era demasiado puntilloso para exteriorizar sus sospechas. Simplemente asintió con la cabeza y dijo:

—¡Ah!

Luego se irguió.

—Muy bien, señor. En lo que respecta al otro asunto, informaré que usted niega en forma terminante la acusación. Y en cuanto al asunto que acabamos de tratar: ¿desea usted que comunique oficialmente su denuncia? ¿O prefiere reconsiderarla? Me estaba ofreciendo una escapatoria.

—Me gustaría que usted informe oficialmente —repliqué con obstinación—. Comprendo que es poco lo que puede hacerse; pero me gustaría que la policía estuviera informada.

—Muy bien, señor. Me llevaré ese mensaje que, según usted dice, fue escrito por un intruso desconocido. Informaré oficialmente sobre el asunto, si usted lo desea.

Plegó el papel con todo cuidado y lo colocó en su billetera. No suspiró resignado, pero fue el no-suspiro más sonoro que jamás he escuchado.

—Buenos días, señor.

—¿Cuál es su nombre sargento?

—Matthews, señor; sargento Matthews. Pero no se preocupe; informaré lo que usted desea. Para eso nos pagan, señor.

—No me preocupa.

—Entonces todo está en orden, ¿verdad, señor?

Se colocó el casco y salió sin volverse. Sentí que me consideraba un fiasco, un hombre con el cual la autoridad había adoptado una actitud tolerante, con el cual él mismo había asumido un papel amable, un papel de tío viejo; un hombre que había inventado una loca historia y persistía en ella, a pesar de la oportunidad de retractarse con dignidad que le había brindado.

Oí el ruido de la puerta de calle que se cerraba y me acerqué a la ventana. Le vi pedalear en dirección a la comisaría de policía.

La paloma —a la cual yo había dado el nombre de Mary el Palomo, ante la imposibilidad de establecer sexo— había regresado al techo de la casa de enfrente y miraba hacia mi ventana con sus ojos de abalorio.

Supuse que Mary el Palomo no era el único ser que me estaba observando; pero me aliviaba el hecho de haber puesto al tanto de las cosas al sargento Matthews. El policía había tomado mi historia con pinzas, pero al menos se la había llevado consigo.

En cuanto a la pobre mujer del tren, a quien yo ahora recordaba como Cara de Buñuelo, no me era imposible adivinar las razones de su proceder.

Era evidente que la policía se había equivocado al juzgarla.

Sus pensamientos, conscientes e inconscientes sólo giraban en torno de la muerte, la autodestrucción y la vida eterna; el hombre, las fantasías sexuales y las expresiones de deseos estaban lejos de su imaginación.

No era una neurótica en el sentido que ellos creían. Su dolor era genuino. Por eso, si había presentado la denuncia era porque le habían ordenado hacerlo. Y, sin embargo, yo habría jurado que ella me tenía simpatía y que me estaba agradecida por haber escuchado sus cuitas.

La imaginaba consultando mi nombre y dirección en algún arrugado trozo de papel que le habían entregado, extrayéndolo de su destartado bolso y sosteniéndolo con sus toscas manos enrojecidas a la luz de un farol próximo a la comisaría de policía y descifrando la escritura con sus ojos miopes.

Luego, de mala gana, y porque no le quedaba otra alternativa, debía de haber entrado en la comisaría, con plena conciencia de lo que pensaría de ella el sargento de guardia.

—«¡Pobre Cara de Buñuelo!», pensé «¡Pobre víctima!».

Pero ¿víctima de quién?

Pasé parte del día tratando de trabajar y parte tratando de juntar las piezas de un rompecabezas. Quienquiera que hubiese dado las instrucciones a Cara de Buñuelo debía saber que la policía no tomaría ninguna medida. En ese caso, la denuncia era algo así como una finta, una puñalada al aire, un golpe como el que los tigres suelen ensayar con sus garras.

En ese momento yo pensaba que había sido una cosa así. Pero había algo más.

Tras un par de *gin-tonic* y un emparedado, que constituyeron mi almuerzo, me sentí mejor. Afortunadamente tengo una mente seccionalizada y mis pensamientos se habían concentrado ahora en Juliet y su llegada. Estaba alegre y excitado cuando me dirigí en mi automóvil hacia el aeropuerto de Londres.

Pero había olvidado que, como secretaria del ministro, ella podía haberse hecho cargo de uno o dos portafolios y que quizá viajara de regreso al ministerio con su jefe y con toda la corte de funcionarios públicos que suelen acompañar a los ministros cuando viajan.

En efecto: mi viaje al aeropuerto fue una pérdida de tiempo. Todo lo que pude hacer fue saludar a Juliet desde lejos, y seguirla con mi auto a una distancia prudente. Por último pude recogerla en Whitehall y, a pesar de que ella estaba destrozada por el cansancio, la velada se cumplió inexorablemente según el programa planeado por Stanley Bristow.

Durante la primera mitad de la velada mi corazón sangró por la pobre y pequeña Juliet. El padre la acribilló a preguntas, con su voz gangosa, y la madre se encargó de añadir preguntas suplementarias en el tono enérgico y animado de un periodista de televisión. Si Juliet hubiera respondido a todo aquel cuestionario, los secretos de las Conferencias de Washington habrían corrido por los clubs de Londres y por muchos otros lugares, en menos de cuarenta y ocho horas. Pero ellos no estaban a la altura de su hija, por cansada que estuviera.

Por fin Stanley Bristow puso un gangoso final al proceso, con un quejumbroso reproche a su hija, que nunca les decía nada. Creo que para entonces Juliet ya ni siquiera oía bien. Hundía con desgana el tenedor en su plato de pescado a la mortecina luz de las velas del restaurante de Charlotte Street. Una o dos veces levantó la vista y sus ojos se cruzaron con los míos. Me dirigió, entonces, una de sus pequeñas sonrisas reservadas y volvió a mirar el plato.

Stanley había encargado champaña para celebrar el retorno. Nunca era mezquino con las bebidas. Mediada la comida, Juliet tenía un aspecto más animado. Hasta ese momento yo no había dicho nada acerca de la mujer del tren de Brighton, del mensaje, de la visita del sargento de policía o de la llamada telefónica.

Pensé que ahora podía hacerlo. Confiaba en la reacción superficial de Stanley, suavizada por el alcohol. En efecto, su reacción fue superficial. Esperé que eso diera la tónica a las mujeres. Stanley lanzó una de esas carcajadas con sordina, que le sirven de risa.

—Probablemente.

—¡Por supuesto que es eso, viejo!

—¿Y por qué?

—¿Por qué? No sé por qué, viejo. ¿Por qué se gastan bromas? Si te interesa mi

opinión te diré que se trata de una broma muy tonta, viejo.

Asentí con la cabeza.

—Es probable que usted tenga razón. Es demasiado elaborada, se ha extendido sobre un área demasiado amplia y no veo bien qué persigue, pero...

—Una broma nunca persigue gran cosa, viejo.

Sentí que había llegado el instante en que comenzaría a narrarme anécdotas de graciosos que habían cavado pozos en calles principales, de estudiantes que se habían disfrazado de potentados indios y habían pasado revista a guardias de honor, y otros cuentos del vetusto repertorio de los bromistas.

—La puerilidad de alguna gente es infinita —comentó Elaine Bristow, en tono brillante—. Hasta Stanley solía hacer bromas con los automóviles de la gente que nos iba a visitar cuando éramos recién casados. Les sacaba algunas piezas del motor y mientras ellos solicitaban auxilio mecánico por teléfono, se deslizaba hasta el coche y volvía a poner la pieza en su lugar. ¿Recuerdas, Stanley?

—Espero que ustedes dos estén en lo cierto —intervine apresuradamente—. Espero que sea algo así.

Por instinto creí necesario comunicarles lo que estaba ocurriendo, por si el asunto seguía. Supongo que instintivamente sabía yo que el asunto seguiría. Ahora ya estaba dicho. Ahora podía cambiar de tema.

—¿Quién ganará el handicap de noviembre? —pregunté.

Stanley se mostró complacido. Comenzó a explayarse y repasó los méritos de los principales contendientes equinos, uno a uno, casi pata por pata. Encendí un cigarrillo y me apoyé en el respaldo de mi asiento, asintiendo de cuando en cuando con la cabeza. Elaine también se echó para atrás, aburrida pero resignada.

Juliet jugueteaba con la taza de café. Su piel parecía más pálida y excitante a la luz mortecina de aquel mediocre restaurante de Soho. No llevaba las gafas puestas.

Una o dos veces me miró sin mover la cabeza, levantando los ojos con esa mirada llena de reserva, que siempre me había excitado. Esta noche su mirada no me excitó. Sus ojos tenían una expresión preocupada. Ella había percibido mi verdadero estado de ánimo.

Juliet anunció que se iría directamente a la cama cuando regresáramos al apartamento de sus padres. La fatiga del trabajo en la Conferencia de Washington, sumada al vuelo a través del Atlántico, había terminado por vencerla. Yo habría preferido proseguir viaje en el mismo taxi hasta mi propio apartamento, pero Stanley insistió en que les acompañara a tomar una última copa y despachó al conductor.

Una de las dos maletas de Juliet estaba aún en el vestíbulo; yo la cogí y marché tras ella por el corredor. Cuando dejé la maleta en el dormitorio vi que Juliet se bamboleaba de puro exhausta. A pesar de que casi no habíamos tenido un instante de

soledad, desde su llegada, murmuró unas palabras de despedida, la besé y la abracé, y prometí verla al día siguiente a la hora del almuerzo.

Pero cuando me dirigía a la puerta del dormitorio, ella me detuvo. Creí que quería besarme otra vez y me sentí conmovido. La besé y ella no se opuso; pero no me había detenido por esa razón. Me miró, luego apartó los ojos y con esa manera reservada tan característica en ella me dijo:

—Estás preocupado. Creo que estás un poco preocupado, ¿no es verdad?

—No, no mucho. No, no estoy preocupado. Todo esto es un poco inquietante y bastante infantil y melodramático. No entiendo por qué ellos, sean quienes sean, no quieren que siga adelante con esa historia. Pero no estoy preocupado, porque no veo el motivo para preocuparse.

—¿Y no te parece suficiente motivo para estar preocupado?

—Bueno, no trates de asustarme, querida —le previne, riendo.

—No estoy tratando de asustarte.

—Así me gusta.

—Sólo que... en los tiempos que vivimos.

—¿Qué tienen de particular los tiempos en que vivimos?

—Uno siente que hay tanta maldad en torno. Tanto peligro oculto. ¿Comprendes? En los diarios aparecen algunas muestras de esa maldad. Asesinatos y secuestros, escándalos inexplicables y traiciones, y un odio frío, muy frío. Y eso son sólo muestras; uno no sabe dónde se ha de producir la próxima erupción o por qué ha de producirse.

—Siempre han ocurrido cosas así.

Repentinamente, ella se echó a llorar. La rodeé con mis brazos. Nunca la había visto llorar y no me gustaba.

—Vamos, querida. Métete en la cama y olvida todo esto.

—¿Cómo puedo olvidar algo que nos puede afectar a ti y a mí? Es un zarpazo a lo que puede ser nuestra única posibilidad de ser felices en esta vida... Es una amenaza a nuestro matrimonio.

Se enjugó los ojos con el pañuelo que le ofrecí.

—¿Por qué no abandonas, querido?

—¿Por qué no abandono qué?

—¿Por qué no abandonas esa historia de Lucy Dawson?

La miré con fijeza y sentí que esa obstinación que tanto bien y tanto mal ha traído a mi vida me congelaba, literalmente, el cerebro.

—Santo cielo, ¿de qué lado estás tú? —murmuré.

Ella comenzó a sollozar.

—¿De qué lado estás? —pregunté nuevamente.

—Del tuyo, querido. Del nuestro —susurró Juliet—. Sólo quiero ser feliz. Eso es

todo.

—La abandonaría o no la abandonaría si supiera por qué quieres que lo haga. Pero no lo sé y por lo tanto no la abandonaré.

Ella se volvió y murmuró:

—¡Ay, estos hombres! ¡Estos hombres!

Desde el pasillo llegó la voz gangosa de Stanley que me llamaba. Dijo algo de palomos enamorados y de que era hora de que Juliet se acostara. Sé que fue algo nauseabundo.

La besé una vez más. Ella hizo lo posible por responder, pero no puso el alma en ese beso. Cuando entré a la sala, hallé a Stanley solo. Me explicó que Elaine había decidido acostarse. Yo también quería acostarme, pero él ya estaba junto a la bandeja de las bebidas y andaba con un botellón de *whisky* y unos vasos de cristal tallado. Pensé que diría: «Bueno, ¿qué te parece si tomamos la última copa de la noche, viejo?», pero no lo hizo. Dijo:

—Una copa con el pie en el estribo, viejo.

Y para empeorarla añadió:

—Si bebes, no conduzcas; si conduces, no bebas. Bueno, pero ahora no vas a conducir, viejo.

—Así es —dije—. Haré el camino de regreso a pie. Póngame poco, por favor.

Encendí un cigarrillo y suspiré. Stanley me alcanzó el *whisky*.

—¿Cansado, viejo?

—No, no mucho.

No me sentía muy cansado. Estaba simplemente desalentado ante la perspectiva de aquellas interminables reuniones periódicas con Stanley, ante la certidumbre de que en mi vida futura me vería obligado a tolerar que me aprisionara en un rincón y me contara sus estúpidos chistes verdes, mientras clavaba en mí sus ojos grises, protuberantes y acuosos, con un toque de bocio exoftálmico, y se pasaba una mano por el pelo ralo, mientras sostenía un vaso en la otra.

—Bueno, bébetelo, viejo... ¡Mis mejores augurios!

Yo me bebí medio vaso de *whisky* con soda sin detenerme.

Cuanto antes terminara, antes me iría. Stanley de pie junto a la chimenea, de espaldas a mí y sin volverse dijo:

—Mira, viejo, hay algo que considero necesario decirte.

Su voz era tan gangosa como siempre, pero el tono jovial que era norma en él estaba ausente.

—Se refiere a Juliet, viejo.

—¿Qué ocurre con Juliet?

—Espero que ella misma te lo diga, si es que no lo ha hecho ya. Supongo que lo ha hecho, ¿verdad?

—¿Si no me ha dicho qué, por Dios? ¿Cómo puedo saberlo? —exclamé sin poder evitar que mi voz trasluciera mi irritación.

Era tarde y ahora comprendo que, subconscientemente, yo estaba comenzando a preocuparme por la actitud de Juliet.

—No puedo decirle si me lo ha dicho o no me lo ha dicho, a menos que usted me informe de qué se trata. ¿No le parece? ¡Dígame! ¿No le parece?

Él se volvió y me miró con aire bobalicón desde su altura. Advertí que el bigote color estopa no había encanecido

como su cabellera rala. Parecía un oficial de caballería retirado. Muchas veces él dejaba entrever a los extraños que había formado parte de un regimiento cuyos oficiales eran miembros de las clases más pudientes; pero yo sabía por Elaine Bristow que durante la última guerra él había actuado en los cuerpos pagos.

—Bueno, a decir verdad, viejo... no es justo que tú no estés enterado; Juliet no es, en realidad, hija nuestra. La adoptamos.

Me observó con mirada ansiosa, mientras agitaba su *whisky* en el vaso. Parecía preocupado. Estuve a punto de echarme a reír en sus narices.

Lejos de sentirme descorazonado tuve conciencia de una ola de alivio que me invadía al saber que Juliet no era el resultado de la unión de esta pareja tan sin interés. Y en medio de mi alivio comencé a comprender ciertas cosas como aquel atractivo oscuro y reservado de mi novia, su mezcla de alegría y seriedad, el toque de misterio que la rodeaba, las miradas furtivas que de vez en cuando lanzaban sus ojos. ¿Se debería a su sangre o a lo que ella sabía respecto de su pasado? ¿Había sospechado ella la verdad mucho antes de que se la confirmaran? Una frase escuchada al pasar, una conversación bruscamente interrumpida puede revelar a un niño mucho más de lo que los adultos suponen. Los niños no son tontos.

Ninguna de sus características podía haber derivado de los Bristow y yo debía haberlo adivinado. Aun cuando en la estirpe hubiera habido antepasados más interesantes, lo antitético de aquel matrimonio habría bastado para neutralizar cualquier influencia favorable.

—Pero mi querido Stanley, ¿qué importancia puede tener eso? —dije con tono ligero y advertí que, en mi entusiasmo al comprobar que Juliet no tenía ni una gota de sangre Bristow, acababa de llamar por primera vez a mi futuro suegro por su nombre de pila.

—Esperaba que dijeras eso, viejo. Yo me lo he dicho muchas veces a mí mismo.

Te diré lo que sé acerca de sus padres. Te diré algo que ella misma no sabe.

—No es preciso que lo haga.

—No sería justo, viejo.

Avanzó con gesto aparatoso hasta la puerta, la abrió sin ruido y miró por la rendija para asegurarse de que nadie se acercaba por el pasillo; luego la volvió a cerrar y regresó a su lugar junto a la chimenea.

—En realidad, preferiría no saber nada —le previne rápidamente—. Preferiría que no existiera esa clase de secretos entre Juliet y yo.

—Creo que debes saberlo, viejo... Te diré: ella sólo tiene un cincuenta por ciento de sangre inglesa.

Hablaba en un susurro y me miraba como esperando que yo cayera redondo.

—Cincuenta por ciento inglesa, cincuenta por ciento italiana —murmuró—. ¿Recuerdas el hotel que te recomendé cerca de Sorrento? ¿Recuerdas al *signor* Bardoni? Es su padre. Un buen tipo, ¿eh? No conozco a su madre, viejo. Era inglesa; pero no pasa de ser un nombre... Smith o Brown o algo así. Desapareció. ¿Comprendes?

Asentí con la cabeza. Había comprendido. Pero no podía hablar.

—¿Y ella lo sabe?

—Sabe que es hija adoptiva, viejo. Pero no sabe quiénes eran sus padres. No sabe que Bardoni es su padre. Y su padre no sabe quién la adoptó. Así se hacen esas adopciones, por supuesto. Y está muy bien, viejo; evita una cantidad de contratiempos y dolores más tarde. Yo me enteré por un amigo de un amigo. ¿Te das cuenta? Anduve investigando. Nunca están de más las precauciones.

—¿Y usted fue al hotel y paró allí hace algunos años? ¿Usted con Elaine y Juliet? Le miré desconcertado.

—No había peligro alguno, viejo... Elaine conocía la relación, por supuesto, pero sólo ella. De todas maneras queríamos ir a Italia y pensamos que podía ser un experimento interesante... ¿Te das cuenta? Nos intrigaba lo que ocurriría: la voz de la sangre y esas cosas. Queríamos ver si se sentían atraídos. ¿Y sabes lo que ocurrió, viejo?

Tendría que aguantarle años y años. No ganaría nada con demostrarle que yo no estaba de acuerdo, que toda la idea me parecía repelente. Él esperaba que yo preguntara «¿Qué ocurrió?», pero eso era demasiado; no podía. No pude obligarme a mí mismo a darle ese gusto. Bebí un sorbo de *whisky* y me puse a jugar con un cigarrillo.

—¿Sabes qué ocurrió? —volvió a preguntar. No me quedaba otro remedio.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—¡Nada! ¡Absolutamente nada, viejo! Todos hablamos con Bardoni una y otra vez; pero ni Juliet ni él se interesaron el uno por el otro. ¡Fascinante, viejo! —¿Cómo

se enteró usted de que él administraba ese hotel?

—En forma indirecta, a través de ese tipo de la sociedad de adopción. A veces se mantienen en contacto, ¿sabes? Por las dudas. ¿Comprendes?

Yo permanecía sentado, contemplando mi vaso y preguntándome por qué Juliet no me había dicho que era hija adoptiva. Tenía que saber que eso no influiría para nada en nuestras relaciones. Volví a preguntarme si ésa podía ser la explicación de su carácter reservado, de su manera furtiva. Comprendí que me estaba sintiendo lastimado.

—¿A qué edad le confesó usted la verdad? —pregunté.

—¿A qué edad? ¡Bueno, a los veintidós, viejo! Se lo hemos dicho esta noche... Después de dejarla tú aquí. Mientras se cambiaba para salir. Elaine entró y se lo dijo.

—¿Así nada más? ¡Una especie de saludo de bienvenida!

No pude ocultar la nota acre de mi voz. Pensé que era típico de esta pareja mediocre y poco imaginativa el comunicar semejante noticia en un momento en que la muchacha acababa de regresar al hogar y se sentía exhausta. Yo estaba indignado y él lo advirtió.

Se puso rígido y su voz sonó más gangosa que de costumbre.

—No hacía falta decírselo... ni a ella ni a ti, viejo. Espero que comprendas. En la actualidad las partidas de nacimiento sólo consignan el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento. Pero Elaine y yo lo estuvimos discutiendo, viejo. Y al final decidimos decírselo. Se mostró muy razonable respecto a todo el asunto. Muy razonable.

Parecía ofendido.

Terminé mi *whisky* y me puse de pie. Es inútil con la gente estúpida, y no tiene sentido discutir con ella.

—No es de sorprender que haya estado tan pálida durante la comida. Pensé que era sólo cansancio.

—Yo creo que era sólo cansancio, viejo.

Me miró con sus saltones ojos grises y se apoyó contra la repisa de la chimenea, mientras acariciaba su rala melena. Tenía una expresión preocupada.

¡Para qué perder el tiempo! Me di por vencido.

—Quizá haya sido sólo el cansancio. Espero que esa haya sido la razón principal.

Me esforcé por sonreír. La expresión de Stanley se transformó; ahora estaba radiante.

—¡Así me gusta! Y ahora todo está claro, viejo.

—Así es.

—¡Regio!

—¡Regio! —repetí yo, al borde de la náusea—. Ahora tengo que irme. Me asomaré para ver si está dormida.

La luz del velador estaba encendida pero ella ya dormía y no se movió cuando

asomé la cabeza por el vano de la puerta. Comprendí que estaba convencida de que la revelación de esa noche en nada alteraría nuestras relaciones. No estaba preocupada. Sin embargo, eso también podía significar que le tenía sin cuidado mi reacción.

La noticia sobre Juliet había desplazado otras preocupaciones de mi mente; pero no había transcurrido un cuarto de hora cuando ocurrió algo que me provocó una considerable conmoción, por ser una premonición de la violencia que me esperaba en lo futuro.

No debe olvidarse que yo era demasiado joven para haber intervenido en la guerra y que vivía en una sociedad pacífica y bien organizada. No estaba preparado para riesgos que no fueran los vinculados con accidentes o con enfermedades.

Había leído acerca de ciudadanos que eran vigilados, amenazados, acechados y finalmente abatidos de un zarpazo por los carnívoros de la jungla; pero siempre creí que —salvo algún caso fortuito— si uno recorría caminos seguros podía confiar en mantenerse físicamente a salvo, en este siglo veinte. Hasta el último instante, no tuve idea de la magnitud de lo que había emprendido.

Lo que ocurrió después de separarme de Stanley Bristow está contenido en la declaración que formulé a la policía a eso de las doce y cuarto de la noche, y cuyo contenido fue más o menos el siguiente:

Mi nombre es James Compton, domiciliado en Stratford Road 274, Kensington, Londres, W. 8. Soy escritor. A las 23,50, aproximadamente, abandoné el domicilio de mi prometida, Juliet Bristow, y de sus padres, en Jameson Street y me dirigí a pie hacia mi casa.

En la esquina de Jameson Street y Kensington Place, miré hacia la derecha para cerciorarme si avanzaba algún vehículo por la calzada y pude ver a dos hombres de pie bajo unos árboles en la acera opuesta de Kensington Place. Kensington Place no está muy bien iluminada y no presté demasiada atención al hecho.

Recorrí Kensington Place hasta llegar a Church Street. Allí crucé la calzada para mirar un escaparate de la acera opuesta. Cuando cruzaba de regreso, las luces de los coches me permitieron ver a dos hombres que podían ser los mismos que había visto unas manzanas atrás. Doblaron la esquina hacia la avenida Kensington a paso muy vivo y los perdí de vista.

Seguí andando por la avenida y doblé a la izquierda por Wright's Lane. Al final de Wright's Lane doblé a la derecha y pasé junto a una entrada de automóviles estrecha y profunda. Unos diez metros más allá —se trataba de una manzana muy corta— un hombre dio la vuelta a la esquina y me detuvo para pedirme fuego.

Se agachó para acercar su cigarrillo a la llama de mi encendedor y advertí que

llevaba la mano derecha en el bolsillo del impermeable. Sé que este tipo de acercamientos suelen terminar en un ataque. La calle estaba desierta. Sostuve el encendedor a prudente distancia de mi cuerpo y, aun cuando no vi nada sospechoso, observé atentamente al hombre. Cuando se inclinó, con el cigarrillo entre los labios, advertí que sus ojos no se fijaban en la llama, sino en algo que estaba a mis espaldas. Al mismo tiempo oí un leve rumor detrás de mí.

Me hice a un lado de un salto y me volví. Un hombre alto, que a mi juicio se dirigía hacia mí, cambió en ese instante de dirección y pasó junto a nosotros por el borde de la acera. Marchaba de prisa, casi a la carrera, y desapareció a la vuelta de la esquina. Llevaba un objeto corto en su mano derecha; algo que podía ser una cachiporra.

Llevaba conmigo un bastón hecho con una maza africana; se trata de un garrote con protuberancias en un extremo y que muchas tribus africanas emplean como arma. Al volverme lo levanté en posición defensiva. Es posible que con la luz de la calle el hombre no haya podido distinguir la naturaleza del objeto que yo llevaba, y quizá le detuviera la presencia de ese objeto en mis manos.

El otro hombre me preguntó si me ocurría algo. Le dije que no; pero no pude ocultar mi inquietud. Me dio las gracias y se alejó en dirección a Wright's Lane.

El hombre alto mediría un metro ochenta, aproximadamente; era de constitución normal, su cabeza era muy redonda y llevaba el pelo cortado al rape, vestía pantalones grises y un impermeable parduzco, corto, y con cinturón. Llevaba el cuello levantado, a pesar de que no llovía ni hacía frío. La parte inferior de su rostro permanecía, pues, oculta. No usaba sombrero y su pelo era castaño.

El otro hombre mediría un metro setenta, tenía rostro cuadrangular y barbilla hendida. Llevaba un sombrero blando de ala estrecha, con cordón en torno a la capa. Su camisa era rayada y tenía botones en las puntas del cuello. Su impermeable era gris, sin cinturón y le llegaba hasta más abajo de las rodillas. Creo que tenía ojos claros. Hablaba con ligero acento extranjero. No puedo identificar el acento. Los dos hombres parecían ser de unos treinta años. No puedo afirmar que hayan sido los mismos que vi en Kensington Place o en Church Street. Quizá podría identificarlos si les volviera a ver; sobre todo al más bajo.

—Esto es, poco más o menos, lo que ha ocurrido —dije y firmé la histérica y endeble declaración.

El joven detective me miró con aire aburrido. Apagó el barato cigarrillo con filtro que estaba fumando y se echó atrás en su asiento.

Yo sabía lo que estaba pensando. Yo pensaba lo mismo: así escrito el asunto parecía carecer de fundamento. Y ahora no había nada que hacer.

Lo malo era que habíamos comenzado sobre una mala base. Cuando entré a la

comisaría dije que quería dar parte de un incidente vinculado con algo sobre lo cual yo ya había hablado con un sargento de allí. El sargento de guardia dijo: «Está bien, señor». Y me indicó que entrara en una salita. Luego entró el joven detective, que no me quiso escuchar.

—Está bien, señor —me dijo—; pero primero quiero tener una idea acerca de lo que le ha ocurrido ahora. Luego veremos. Luego hablaremos sobre el resto. Y bien, ¿cuál es su actual problema, señor?

Y ocurre que mi problema momentáneo sonaba endeble, a menos que uno tuviera conocimiento de los antecedentes. Pero él me interrumpió cuando traté de explicarle. Quería los hechos escuetos de mi presente «demanda», como él la llamaba.

Por eso, cuando leyó mi declaración, comprendí que adoptaría una actitud burlona.

—Lo que usted vio en la mano de ese hombre pudo haber sido una linterna, dijo.

—Así es. Pudo haber sido una linterna.

—Usted dice que se le estaba acercando. Quizá tuviera intenciones de pasar entre la línea de edificación y el lugar en donde se habían detenido usted y el otro tipo... es decir del lado interior de la acera.

—Quizá fuera así. Pero nosotros estábamos muy cerca de la pared. Lo más lógico era que pasara por afuera.

—La gente hace cosas curiosas cuando camina.

—Es verdad. Pero se me aproximaba en un ángulo muy marcado, desde el bordillo de la acera.

Vi que le daba vueltas al asunto en la cabeza, buscando algún otro motivo plausible.

—Quizá él también haya tenido intenciones de pedirle fuego.

—¿Dos personas sin fuego para sus cigarrillos en la misma calleja desierta y en el mismo momento? Bueno, pero suponiendo que hubiera sido así: ¿Por qué no me lo pidió?

—Quizá haya sido porque usted blandió ese bastón-maza en sus narices.

—Quizá —dije con paciencia.

Comenzaba a arrepentirme de haber acudido a la comisaría de policía y decir: «Creo que dos tipos intentaron atacarme hace diez minutos, en Wright's Lane. Pensé que les interesaría saberlo». Pero las cosas no son así. Considérese afortunado si se hace en un plazo menor de una hora.

Me había costado un buen rato sacar en limpio lo que deseaba que yo informara por escrito. La salita destinada a las entrevistas, con su cruda luz fluorescente, estaba caldeada, asfixiante e impregnada de un rancio olor a humo de cigarrillo.

—Me pareció conveniente denunciar el hecho —expliqué—. Siempre se nos dice que denunciemos a la policía las cosas anormales o sospechosas; por eso me pareció

mejor venir. Sobre todo teniendo en cuenta los antecedentes, que usted no me ha permitido mencionar.

—Yo no le prohíbo que mencione lo que quiera, señor —dijo, poniéndose rígido—. ¿Qué más desea informar?

Pero yo ya había caído en la obstinación.

—No tiene importancia. Ya comuniqué el hecho a uno de sus hombres. Añada esta denuncia a los antecedentes. No voy a relatar toda la historia de nuevo. En algún momento se verá que existe una conexión entre mis denuncias. En algún momento se verá. Tarde o temprano se tiene que producir, supongo: quizá sea mañana o pasado mañana; este año o el próximo.

La actitud del joven detective había comenzado a suavizarse.

—Ha hecho bien en denunciar este asunto, señor. Es una buena idea recurrir a nosotros. Tomaré nota de lo que acaba de decir.

Nos pusimos de pie. Él hablaba por hablar y sabía que yo no creía en sus palabras, pero las apariencias estaban salvadas. Ahora se sentía más cómodo y me sonrió.

—Quizá dentro de diez minutos le tome declaración a un tipo alto con un impermeable corto. Dirá que un caballero le amenazó con un bastón-maza. Así son las cosas.

—Bueno, ya conoce mi dirección —dije, sin sonreír.

Salí de la comisaría. Un agente uniformado caminaba lentamente en torno a mi automóvil; casi me pareció oírlo olfatear como cuando un perro da vueltas en torno a otro perro.

—¿Es suyo este auto, señor?

Asentí con la cabeza.

—Estaba en la comisaría de policía prestando una declaración.

—Tenía que haber dejado encendidas las luces de posición, señor.

—Bueno, lo he dejado bajo un farol. Por otra parte, ignoraba que en plena ciudad de Londres fuera obligatorio dejar las luces de posición encendidas.

Yo sabía adónde quería ir a parar, pero una vez más era preciso conservar las apariencias.

—Cuando se estaciona un automóvil en una calle por la que transitan autobuses deben dejarse las luces de posición encendidas; sea cual sea la iluminación de la calzada.

—Lo ignoraba —mentí, ya fatigado.

—Está bien, señor. Buenas noches.

—Buenas noches. Gracias.

El agente caminó pesadamente hacia el edificio de la comisaría. Probablemente, él también estaba cansado y aburrido.

Me dirigí a Stratford Road.

Mi apartamento se levantaba sobre una ferretería. Era una situación muy conveniente porque no había más pisos arriba y porque los edificios vecinos estaban destinados a oficinas. De esa manera estoy seguro de no molestar a nadie cuando escribo a máquina hasta horas avanzadas.

El apartamento no es gran cosa desde fuera, pero por dentro es muy bonito, aunque está mal que lo diga yo. La sala de estar es muy amplia, y hay un dormitorio grande y dos más pequeños. Uno de los dormitorios me sirve de estudio y el otro es el que Juliet había proyectado usar como comedor. La idea había contado con mi aprobación, porque de esa manera no nos quedaría dormitorio para huéspedes.

Hay uno o dos muebles antiguos de valor, obsequio de mi padre. También pertenecieron a mi padre algunas piezas de plata de estilo georgiano y algunos grabados del siglo dieciocho, con motivos deportivos. En lo que respecta a estos últimos estoy convencido de que Juliet decidió reemplazarlos en el preciso instante en que los vio; aunque, sin duda, la operación se cumpliría con mucho tacto.

Tenía también algunos proyectos de cambio en los esquemas de colores, para cuando estuviera instalada en el piso. Sin embargo, era lo bastante discreta como para no insistir mucho sobre el tema por el momento.

Lo cierto es que, con grabados deportivos o sin ellos, con esquemas de colores o sin ellos, aquélla era una excelente vivienda para una pareja de recién casados.

Uno se siente tentado a modificar la última frase y añadir: si es que la boda llegaba a realizarse.

Regresé de la comisaría de policía a la una, estacioné en un espacio libre, a pocos metros de la puerta y entré pensando en que muy pronto las habitaciones se alegrarían con la presencia de Juliet.

Odio los ruidos, sobre todo los ruidos abruptos, de modo que siempre cierro la puerta con suavidad. Cerré la puerta de abajo sin ruido. Miré la alfombra azul de la escalera y subí paso a paso hacia mi apartamento. Estaba cansado pero satisfecho, pensando que hasta el momento había hecho todo lo posible.

Cuatro peldaños antes de llegar arriba, me detuve y miré la alfombra; mejor dicho miré la ceniza de cigarrillo, poco más o menos un centímetro y medio, que yacía sobre ella.

Permanecí inmóvil mirando con fijeza aquella ceniza.

Nunca salgo de mi apartamento ni de ningún otro lugar cerrado fumando un cigarrillo y tampoco fumo al entrar. La explicación es muy simple: a mi juicio, lo único que sabe bien al aire libre es una pipa. Por eso me detuve a contemplar la ceniza. Luego levanté la vista y miré la puerta del apartamento. Recuerdo haber observado cómo brillaba a la luz de la escalera la madera lustrada y el llamador de

bronce.

Ascendí los cuatro escalones que me faltaban para llegar al piso. Me detuve ante la puerta, apagué silenciosamente la luz de la escalera y escuché los latidos de mi corazón.

Tras una breve pausa levanté la lengüeta del buzón. La puerta de la entrada se abría sobre un pequeño vestíbulo que se comunicaba con la sala de estar. A la derecha de la sala estaba mi estudio.

No vi nada anormal a través de la abertura y pensé si el incidente de aquella noche no habría afectado mis nervios. Bajé la lengüeta del buzón sintiéndome bastante tonto.

No me quedaba otra cosa por hacer que entrar. Sin embargo, me detuve unos segundos más y traté de escuchar. Regulaba mi respiración y me sentía dichoso de que Juliet no pudiera verme en esos instantes. Luego avancé en la oscuridad procurando localizar al tacto la llave de la puerta de la entrada entre las que tenía en el llavero. Estaba en eso, cuando una tos ahogada que llegó del interior del apartamento paralizó mis movimientos y mi respiración. Me dije a mí mismo que los ruidos engañaban, sobre todo de noche, y volví a levantar la tapa del buzón.

Quienquiera que fuese, no estaba en la sala de estar, pero alcancé a divisar los reflejos de su linterna, que se movía en mi estudio.

No creo ser más cobarde que el común de los hombres; pero quizá sea más cauto y calculador, y es posible que también más imaginativo. Supuse que debía de ser un solo hombre el que se encontraba en el piso y me sentí tentado de entrar y atacarlo. ¿Pero qué ocurriría si eran dos los intrusos?

Quizá subconscientemente el factor decisivo haya sido la idea de mi casamiento. Descendí la escalera de puntillas, cerré la puerta de la calle con toda suavidad y me dirigí a toda prisa a las cabinas telefónicas de Marloes Road. Como es tan frecuente, el primer teléfono que probé no funcionaba, la moneda cayó una y otra vez en la ranura. No sé por qué las cabinas telefónicas están siempre tan sucias y por qué los teléfonos públicos funcionan tan mal.

Lancé un juramento, dejé la cabina y me arrojé a otra.

Ésa también estaba sucia, pero cuando levanté el auricular oí la señal y di gracias al cielo por tener cuatro peniques y por haber hallado un teléfono que los aceptara.

Luego de introducir las monedas en la ranura advertí que no se necesitaban para marcar el «999». Temeroso de que alteraran la rutina apreté el botón marcado con una letra «B» y recuperé mis peniques. Luego marqué «999» y conseguí comunicación con Scotland Yard. Una voz impersonal dijo:

—Scotland Yard... ¿En qué puedo servirle?

—Quiero informar que...

—¿Desde dónde habla, por favor?

Desde una cabina telefónica de Marloes Road. Mi nombre es James Compton, domiciliado en Stratford Road 274, Kensington.

—Un minuto, por favor, señor.

Se produjo una pausa de algunos segundos. Luego, la misma voz dijo en tono sereno, casi tranquilizador:

—¿Cuál es su problema, señor?

—Hay intrusos en mi apartamento. Quizá ustedes pueden enviar a alguien por aquí.

—Un minuto, señor.

Esperé. Tras una breve pausa regresó la voz.

—Enviaremos un coche-patrulla, señor. Llegará dentro de tres o cuatro minutos. ¿Está bien?

—Está bien.

—Le ruego regrese a su apartamento y espere fuera. Creo que el coche-patrulla llegará junto con usted. ¿De acuerdo?

La voz era sedante. El hombre cumplía muy bien su función. Tampoco estuvo errado en sus cálculos. El auto no estaba allí cuando llegué, pero tardó unos dos minutos tan sólo. No llegó precedido por el aullido de la sirena, sino que estacionó casi sin ruido. Debe de haber hecho los últimos veinte o treinta metros en punto muerto. Se detuvo junto al cordón sin más ruido que un ligero «crunch».

Había dos agentes uniformados y un detective de paisano. Descendieron en silencio y permanecieron juntos por un instante, mientras observaban las ventanas de mi piso. Luego se acercaron al lugar donde yo estaba, cerca de la puerta de la entrada. El sargento habló con voz serena.

—No creo que salte por la ventana, señor. Hay demasiada altura. ¿Hay alguna otra salida por atrás?

Negué con la cabeza.

—Entonces todo andrà bien, señor. ¿Nos permite entrar?

Les abrí la puerta de la calle, encendí la luz de la escalera y subimos los peldaños alfombrados de azul. Aun cuando no había más salida que la que habíamos usado, nos movíamos sin ruido. No sé por qué.

Imagino el informe que deben de haber pasado más tarde:

«Una inspección a fondo del lugar no reveló indicios de la presencia de un intruso. Tampoco había señales de que hubiera sido forzada la entrada. El ocupante manifestó que nada parecía haber sido robado o movido de su lugar. En vista de esos hechos, se supone que el ocupante debió confundir una tos que llegaba de la calle, con la de alguien que podía haberse introducido en su apartamento. Se advirtió que las cortinas de la habitación utilizada como estudio no habían sido corridas. Por

consiguiente, es posible que el ocupante haya confundido las luces de algún automóvil que pasaba con la de una linterna. El coche-patrulla regresó a las oficinas centrales a las 2.35.

»Cabe señalar que el ocupante se había presentado en la comisaría una hora antes para denunciar a dos hombres cuyos movimientos había considerado sospechosos. Se adjunta declaración escrita.

»Mr. Compton parecía estar sobrio en ambas ocasiones».

Cuando se fueron, permanecí junto a la ventana mirando la noche. Las ventanas de las casas de enfrente estaban oscuras y la calle estaba desierta. Pero yo sabía que ninguno de esos factores tenía importancia. Alguien o algo estaba allí.

Me pregunté qué habría ocurrido si no hubiera marcado el «999», si me hubiera atrevido a entrar solo en el piso. Aún hoy me lo pregunto. Corrí las cortinas. Ahora sólo les restaba vigilar la puerta de la entrada. Estaba mortalmente cansado y me acosté. A los pocos minutos estaba dormido. Pero antes de meterme en la cama revisé la máquina de escribir, el papel y los sobres. Los había dispuesto de una manera especial.

Nadie los había tocado. *Eso era seguro.*

A las cuatro y media sonó el teléfono, que estaba junto a mi cama. Pero cuando levanté el receptor nadie respondió.

Un instante después se oyó un «clic» y se restableció la señal para marcar.

6

A la mañana siguiente me levanté a eso de las ocho y cuarto, como era mi costumbre. Suelo tardar aproximadamente una hora y media en bañarme, afeitarme, vestirme y tomar un ligero desayuno. Sé que es demasiado tiempo, pero en ese intervalo leo un diario de la mañana mientras estoy en la bañera y otro mientras desayuno. De modo que a las diez de la mañana ya he preparado el terreno, por así decir, he absorbido las noticias del día en la medida deseada y estoy listo para mi jornada de labor.

Traté de escribir un artículo para una edición dominical, pero me resultó imposible concentrarme. Una de las cosas que me preocupaba era la conveniencia de informar a Juliet sobre los incidentes de la noche anterior. Por fin decidí no hacerlo.

Pensé que lo peor todavía no había llegado; que cuando llegara exigiría de mí toda la fuerza que pudiera acumular desde ahora; que tener a Juliet al tanto de los acontecimientos significaría esforzarme por mantener su espíritu alto, no sólo el mío. Fue una determinación tomada a sangre fría y creo que me equivoqué.

A mediodía nos encontramos para beber una copa y comer un emparedado de salmón ahumado. Pensé que podía estar un poco cohibida por la novedad de su adopción y que lo mejor sería afrontar abiertamente el tema, sin dilaciones. Por eso, no bien nos encontramos dije:

—Por más cariño que sienta por tus padres adoptivos, debo admitir que nunca entendí cómo habían podido engendrar a una persona atractiva como tú, querida. ¡Y me parece espléndido que no hayan sido ellos los autores!

Quizá mi relato haya creado la impresión de que en aquellos días Juliet era todo misterio y reserva. Nada más reñido con la verdad. La mayor parte del tiempo ella era vivaz y de risa fácil. Aquella mañana estaba radiante tras una noche de sueño reparador. Parecía haber llegado a la conclusión de que mis problemas eran producto de un melodramático intento por detener cualquier investigación sobre la vida y muerte de Mrs. Dawson, cuyos detalles podían resultar embarazosos a su familia y a sus amigos.

—Espero que todo este asunto se extinga a su debido tiempo. Cuando se convengan de que tú no eres de los que se asustan, querido, dejarán de organizar esos disparates —dijo.

Evité aclararle que Mrs. Dawson no tenía familia y que sus amigos eran muy pocos.

Recordé a los hombres que había encontrado en la calle, la luz de la linterna en mi apartamento, la llamada telefónica sin respuesta y dije:

«Sí, sí, sí. Tienes razón».

Nuestra entrevista fue breve, porque ella tenía hora en la peluquería a las dos. Fue un encuentro feliz. Ahora lo evoco, lo saboreo y el recuerdo me enternece.

Por la tarde fui a la biblioteca de Londres y pedí algunos libros de historia romana. Aunque parezca tonto, seguía con la idea de situar un crimen en las cuevas de la sibila. Luego me corté el pelo en Trumplers y regresé a casa. En el buzón encontré el diario de la tarde con la noticia sobre Cara de Buñuelo. Su fotografía, a una columna, estaba en el centro de una información de primera plana.

Su cara de buñuelo me miraba desde el periódico con la misma expresión con que me había mirado en el tren a Brighton, cuando se enjugaba los ojos con un pañuelo pegoteado. Era el mismo rostro redondo, sin interés; el mismo pelo cortado como un hombre. Todo un poco confuso, bastante borroso; una instantánea ampliada más allá de la capacidad del negativo.

Había sido estrangulada la noche anterior en una estrecha calleja llamada Paradise Lane, en las afueras de Notting Hill Gate. La policía estaba tratando de establecer su identidad. Existían sospechas de que había sido asesinada por alguien que padecía de algún desequilibrio mental, aunque los titulares no iban aún tan lejos como para hablar del «loco asesino».

Lo primero que hice al entrar fue servirme un *whisky* con soda. «Bueno, ahora lo sabrá —pensé—. Ahora sabrá si la vida continúa más allá de la muerte; ahora sabrá si se puede encontrar con su amiga en el más allá». Ella había estado jugando con la idea del suicidio, yo no sabía si con seriedad o no; pero, por lo visto, no había tenido necesidad de quitarse la vida. Alguien se había hecho cargo de la tarea.

En casos como éste, los periódicos más delicados tienen la costumbre de hablar de «muchachas de vida alegre», en lugar de hablar de prostitutas; pero tras ver su fotografía, era un poco difícil identificar a aquel ser con una «muchacha de vida alegre». El artículo la describía como «una mujer desconocida de edad madura». La policía estaba ansiosa por ponerse en contacto con cualquiera que reconociese su fotografía. Me pregunté cómo habrían obtenido esa foto y supuse que la policía había hallado alguna instantánea en su bolso. Quizá fuera una instantánea de un fin de semana pasado con su amiga muerta.

De modo que allí estaba la desdichada, la desesperada mujer que me había entregado aquel mensaje, con su velada amenaza. Allí estaba la infortunada que me había denunciado a la policía por mi supuesta insolencia. Allí estaba la mujer que, según mis deducciones se había visto enredada en maquinaciones que ella desconocía, por simple debilidad y por pobreza de espíritu. ¿O acaso ella estaba enterada de todo? De cualquier manera, el resultado era el mismo para mí, y había sido el mismo para ella. Como ignoro las presiones a que pueden haberla sometido los carniceros de la jungla, no tengo derecho a culparla por no haberse resistido.

Aunque parezca sorprendente, tardé varios minutos en advertir en qué medida me afectaba aquel hecho. Aunque escribamos sobre crímenes, los autores de relatos policíacos tenemos poco contacto personal con esos asuntos. En algunos aspectos

podemos ser unos pobres inocentes.

Cuando por fin vislumbré las posibles complicaciones, experimenté una conmoción. Aquella mujer había presentado una denuncia contra mí, por supuestas proposiciones deshonestas que yo le había formulado en el tren. Su fotografía indicaba que esas proposiciones eran algo muy peculiar, porque sin duda ella no podía jactarse de tener mucho *sex-appeal*. La comisaría de policía de mi barrio reconocería aquella fotografía y la vincularía con la denuncia. Se sugería que aquella mujer había sido asesinada por alguien que padecía algún desequilibrio mental; no se hablaba de perversión sexual ni de furia homicida; sólo se dejaba entrever que el asesino era alguien anormal en algunos aspectos.

Quería llegar a la comisaría antes de que enviaran a un agente en mi busca. Me repetía que no estaba nervioso, porque no había razón para estarlo; pero que debía adelantarme a ellos, porque era mejor brindar la información en forma voluntaria y no retenerla hasta que me la exigieran.

Iba a cruzar Earls Court Road desde Scarsdale Villas, cuando un auto se detuvo junto a mí. Pegué un salto cuando una voz de hombre me dijo:

—Perdón, señor.

El pobre hombre sólo quería que le indicara el camino a Old Brompton Road; sin embargo, aquel incidente hizo latir mi corazón, tan ansioso estaba por llegar a la comisaría de policía antes de que la policía llegara a mí.

No sabía bien qué podía decir sobre la pobre Cara de Buñuelo, que no le hubiera comunicado ya el sargento Matthews.

Entré y me dirigí al mostrador de informaciones. Tuve que esperar varios minutos. Una mujer de edad madura, pobremente vestida, estaba dando nombre y dirección, y detalles de una billetera que había perdido. Eran las seis y dos minutos según el gran reloj blanco que colgaba de la pared.

A las seis y cinco, la mujer había completado la descripción detallada de las circunstancias en que había perdido su billetera. El sargento de guardia era un rubio de unos treinta años, de aspecto brillante. La historia relatada por la mujer no alteraba mucho la situación. O alguien hallaba la billetera y la devolvía, o la hallaba y no la devolvía.

Sin embargo, el joven sargento escuchaba con paciencia, intuyendo que al volcar los detalles ella se aliviaba y hasta creía contribuir al hallazgo del bien perdido. El sargento era un maestro en relaciones públicas. La policía suele desempeñarse muy bien en esos menesteres. Es una tarea adicional que pocas veces se le agradece; una psicoterapia para la gente en dificultades, semejantes a la que cumple un sacerdote en el confesionario.

Cuando la mujer se apartó del mostrador, el sargento se volvió hacia mí.

—¿Sí, señor? —preguntó con el tono alegre que emplea un verdulero para atender

al cliente que sigue en la fila. Yo miré a la mujer que atravesaba la puerta y oí que el sargento repetía su pregunta.

—¿Sí, señor?

En ese momento vi que una mujer más joven entraba llevando un perrito. Habría preferido hablar a solas con el policía, pero era imposible demorar más el asunto. Por eso dije con la mayor tranquilidad posible:

—En los diarios de la tarde hay una noticia acerca de una mujer asesinada en Paradise Lane. Quisiera decir unas palabras sobre el asunto.

—Está bien, señor —respondió el hombre con el mismo interés que podía haber demostrado si le hubiera hablado del robo de una bicicleta. Tomó una hoja de papel.

—¿Su nombre, señor?

—James Compton.

—¿Dirección?

—Stratford Road 274... Aquí a la vuelta.

—Supongo que usted puede proporcionar alguna información, ¿no es así?

—Sí, poco más o menos.

—¿Puede darme una idea aproximada de la naturaleza de su información, señor? Usted comprende que en casos como éste recibimos una cantidad de...

Interpreté mal lo que él iba a decirme.

—Sí, lo sé. Información imaginaria —completé.

El sargento sonrió.

—Bueno, sí... Pero lo que le quería decir es que recibimos mucha información duplicada. No es que no agradezcamos la buena voluntad de la gente, por supuesto; sólo se trata de establecer con quién debo ponerle en contacto, señor.

—Bueno, ocurre que yo viajé en tren desde Brighton con esa mujer. Anteanoche —comencé.

Me interrumpió.

—¡Ah! ¡Ésa es harina de otro costal, señor! —exclamó.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir que eso es muy interesante. Un minuto por favor...

Hizo ademán de alejarse del mostrador. La mujer del perrito, que había simulado leer unas circulares policiales adheridas a la pared, se acercó al mostrador con aire distraído. Allí había algo que no se podía perder.

—Entre paréntesis, el sargento Matthews, de esta comisaría está al tanto del asunto. Pero pensé que podía haber algún pequeño detalle... ¿comprende?... Bueno, el caso es que he creído conveniente venir por aquí por cualquier cosa.

—¿Dice usted que el sargento Matthews está al tanto del asunto?

—Él estuvo en mi casa ayer por la mañana.

—¿Ayer por la mañana, señor? El crimen se cometió por la noche.

—Él me fue a ver por otro aspecto del caso... Algo vinculado, pero diferente.

—¿Vinculado, pero diferente?

—Así es.

La mujer acariciaba ahora la cabeza del perrito y fingía concentrar toda su atención en él. Estaba a mi derecha. Casi me parecía ver cómo se estiraba su oreja izquierda. Yo no pensaba decir ni una palabra más. No diría nada acerca del incidente en la calle, ni de las luces en mi apartamento, ni de la inspección policial sin resultados. Para entretenimiento gratuito la mujer ya tenía de sobra.

—Un minuto, señor —dijo otra vez el sargento y desapareció por una puerta.

Pocos minutos después, reapareció.

—¿Quiere pasar a la sala de espera, señor? Le enseñaré dónde es.

—Ya sé dónde es. Estuve ayer por la tarde.

—Está bien, señor.

Me miró con aire pensativo; pero yo no me detuve a inquirir el motivo de su mirada. Insistió en acompañarme hasta la sala de espera. Tuve la impresión de que temía que yo cambiara de idea. Cuando cerró la puerta tras de mí, advertí que podía vigilar aquella salida desde el mostrador de informaciones. Comencé a llenar mi pipa y apenas había conseguido hacer arder el tabaco cuando entró un joven detective vestido de paisano.

Era alto y moreno, con pelo negro y ensortijado y un cutis fresco. Era brillante, animado y amable. Se dejó caer en una silla y arrojó una libreta y un lápiz sobre la mesita que nos separaba.

—Buenas noches, señor. Usted es Mr. Compton, ¿no es así? ¿Qué desea informarnos, señor?

—No se trata de que desee informar nada en especial; pero me ha parecido mejor pasar por aquí y recordarles que yo viajé con la mujer asesinada, anteanoche, en un tren procedente de Brighton. Ustedes ya saben lo ocurrido.

—¿Dice usted que nosotros lo sabemos?

—Sí, aquí están enterados. Ella estuvo esa misma noche en esta comisaría y me acusó de haberle formulado proposiciones deshonestas. Pobre mujer. Pobrecita. Dudo que alguien le haya hecho alguna vez una proposición deshonesto o no. Sea como sea, el sargento de guardia tomó nota de su denuncia y el sargento Matthews me visitó ayer por la mañana para informarme. Creo que el sargento de guardia la catalogó a primera vista. Pensó que la mujer debía de estar... bueno, un poco tocada. No obstante, consideraron conveniente informarme para que yo rechazara formalmente la acusación.

—Comprendo.

El joven detective no tomaba notas.

—Cuando hablé con el sargento Matthews le mencioné también algunas otras

cosas.

—¿Qué cosas, señor?

—Es una historia muy larga. Esa mujer me entregó un mensaje escrito en mi propia máquina y en mi propio papel. Pero todo es muy complejo y está ligado a otras cosas. Además, el sargento Matthews ya tomó nota de todo. Sólo vine para saber si había algún otro detalle que ustedes desearan conocer.

Observé cómo garabateaba sobre una página en blanco de su libreta, con el lápiz de mala calidad provisto por la repartición. Tras una pausa dijo:

—Se lo agradecemos, señor. Se lo agradecemos mucho. ¿Podría usted proporcionarme una descripción detallada de la mujer que viajó con usted desde Brighton? Se trata de simple rutina.

La describí sin vacilaciones y sin dificultad. Cuando hube concluido, el detective me dijo:

—Bueno, señor. Sólo me resta añadir una nota al informe del sargento, señalando que usted estuvo a vernos. Si le necesitamos para algo nos pondremos en contacto con usted. ¿Le parece bien?

—Perfecto —dije y me puse de pie.

Pero él vaciló.

—Si usted me permite, señor. Preferiría consultar el informe del sargento. Yo no le he visto. Esta comisaría es grande y no estamos al tanto de todos los informes. Quiero decir que no podemos leer todo lo que se escribe cada día, ¿comprende? De lo contrario nos pasaríamos todo el tiempo leyendo. ¿Me comprende? Pienso que puede haber un punto o dos que quizá convenga aclarar sin demoras. Por eso, si no le importa permanecer unos minutos más aquí, señor...

Me gustó su manera ansiosa, tartamudeante e incoherente. Era simpático y amable.

—Nos evitaría futuros contratiempos —añadió como si fuera una ocurrencia ulterior.

—Por supuesto, si usted lo desea —dije y volví a sentarme.

El joven detective abandonó la habitación. Era un personaje grato e ingenuo; probablemente un joven oficial a prueba en el puesto de detective.

Esperé diez minutos. Por fin la puerta se abrió: pero esta vez entraron dos hombres de paisano a quienes yo no conocía. No tenían nada en común con el joven detective.

Uno de ellos se presentó como el comisario a cargo de lo que él llamó «el caso Paradise». Más tarde se dirigió al otro hombre llamándole «sargento».

Mi primera impresión del comisario fue de un hombre alto, bien constituido, de unos cincuenta años, ojos grises, una abundante cabellera gris y traje gris. Su rostro parecía gris, también. Era un rostro de líneas fuertes, frente despejada y boca firme,

aunque no cruel. La nariz era quizá excesivamente larga y la barbilla, más bien puntiaguda; pero en términos generales era un rostro agradable e inteligente. Hablaba un inglés correcto, con un ligero acento norteno, y su voz era bien timbrada.

En el sargento dominaban las tonalidades pardas. Era más bajo y más robusto que el comisario; su cabeza era redonda, su nariz breve y mandíbula y labio inferior se adelantaban en gesto agresivo. El pelo se adhería en mechones al cráneo casi calvo, y era castaño, salvo los aladares que ya tenían una tonalidad grisácea. Sus ojos eran pardos y llevaba un traje pardo. La piel tenía el color de la masilla. Debía de ser de la misma edad que el comisario, pero creo que no tenía su educación ni su inteligencia. Se asemejaba, más bien, al típico sargento que suele darse en el ejército.

Pero ambos tenían algo terrible en común: la fatiga. No era esa fatiga superficial que desaparece con nueve horas de sueño reparador. Era algo mucho más profundo, algo que se había ido gestando en el transcurso de muchos años. Así como el polvo y el tizne de ciertas ciudades industriales parece incorporarse a la piel de los obreros, así se habían implantado en los rostros de aquellos dos detectives el tono gris y las líneas de la fatiga. La apariencia de ambos era más elocuente que cualquier artículo de fondo sobre las exigencias sobrehumanas a que se somete al personal de la policía, sobre la cancelación de fines de semana y vacaciones, sobre las largas noches de vigilia y los interminables días de trabajo, sobre la falta de reconocimiento y la falta de placer en el trabajo.

El comisario tenía un folio escrito a máquina en la mano.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Usted es Mr. James Compton, de Stratford Road 274?

—Así es. He venido porque...

—Sí, señor; muchas gracias —me interrumpió—. Hay uno o dos puntos que me gustaría aclarar.

—Adelante —invité.

Me dio la impresión de ser un hombre que tenía prisa y eso nunca es muy halagüeño.

—Según este informe, anoche, al regresar a su domicilio, usted se consideró amenazado por dos hombres no identificados hasta ahora. ¿Es así?

—Creo que el agresor era uno solo. El otro hombre...

Pero él no me dejó terminar.

—Bueno, sea como sea, usted se consideró amenazado, ¿no es así?

—Así es —asentí brevemente.

—Usted dio parte del incidente. De lo cual hizo muy bien. Luego se dirigió a su domicilio en Stratford Road, en donde algo despertó sus sospechas y le hizo pensar que había intrusos en su apartamento. Pero la inspección de la policía reveló que sus sospechas eran, aparentemente, infundadas. ¿No es así?

—Sí... podría plantearse de esa manera.

Las líneas de cansancio en torno a su boca se acentuaron.

—Mire, señor, yo no quiero plantear las cosas de otro modo que el correcto.

—Bueno, está bien —dije de mala gana—. Pero creo que mis sospechas no eran infundadas y creo que existe una vinculación entre esos acontecimientos y la mujer del tren que presentó esa denuncia contra mí.

Me volvió a interrumpir.

—Hábleme de ella, señor.

—No hay mucho que decir, y yo ya he hablado del asunto con el sargento Matthews.

El comisario se sentó frente a mí. El sargento asomó la cabeza por la puerta y gritó:

—Bert, trae otra silla, ¿quieres?

El comisario esperó hasta que el sargento se hubo sentado. Luego dijo:

Nárreme en forma breve la historia desde el comienzo, señor.

—¿Desde el comienzo? ¿Inclusive lo de Mrs. Dawson en Pompeya?

—¿Quién es Mrs. Dawson? —preguntó.

Supuse que el sargento Matthews no se había molestado unos pocos puntos. Es un hombre ocupado; tiene que entender eso. Cuando se produce un caso como éste, está muy ocupado.

—Le volveré a formular una pregunta que ya le he formulado —dijo el comisario—, pero ahora sobre una base más amplia. Le pregunté si se le ocurría una razón por la cual esa mujer podía haber presentado una denuncia contra usted... Ahora le pregunto si se le ocurre alguna razón por la cual usted puede haber *imaginado* que esa mujer presentaba una denuncia contra usted.

Lo miré confundido.

—¿Me hace el favor de repetir esa pregunta?

—¿Se le ocurre alguna razón por la cual usted puede haber imaginado que esa mujer presentó una denuncia contra usted, Mr. Compton?

Me eché atrás en mi silla y volví a mirarlo.

—¡Que yo lo he imaginado!

Él se había puesto de medio perfil y estaba llenando su pipa con tabaco que sacaba de una bolsa de goma gris.

—Eso y otras cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Se le ocurre alguna razón por la cual dos supuestos asesinos conjurados pueden haber tratado de intimidarle?

—Sólo las razones que ya le he expuesto.

—¿Se le ocurre alguna razón por la cual un desconocido misterioso le puede

llamar por teléfono?

—Mire —dije—, así no vamos a ir a ninguna parte... Ustedes tienen que aceptar mi historia tal cual se la relato o rechazarla de plano.

El sargento había dejado de tomar notas taquigráficas. Garrapateaba el papel con expresión aburrida. El comisario acababa de arrimar el segundo fósforo a su pipa.

—Ocurre lo siguiente, Mr. Compton —dijo—. Nadie sabe de una mujer que haya presentado una denuncia contra usted en esta comisaría o en cualquier otra del área metropolitana.

—Por eso el comisario le preguntaba si... —comenzó el sargento, pero se detuvo y continuó garrapateando, sin levantar la cabeza.

—¿Sí qué, por amor de Dios? —pregunté casi a gritos.

—Por eso le pregunté si usted creía que ella podía haberlo hecho... aunque no lo hubiera hecho, señor —replicó el comisario.

—Los archivos —dije apresuradamente—. El error debe estar en los archivos policiales. Si usted los revisa...

El comisario me interrumpió.

—El otro punto es que no tenemos ningún sargento Matthews en esta comisaría y no lo hemos tenido desde hace años.

Afuera el atardecer era agradable, cálido para el mes de octubre. El cielo todavía estaba azul. Por otra parte, yo no siento tanto frío como otras personas; pero en ciertas circunstancias hay un frío mental, una especie de congelamiento que puede ser devastador. Eso fue lo que sentí.

Uno sabe que está en una comisaría de policía y sabe que ha acudido voluntariamente; y uno toca la silla en que está sentado y la mesa que está ante uno y oye los ruidos del tránsito, y por eso sabe que está con vida. Además uno sabe que no está soñando porque en los sueños todo ocurre con más velocidad.

Uno percibe los latidos del corazón y siente un malestar en la garganta cuando traga; porque si uno no está muerto, no duerme ni está soñando, sólo queda una conclusión razonable a la cual se puede arribar.

Uno lucha para no llegar a esa conclusión. Aun quienes están mentalmente enfermos lo niegan y sostienen con una triste y desolada intensidad que no están locos, que los otros están equivocados.

A veces me pregunto si oyen las voces de los demás desde lejos, en un eco distorsionado, como yo las oía en ese momento.

—¿Cuál es su profesión, señor? —preguntó el comisario con inusitada ternura.

—Escribo. Escribo libros y artículos. Algo anda mal —añadí apresuradamente—. Algo anda mal en el sistema o yo me estoy volviendo loco. Ese sargento Matthews...

—No existe ningún policía llamado Matthews que pueda haberle visitado, señor —me interrumpió el sargento calvo—. Eso es lo que le acaba de decir el comisario con toda claridad, señor. Le ha dicho que no hay ningún sargento Matthews en esta comisaría ni en ninguna comisaría próxima.

—Sea como sea... —comencé.

—No es —dijo el sargento—. Los hechos son los hechos.

—Bueno, alguien que dijo llamarse sargento Matthews estuvo en mi casa —exclamé con rabia—. Y le diré que, pensándolo bien, no me sorprende en lo más mínimo que esa mujer haya hecho una denuncia. Lamento mucho que haya terminado como terminó, pero estaba en un estado emocional lamentable y era una neurótica.

Ninguno de los dos hombres me miraba.

—Les digo, pues, que no me sorprende. No me sorprende nada.

El comisario se puso de pie, atravesó la sala y clavó la mirada en la pared, pintada de amarillo. Sin volverse, dijo:

—He procurado hacerle entender que no hay constancia de que esa mujer haya formulado una denuncia contra usted. ¿Por qué insiste en que la hizo?

—Porque lo hizo —repetí en tono hosco—. Alguien ha cometido un error. Lo mismo que respecto a ese sargento Matthews.

El comisario regresó a su lugar y se sentó.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo, Mr. Compton? —preguntó.

—Me doy cuenta.

—Asegura haber viajado con una desconocida que ha sido asesinada.

—Así es... Eso es lo que estoy diciendo.

—Está diciendo que aunque usted no le dio su nombre y dirección, ella los conocía.

—Así es.

—Y presentó una denuncia contra usted.

—Y presentó una denuncia contra mí.

—Y le entregó un mensaje que usted no tiene en su poder.

—No lo tengo en mi poder porque se lo entregué a un policía, a petición suya.

—Podría describirlo —me oí decir.

—¿Describir a quién? —preguntó el sargento—. ¿A la voz desconocida que le llamó?

—Era un sargento de mediana edad —proseguí sin hacerle caso—, tenía cutis fresco y era calvo. Era bastante robusto y sus ojos eran pardos.

Los dos hombres me miraban con aire plácido, como suele mirar la gente a un niño que recita un poema. Pero yo me esforcé por continuar.

—Llegó en bicicleta. Llevaba pinzas para bicicleta en los pantalones. Y dijo que su nombre era Matthews, sargento Matthews, de la Comisaría de Policía de Kensington. Ustedes me dicen que no existe y que no puede haberme informado sobre esa denuncia. ¿Pueden sugerirme algo, entonces? ¿Pueden ayudarme? ¿Qué debo pensar?

Me restregué la frente con los dedos de mi mano derecha y miré hacia donde aún estaba sentado el comisario. Vi que me observaba con más atención.

—¿Por qué fue a Italia, al lugar donde murió esa Mrs. Dawson? —preguntó con voz tranquila.

—Tuve un accidente de automóvil y quedé muy débil. Las piernas me trajeron problemas —dije con indiferencia y avancé en dirección a la puerta.

—Dicen que los accidentes de automóvil pueden provocar insomnio —comentó el comisario poniéndose de pie.

—Sí. Yo dormía mal. Pero ahora estoy muy bien.

—No me cabe la menor duda.

—Un mal golpe, un accidente automovilístico grave —dijo el sargento con suavidad.

—¿Dormía bien en Italia? —preguntó el comisario.

—A los pocos días de llegar recuperé el sueño.

—Un tipo que conozco tuvo un choque y anduvo mucho tiempo con la idea de

que tenía un aparato de radio en la cabeza —comentó el sargento—. Pero ahora anda bien. Con todo, eso demuestra...

Me detuve y le miré con fijeza.

—Por lo general, eso es un síntoma de esquizofrenia. Eso no es producto del choque. Nada tiene que ver con accidentes automovilísticos —dije rápidamente.

—¿Usted cree, señor? Bueno, quizá haya sido esquizo. Ahora anda bien. En estos tiempos se cura cualquier cosa.

Había abandonado su tono balandrón. Se puso de pie, extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo y me ofreció uno.

Los tres estábamos cerca de la puerta de la sala de espera. Casi parecíamos tres amigos que han concluido un negocio difícil en forma satisfactoria. Pero los músculos de mi estómago aún estaban contraídos y yo deseaba desesperadamente salir de allí. Pero el comisario se había apoyado contra la puerta y el sargento estaba cerca. Y yo estaba dentro de la habitación.

—Bueno, tengo que irme —dije con firmeza y avancé hacia ellos. Pero no se movieron. No me quedó más remedio que detenerme. El comisario gris me miró como distraído y luego miró al sargento. Comenzaron a hablar entre ellos como si yo no estuviera presente.

El comisario dijo que sí, que por supuesto, que era una cuestión de diagnóstico precoz, como cualquier problema médico. El sargento dijo que bueno, que sí señor, pero que lo difícil era inducir a la gente a que se sometiera a tratamiento, sobre todo en ciertos casos.

—Uno no puede certificarlos —añadió en voz baja—, a menos que estén chiflados del todo. Es decir que si se las arreglan solos, más o menos (tal vez menos que más), y si no se convierten en una molestia pública, uno no puede hacer nada, ése es el problema.

El comisario dijo:

—Es una desgracia, para ellos y para los demás.

—Tienen que presentarse voluntariamente.

—Los médicos son reacios a certificar —dijo el comisario—, y no es de sorprender... Un error y se acabó; los demandan por daños y perjuicios. Realmente, es una lástima.

—Así es, señor.

—Un breve tratamiento y quedan como nuevos. Nada de equipos de radio en la cabeza, nada de voces surgidas del éter, nadie que los espíe, y todas esas historias. Vuelven a ser felices.

—Pero se resisten a ir, señor. No van voluntariamente —se lamentó el sargento.

Sentí que si no me iba en seguida, en ese mismo instante, la presión que se estaba acumulando en mi interior reventaría y yo saldría de un salto haciéndoles a un lado

con violencia. Luego correría en dirección a la calle, aunque supiera que no iba a llegar muy lejos.

Eran demasiado cautos, tenían demasiada experiencia para decírmelo abiertamente. Habían aceptado el hecho de que yo había viajado en el mismo tren que Cara de Buñuelo. No les había quedado otro remedio, porque yo la había descrito con detalle. Pero no esperaban nada más.

Creían que yo oía voces, que soñaba historias y veía visiones. Tenía la impresión de que, tras largos años de entrevistar a toda clase de sujetos, esta gente se había forjado patrones mentales respecto a la conducta de las personas en determinadas circunstancias y a lo que podía o no podía ocurrir.

—Ha sido una pérdida de tiempo —dije con amargura—. Para ustedes y para mí. Ustedes no pueden concebir lo que me está ocurriendo; no les culpo. Están ante una situación con la que nunca se habían enfrentado.

—¡Sí que la hemos enfrentado! —exclamó el sargento en actitud defensiva.

—Una última pregunta, señor —dijo el comisario haciendo un movimiento en dirección a la puerta.

Yo me había estado preguntando cuándo haría esa pregunta.

—Adelante —dije—. Ya me imagino de qué se trata.

—Es una simple formalidad, Mr. Compton. Nada que deba preocuparlo. Se trata, más bien, de unir ciertos eslabones, ya que usted se ha presentado y admite haber conocido a esa mujer de Paradise Lane, cosa que nosotros ignorábamos... Y si tenemos en cuenta que usted insiste en que ella formuló una denuncia contra usted. Si eso queda en claro ya no habrá razones para preocuparse.

—No, ya no habrá razones para preocuparse —murmuré.

—¿En dónde estaba usted anoche entre, digamos, las once y media y la una y media? Eso es extremar las cosas, por supuesto; pero es sólo para los archivos del caso. Usted es un hombre inteligente y...

—¿Soy un hombre inteligente? —le interrumpí—. ¿De modo que usted cree eso? Hace un instante estaba comentando que necesitaba un tratamiento psiquiátrico.

Vi que los dos se ponían rígidos; repentinamente parecían menos cómodos, más alertas. Cuando el sargento habló parecía estarse dirigiendo a un niño de diez años. No me palmeó la cabeza, pero su tono era acariciante y engatusador. Me sentí mal.

—Bueno, bueno, señor; el comisario no ha dicho nada de eso. ¿Verdad, señor? Y yo tampoco.

—Eran comentarios de orden general, Mr. Compton. No creo que usted tenga motivos para creer que hablábamos de usted.

—Ningún motivo —apoyó el sargento. Me separé de ellos y caminé hasta el extremo opuesto de la sala. Mientras lo hacía, oí al comisario que decía:

—Tengo que informarle, Mr. Compton, que usted no está obligado a declarar

nada hasta tanto no llegue su abogado.

Me volví bruscamente y me encaré con ellos; al alto y gris, y al bajo y pardo. Eran tan diferentes en su aspecto, como en sus maneras: uno con apariencia amable, otro áspero. Una buena orquestación. Uno me levantaba y el otro me arrojaba al suelo de un revés. Pero ambos estaban agotados. Creo que eso explicaba muchas cosas. Meneé la cabeza.

—Ya conozco todo eso. No necesito un abogado para que me diga qué hice hace pocas horas.

—Bueno, dígalo entonces —exclamó el sargento—. Queremos conocer lugares y horas. Con eso nos arreglaremos por el momento.

Se dirigió a la mesita junto a la ventana, se sentó con movimiento decidido y abrió su libreta de taquigrafía.

—A las veintitrés y media estaba hablando todavía con mi suegro.

—O. K. De modo que a las veintitrés y media aún estaba con él.

—A las veintitrés y cuarenta y cinco me separé de él y anduve por Kensington-Church Street. A medianoche, o un poco antes, estaba aquí.

—¿Aquí?

—Sí, aquí... esperando, declarando ante unos oficiales vestidos de paisano. Eso me llevó una hora aproximadamente. Justo antes de la una estaba con su gente en mi casa.

—Con nuestra gente, no. Con gente de la comisaría de Kensington. Nosotros somos de Scotland Yard.

—Bueno, con gente de la policía.

—¿Fue cuando no encontró nada ni a nadie?

—Cuando no encontré nada ni a nadie.

—¿Y después? —preguntó el comisario con su voz serena—. ¿Después de eso qué?

—Después de la una y media, nada. Me acosté. Pero eso cubre el período, eso me deja a salvo hasta la una y media de la mañana.

—Así es —dijo el sargento, levantando la vista de su cuaderno de notas—. Eso le deja a salvo hasta la una y media de la mañana, señor. El caballero está a salvo hasta la una y media de la mañana —repitió el sargento, mirando al comisario.

Debí haberme dado por satisfecho, pero nunca puedo resistir la tentación de resolver el puñal en la herida. Es probable que eso se deba a mi sangre irlandesa, no a la holandesa ni a la inglesa.

—De modo que pueden revisarlo si lo desean —dije fríamente—. Aparte de los pocos minutos que anduve por Church Street, cuando me siguieron esos dos individuos en cuya existencia ustedes no creen, pueden comprobar paso a paso mis movimientos. Pregunten todo lo que se les antoje, vuelvan a comprobar, pidan las

declaraciones firmadas que les plazca y todo lo que se les pase por la cabeza.

—Lo haremos, lo haremos —dijo el sargento alegremente—. Lo haremos, señor.

Pero aún no me daba por bien servido, porque aún bullía en mí el resentimiento.

—A menos que ustedes crean que esos oficiales de civil que me atendieron aquí, también fueron producto de mi imaginación. A menos que piensen que los agentes uniformados que revisaron mi apartamento no existían —proseguí en tono sarcástico—. Y que el patrullero era un auto fantasma. Y ahora me voy. He venido aquí lleno de buena voluntad; más me valdría haberme mantenido alejado.

El sargento se puso de pie con agilidad y se acercó a la puerta. Quizá haya tenido la intención de abrirla para que yo saliera, pero yo sentí que no era así. Si algún propósito tenía era el de mantenerla cerrada.

—¿Y a las tres de la mañana? —preguntó el comisario rápidamente—. Digamos entre la una y media y las tres de la mañana.

—¿Por qué las tres de la mañana, comisario?

—Es la hora aproximada en que murió la mujer... El que las da las toma, señor.

—El comisario se estaba acercando a eso, paso a paso, para no forzar demasiado su memoria —dijo el sargento.

—Está claro lo que hizo entre las veintitrés treinta y la una treinta. ¿Qué nos puede decir ahora del período comprendido entre la una treinta y las tres de la mañana? ¿Qué pasó entonces?

—Estaba en la cama, en la cama y probablemente dormido.

—¿Había alguien más en el apartamento, Mr. Compton?

—No.

—¿Puede corroborar alguien su afirmación? —preguntó el sargento.

—Es probable.

—¿Nombre? Y dirección si la sabe.

Negué con la cabeza y comencé a avanzar hacia ellos, hacia la puerta. Yo había llegado por mi voluntad, podía retirarme por mi voluntad; a menos que me arrestaran en ese mismo momento y prefirieran acusarme. Yo lo sabía y ellos lo sabían. Lo más importante es que ellos sabían que yo lo sabía.

—No sé los nombres ni las direcciones. Los testigos a que me refiero son las personas que me han tenido bajo observación. A mí y a mi apartamento. Día y noche.

—¡Ah, éstos! —exclamó el sargento.

El comisario dijo con suavidad:

—¿Los que le persiguen? ¿La gente cuyas voces oye por teléfono? ¿Los que escriben mensajes en su máquina y tratan de atacarle en la calle?

Asentí con un gesto. Me sentía incapaz de decir una palabra más y salí sin que ellos me interceptaran el paso.

Creo que se alegraron de librarse de mí. Por lo menos momentáneamente.

Afuera estaba oscureciendo. Me detuve en la escalinata de la comisaría y respiré hondo, mientras contemplaba el lento fluir del tránsito. Pensaba en el hombre que se había presentado con el nombre de sargento Matthews, trataba de descubrir una clave en algo, pero no hallaba respuesta.

Avancé hasta el borde de la acera esperando que se produjera un claro en el tránsito. En un momento vi lo que me pareció una oportunidad para cruzar la calzada. Un automóvil azul, que marchaba tras un autobús, se había retrasado un poco. Consideré que tenía tiempo de llegar a la acera opuesta y bajé al pavimento. El automóvil avanzaba más rápido de lo que yo había pensado y me vi obligado a dar un paso atrás y a esperar; por el espacio cada vez menor que quedaba entre el autobús y el automóvil eché una mirada impensada hacia la esquina de una calle que desemboca en Earls Court Road, a poca distancia del lugar en que me encontraba.

Me pareció que los hombres detenidos en aquella esquina miraban en mi dirección. Uno era alto y llevaba gabán oscuro, largo hasta la rodilla, con aspecto de impermeable. El otro era de altura mediana y complexión recia.

El tránsito se cerró. Cuando volvió a producirse un claro, la esquina estaba desierta, excepto una mujer y un niño que pasaban en ese momento.

Miré en dirección a la comisaría de policía, pero sabía muy bien que era inútil; en el fondo sabía que iba a ser inútil. No podía regresar y decirles que creía haber visto a los dos hombres que me habían amenazado en la calle hacia sólo unos pocos segundos.

No podía hacerlo. No tenía fuerzas para volver a enfrentarme con ellos.

Me consolé con la idea de que quizá estuviera equivocado, de que quizá fueran otros dos hombres cualesquiera; pero sabía que era falta de coraje moral.

Imaginaba al sargento diciendo: «Un complejo de persecución con todas las de la ley. Con todas las de la ley, eso es lo que tiene este tipo. Bueno, los pescaremos a todos, ¿verdad, señor? Pescaremos al bajo y al alto, y a unos cuantos locos, de paso».

No, no podía regresar.

Así que aquel comisario y aquel sargento, agotados y sobrecargados de trabajo como estaban, habían encarado mi caso sin sensibilidad, de manera convencional. Quizá no tuviesen el tacto necesario. Pero ahora yo sabía lo que significaba no tener una fuerza policial a la cual recurrir.

Ahora sabía lo que era estar rodeado por la jungla, lo que era transitar por senderos peligrosos sin nadie a quien recurrir, sintiendo que hay ojos clavados en uno y sin tener una policía que brinde protección.

Ahora soy capaz de apreciar esas cosas, pero en aquel momento mis sentimientos eran muy amargos.

Regresé al apartamento y me lavé. El diario con la fotografía de la pobre Cara de Buñuelo en primera plana, estaba donde lo había dejado. Lo recogí y, cuando abandoné el piso para visitar a Juliet, eché doble cerrojo a la puerta.

Además de la cerradura tipo Yale yo había hecho instalar un sistema de cerradura empotrada que no había utilizado hasta ese momento. Se hace girar dos veces la llave en esa cerradura y la puerta queda a prueba de ladrones. Salvo que la echen abajo o recorten la cerradura.

Fuimos a comer a Soho, a un restaurante italiano. Una de las cosas que más me habían sorprendido fue la calma con que Juliet tomó la noticia de la supuesta denuncia de Cara de Buñuelo contra mí. Ocurre que yo no entendía uno de los hechos más simples de la vida. Si una mujer ama a un hombre, ese hombre siempre tiene razón, y quien se queje de él será un embustero. No hay argumento que valga.

Juliet no trató ninguno de los temas importantes en el viaje a Soho. Eso me sorprendió y me alegró.

Cuando estuvimos sentados en el restaurante dije:

—¿Has leído los diarios de la tarde? Ha habido un asesinato cerca de tu casa.

Juliet hizo un gesto afirmativo.

Ésa es una de las cosas típicas de la vida moderna. El asesinato no significa nada, a menos que nos afecte personalmente. En tiempos de los anglosajones, cuando los ciudadanos no pululaban en este suelo, el asesinato era algo grave. Significaba la pérdida de un par de manos para la comunidad. Se lanzaba la alarma y todo el mundo estaba obligado por ley a abandonar lo que tenía entre manos y a lanzarse a la búsqueda del criminal. Ahora las cosas son diferentes, porque ahora somos muchos. Nos podemos dar el lujo de perder a unos cuantos.

—¿Viste la fotografía? —pregunté.

Ella estudiaba el menú con expresión preocupada. Volvió a asentir con la cabeza.

—Es la mujer que viajó conmigo en el tren desde Burlington a Brighton — anuncié.

Ella dejó el menú, se quitó las gafas de oscura montura y clavó los ojos en mí. A la luz de la lámpara, su rostro tenía la palidez de una magnolia.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Tienes que ver a la policía, querido.

—Ya he estado allí.

—¿Y qué te han dicho?

—Varias cosas. Dijeron que ella no había formulado denuncia alguna contra mí, por ejemplo.

—¿Pero y el...?

—¿Qué quieres de primero?

Un camarero se había detenido junto a Juliet. Ordenamos nuestra comida y el hombre se retiró.

—Dicen que el individuo que me visitó no era policía —proseguí—. No creen nada de lo que les digo, salvo que viajé con esa mujer en el tren.

Juliet miró el mantel y tomó un panecillo con la mano izquierda.

—¿No les pediste ayuda... consejo o algo así?

—Sí, poco más o menos.

—¿Pero qué te dijeron? No puede ser que hayan dicho simplemente «No le creemos», tienen que haber dicho algo; tienen que haber expuesto alguna teoría. ¡Esto es muy serio!

Me encogí de hombros y ordené una jarra de vino tinto al encargado de bebidas.

—Tomaron las cosas muy a la ligera.

—¡Pero no pueden tomar esas cosas a la ligera, querido!

—Bueno, pues así ha sido.

—¿¡Y no les exigiste, por el amor de Dios!?

—¿Exigirles qué, mi amor?

—Bueno... investigaciones. Y protección.

—¿Investigaciones de qué? ¿Protección contra qué? ¿Un mensaje escrito con mi propia máquina, que no pude exhibir? ¿Maleantes que me atacan por la calle? ¿Gente que entra en mi apartamento y a la cual nadie ve? ¿Hombres que se disfrazan de vigilantes...?

Juliet no contestó. No pudo hacerlo porque acababan de llegar los *spaghetti a la bolognese*. Se inclinó sobre el plato, pero a los pocos segundos me dirigió una de sus rápidas miradas silenciosas y reservadas.

—No trates de intervenir —protesté—. No entiendes.

—No, no entiendo. Es preciso hacer algo. Deberías haberlo exigido.

—Mira, para la policía un crimen tiene dos móviles: el dinero, de cualquier manera que sea, o el sexo, en alguna forma. Me preguntaron si podía proporcionarles un móvil y no puedo hacerlo. Si el dinero o el sexo intervienen de alguna manera, están tan disimulados que yo no alcanzo a distinguirlos.

Juliet se agachó, recogió el diario que yo había dejado, junto a la mesa, y contempló la fotografía.

—Por lo que me has dicho, podría haber un ángulo sexual —murmuró—. Supongo que es posible.

Vacilé, pensando en lo que acababa de decirme.

—Quizá —concedí de mala gana—. Supongo que podría haber intervenido ese móvil, aunque de una manera retorcida. Pero lo dudo.

—Yo también —dijo Juliet.

—¿Celos, quizá? Una coincidencia.

Juliet asintió con la cabeza.

—Deberías haberla visto, querida —proseguí—. Deshecha y encerrada en su pequeño y triste mundo. Creo que casi había olvidado la razón por la cual la habían obligado a viajar conmigo. Creo que estuvo a punto de olvidar que debía entregarme un sobre. Deben de haberla dominado por algún motivo, pero en ese momento...

Me detuve, procurando elaborar mi teoría.

—En ese momento estaba casi libre —completó Juliet en voz tan baja que apenas alcancé a oír sus palabras.

—Su tragedia, su luto, su dolor, que ella creía sin sentido... la habían liberado.

En aquel restaurante italiano de mala muerte había atisbado el tenue resplandor de algo trascendente. Juliet también lo había alcanzado a distinguir y me miraba con ojos brillantes.

Se acercó el camarero con el plato siguiente.

Es difícil pensar en el infinito cuando se tiene por delante un lenguado a la parrilla y una ración de patatas fritas. El instante pasó. Pero más de una vez lo recuerdo, con un soplo de la primitiva excitación. A veces me ha servido de solaz.

—Por eso la mataron —dijo Juliet.

—Porque estaba libre o más allá del bien o del mal, o ambas cosas. Ya no podían confiar en ella.

—Y podía hablar —añadió Juliet—. Y podía hablar contigo especialmente.

Se había puesto las gafas para comer el pescado. El marco oscuro contrastaba con la palidez de su piel.

—¿Hablar de qué, por amor de Dios?

Juliet meneó la cabeza. Seguimos comiendo en silencio.

—Y podrían matarte a ti, querido, si sigues con esto. Temen lo que puedas descubrir —dijo Juliet, por fin.

Comprendí que había aprovechado esos segundos para recuperar el control de sí misma. Me dirigió una de sus fugaces miradas por encima de las gafas y luego bajó la vista.

—¡Bueno, basta! —exclamé riendo—. Vivimos en un país civilizado.

—Ella también creía eso. Quizá Mrs. Dawson haya pensado, por su parte, que Italia era un país civilizado. Ambas fueron estranguladas. Por lo visto se trata de un verdugo ambulante, ¿no?

Juliet dejó los cubiertos e hizo a un lado el plato. Vi que sus labios temblaban.

—Si hubieran querido terminar conmigo, lo habrían hecho ya. Han tenido, por lo menos, dos o tres oportunidades.

Juliet movió la cabeza con vehemencia.

—¡Estoy segura de que ellos *no quieren* matarte! ¿Por qué habrían de quererlo?... A veces te pones muy tonto. Es peligroso matar a la gente.

—¡Justamente! ¡Ahí tienes!

—Pero terminarán por hacerlo... terminarán por hacerlo, si no consiguen asustarte.

—¿Y tú quieres que me asuste? ¿Eso es lo que deseas, en realidad?

—No es que lo desee. Pero yo te seguiré amando, querido. ¿Comprendes? Quiero que vivamos felices libres de temor... y, sobre todo, que vivamos. Lo único que te pido es que finjas estar atemorizado.

—Y que me dé por vencido. Es eso, ¿verdad?

—Y que te des por vencido. Si tienes valor para eso.

—No me parece justo que lo plantees de esa manera.

—No esperaba que lo consideraras justo.

Nos miramos con expresión desafiante. Los dos nos sentíamos un poco heridos.

—Lo pensaré —repetí.

—Eso significa que seguirás en tus trece —suspiró Juliet.

Luego se acomodó las gafas y lanzó una mirada de desolación en torno de ella, como si buscara ayuda e inspiración en algún rincón del restaurante.

—Es tonto —murmuró—. El mundo está lleno de ideas y de temas sobre los que puedes escribir. Me parece que estás obsesionado.

—No se trata de eso.

—¿De qué se trata, entonces?

—No me gusta que me lleven por delante... Eso es todo.

—A eso me refería. Es obstinación u orgullo, o algo así en lo que los hombres parecen especializarse... Te obsesiona.

—Te he dicho que lo pensaré. De cualquier manera, en este momento no puedo hacer nada. No puedo hablar con nadie, no puedo escribir a nadie. No tengo contacto con nadie.

—Ya se pondrán en contacto contigo... Tratarán de doblegarte y si no te sometes perderán la paciencia y...

No completó la oración. Le pregunté si quería fruta o café por decir algo. Se puso bruscamente de pie y anunció que estaba cansada y quería regresar a su casa. Cuando estábamos saliendo le oí decir algo así como que nunca sabríamos cuál era la última oportunidad ni en qué punto preciso ellos decidirían terminar con el asunto.

El regreso fue triste. Hicimos la mayor parte del camino en silencio.

—Probablemente sea puro teatro —dije en un momento.

Fue una observación inoportuna.

—Dos personas pensaron lo mismo —me recordó ella.

—Puede haber sido coincidencia —murmuré.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡No empecemos de nuevo, querido! No me has dicho qué te dijo la policía.

Detuve el auto frente a su casa.

—No pude presentar pruebas.

—¿Y entonces qué?

—Creo que me consideraron víctima de un complejo de persecución o algo así. Hablaban de gente que cree tener equipos de radio en la cabeza y disparates por el estilo. Mi error fue mencionar el accidente automovilístico. Eso es lo que les llevó a pensar en que yo podía sufrir algún tipo de perturbación mental. Efectos del *shock* y cosas por el estilo. Y por eso no llegamos a ningún lado. Creo que de cualquier manera no habríamos llegado a ningún lado. No eran personal de Kensington, eran unos tipos de Scotland Yard —añadí.

—¿Y qué diferencia hay?

—Supongo que no mucha.

—¿Y por qué lo mencionas especialmente?

—Bueno, lo digo de pasada, eso es todo. Digo que eran de Scotland Yard, no de la comisaría del distrito. ¿Qué tiene de malo eso?

—No tiene nada de malo.

Permanecíamos en el auto mirando al frente; otra vez nos estábamos tratando con frialdad.

—Su punto de vista es razonable —dijo Juliet con voz serena.

—Será razonable para ti.

—La gente de Scotland Yard tiene mucha experiencia, querido. Tiene experiencia en muchos aspectos.

—No lo pongo en duda.

De pronto se volvió hacia mí, me echó los brazos al cuello y me besó. Sentí que su disgusto se disolvía y que sus labios, hasta ese momento fríos y secos, volvían a ser cálidos y húmedos.

—Te quiero —dijo—. Y estoy segura de que todo saldrá bien. Y no te preocupes, querido. Sobre todo no te preocupes. Pronto estaremos casados y yo me encargaré de cuidarte... de modo que no te preocupes por nada. ¿Me lo prometes?

Yo asentí con la cabeza en la oscuridad del auto.

—No te preocupes por la mujer del tren, ni por los mensajes escritos con tu máquina, ni por las llamadas telefónicas a medianoche... ni por nada. Trata de olvidarlo todo. ¿Me lo prometes?

La aparté suavemente y sentí una repentina sensación de frío y soledad.

El cielo nocturno estaba negro. Se había nublado de repente. Sobre el parabrisas caían algunas gotas de lluvia.

Me humedecí los labios y dije:

—Hace unos instantes eras tú quien se preocupaba.

—Lo sé, querido. He sido tonta. Ahora me siento mejor.

—¿Y por qué? —pregunté bruscamente—. ¿Por qué te sientes mejor? No puede ser que estés preocupada y de pronto, porque sí, te liberes de toda preocupación... Tiene que existir alguna razón.

—He pensado que las cosas se arreglarán. Después de todo vivimos en un país civilizado, como decías tú, Jamie.

—¿Y la historia de Lucy Dawson? —pregunté simulando indiferencia lo mejor que pude—. ¿Qué ocurrirá con la historia de Lucy Dawson?

Juliet vaciló unos segundos. Fueron segundos de esos en los que el cómputo habitual del tiempo se convierte en una farsa. A través de la ventanilla, clavé la mirada en las tinieblas de un jardín, a la espera de la respuesta que temía. Una ráfaga aplastó una hoja mojada contra la ventanilla y yo eché la cabeza atrás creyendo que era una mariposa nocturna. Odio las mariposas nocturnas.

Por fin ella dio la respuesta que yo temía.

—Yo seguiría con eso, querido. Pero no trabajes demasiado. ¿Me lo prometes?

—Te prometo no trabajar demasiado.

Yo repetía sus palabras como un autómata mirando fijamente la hoja adherida a la

ventanilla.

—También podrías dejarlo por un tiempo, mi amor... Quizá fuera mejor volverlo a estudiar con la mente fresca. Después de la boda y tras otras vacaciones al sol.

—Ya te lo he dicho... No sé cómo ponerme en contacto con ellos.

Ya había pronunciado las palabras cuando advertí su futilidad, en vista de lo que ella estaba pensando.

—Ellos se enterarán de alguna manera —replicó Juliet, incómoda.

Accioné la llave de contacto, dispuesto a poner en marcha el automóvil.

—Sé lo que estás tratando de decirme, Juliet.

En ese momento se abrió la puerta de calle de los Bristow y, a la luz del farol, vi la figura del viejo Stanley y la de otros dos hombres. Uno de ellos era el comisario gris y aunque el otro, el más bajo, me daba la espalda, adiviné que se trataba del sargento.

—Ahí están —dije—. Son los tipos de Scotland Yard, que tanta experiencia tienen. Están atando cabos.

Extendí el brazo por delante de Juliet y abrí la portezuela de su lado.

Buenas noches, querida. Si estuviera en tu lugar charlaría un rato con ellos. Compararía observaciones sobre gente con colapsos nerviosos y complejos de persecución. Tendrás mucho que decir, ¿no?

Oí su sollozo cuando descendía del automóvil sin volverse. Fueron palabras amargas y crueles de las que ahora me arrepiento.

Regresé al apartamento y me dormí a la una y media o quizá más tarde.

Hasta esa hora permanecí sentado en un sillón, con las cortinas corridas, mirando con fijeza la parrilla del hogar, y luego tendido en la cama con los ojos clavados en las tinieblas.

En una oportunidad, antes de acostarme, me acerqué a las ventanas, corrí las cortinas y observé la calle desierta. Desde la acera opuesta, las oscuras ventanas de las casas me devolvieron su mirada fija, indiferente, negativa y sin vida.

Supuse que no bien me apartara de la ventana alguien escribiría en una libreta:

A las cero diez el sujeto se acercó a la ventana y miró hacia afuera. A las cero veinte, el sujeto apagó la luz de la sala y aparentemente se retiró a descansar.

Me pregunté si después de garrapatear sus notas, el que me vigilaba se tomaría unos minutos de descanso, correría hasta un hornillo de gas y se prepararía una taza de té o de café instantáneo antes de instalarse para otra larga vigilia. ¿O acaso se haría cargo del puesto de observación algún amigo, compañero de trabajo, camarada o lo que fuera? ¿Trabajarían con turnos de cuatro horas, de dos horas o qué?

Por un momento estuve tentado de abandonar el apartamento y salir a dar un paseo. ¿Qué ocurriría? ¿Trataría alguien de seguirme disimuladamente por las calles desiertas? ¿Y si yo me encaraba con él, qué historia inocente inventaría?

Supuse que no intentaría nada de eso. Tenían que saber que a esa hora de la noche yo no haría nada digno de observarse. Eran ellos, no yo, quienes debían buscar el amparo de las tinieblas.

No era el ciudadano corriente quien tenía necesidad de acechar desde la maleza.

No obstante esos razonamientos, estuve a punto de someter el asunto a prueba. Fue tras un momento de pánico, cuando apagué la luz después de acostarme.

Mientras las luces estaban encendidas me sentía seguro de mí mismo y de mis hechos, como me había ocurrido casi todo el tiempo hasta el presente. Pero en las tinieblas uno se siente solo e inseguro.

Era la *volte face* de Juliet lo que ahora me hacía sentir agitado y temeroso. No temía un intento de asesinato; tenía necesidad de saber si, en realidad, mi mente funcionaba en forma normal.

En una situación de aparente irrealidad y confusión, hace falta una persona que nos brinde apoyo, una persona que diga: «Los demás están equivocados, pero yo sé que lo que tú dices es la verdad. No es sólo una verdad para ti, sino la verdad real. Esas cosas han ocurrido y tú no las has imaginado. No padeces de un desequilibrio

nervioso. Eres mentalmente sano».

En el primer momento me había sentido herido y resentido, pero luego —como ocurre siempre con aquéllos a quiénes uno ama— había comenzado a justificarla. Me decía a mí mismo que ella había acogido con entusiasmo el punto de vista de la policía porque —aunque trajera emparejadas dificultades eventuales— por lo menos significaba que la vida no era un peligro. Se había apresurado a escoger el menor de los males, y si no me había palmeado la cabeza como lo había hecho la policía, me había dicho algo así como: «Bueno, bueno. Estate tranquilito, y cuando estemos casados mamá te cuidará y nadie te hará daño».

Con luz, esos razonamientos traían consuelo; en la oscuridad, bajo la presión de las tinieblas y el tamborileo intermitente de la lluvia contra los cristales, yo tenía conciencia de mi absoluta soledad en este asunto.

«*Usted es uno*» había dicho el hombre del teléfono y había demostrado que su afirmación era exacta. Casi me parecía oírlo a lo lejos, en medio de la oscuridad, riendo con su risa de pájaro carpintero, una risa aguda, ondulante y burlona. Y ahora en mi estado de semivigilia, comencé a desear que ocurrieran cosas extrañas que me permitieran tomar un triunfante contacto con la realidad.

Imaginé que el «sargento Matthews» me visitaba nuevamente, con algún pretexto, y que yo le arrancaría un botón del uniforme para presentarlo como prueba de su existencia. Luego vi al mismo hombre devolviéndome el mensaje que me entregara Cara de Buñuelo y diciéndome que lo conservara como recuerdo... y lo tendría en mis manos, una prueba para mí —aunque no lo fuera para nadie más— de que no había imaginado todo aquello. Por un momento llegué a desear que el teléfono sonara en la oscuridad.

El teléfono permaneció silencioso, pero en alguna parte crujió una tabla. Mi primer impulso fue encender el velador, pero luego dudé.

Si mi mente funcionaba con normalidad y había un hombre en la habitación, entonces —para bien o para mal— yo podría hacerle frente y me alegraría de hacerlo. ¿Pero si era así, qué vería yo? ¿Qué animal heráldico, qué figura del pasado, qué espíritu de otro mundo?

Permanecí inmóvil unos segundos, sudando, luchando por recuperar totalmente la conciencia, antes de apretar el botón del velador y convencerme de que la habitación estaba vacía.

Fue en ese instante cuando estuve tentado de volver a vestirme y lanzarme a las calles mojadas, con la extraña esperanza de ver una figura que me seguía de lejos.

Renuncié a la idea, porque el experimento no demostraría nada. Si podía imaginar otras cosas también podría imaginar que me seguían. Sería su palabra contra la mía y, ¿qué valía mi palabra?

Con todo, ahora había algo evidente: si yo era capaz de razonar con tanta lógica

como lo acababa de hacer, quería decir que mi mente funcionaba bien. Quizás el razonamiento fuera errado; pero me satisfacía.

Apagué la luz y me dormí sin dificultades.

Esa noche me dejaron en paz.

Era como si, luego de haber insertado la levadura, la dejaran allí para que fermentara la mezcla. Y por la mañana, mientras tomaba el desayuno, vi algo en el diario que acabó con todas las dudas sobre mi estado mental. Era una carta arrinconada al pie de la columna de correspondencia y decía así:

LA AMIGA DE LOS PRISIONEROS

Señor:

He esperado en vano la publicación de algún artículo de homenaje a Mrs. Dawson, Lucy Dawson, cuyo asesinato en Pompeya ha estremecido a sus amigos. Como director de una de las cárceles de Su Majestad, fui testigo de la maravillosa labor que ella realizaba —sin alardes, casi en secreto— en favor de la rehabilitación de los presos que habían cumplido su condena.

El suyo fue un esfuerzo casi solitario, sin el respaldo de una organización como las que hoy realizan este tipo de tareas. Ella no tenía oficina, ni ayudantes; sin embargo, tiene que haber muchos exconvictos que deben su actual felicidad y prosperidad a la incansable labor de esa mujer.

Que la gratitud de esa gente sea el mejor homenaje a su memoria.

A. PEARSON

Teniente Coronel (R)

14 Benton House
Londres, S. W. 1.

Leí la carta dos veces con creciente excitación.

Aquí, en alguna parte, podía yacer el oscuro motivo de su muerte. Terminé mi desayuno a toda prisa, cogí un cuaderno de notas y tomé un taxi rumbo a Benton House, que queda detrás de Eaton Square. En el camino elaboraba teorías sobre las reacciones psicológicas de alguna gente respecto de quienes les habían ayudado. Ni siquiera descarté la vieja teoría de la necesidad de destruir la Figura Paterna; aunque en el caso de Lucy Dawson, sería la Figura Materna.

Me pregunté si Scotland Yard habría visto aquella carta y si habría enviado copia a la policía italiana o habría entrevistado al coronel. Quizás aquel hombre pudiera suministrar una lista de la gente a la cual ella había ayudado en el pasado. Quizás

aquella lista incluyera el nombre de alguien que había vuelto a meterse en dificultades y había procurado obtener ayuda o dinero.

Recordé las marcas de lápiz en el mapa de Pompeya, y mi certeza de que su encuentro con el asesino había sido planeado de antemano.

Al leer la carta pensé que si mi seguridad estaba en peligro —y yo hasta este momento sólo había marginado el problema—, ¿qué podía ocurrir con el coronel? Quizá se debiera a eso mi prisa por verle.

Yo no sé nada de instintos subconscientes, sólo sé que cuando mi taxi llegó a Sloane Street me embargaba una sensación de desesperada urgencia.

Alguien se sentía amenazado por las actividades de Mrs. Dawson en el pasado. Y ese alguien temía perder dinero y capacidad de organización. Ese alguien —como había señalado Juliet en su período de ansiedad— era lo bastante cauto como para lograr sus fines apelando al amedrentamiento; el asesinato era su último recurso. Pero cuando era menester, echaba mano de ese recurso, y si había leído aquella carta, podía considerar que en el caso del coronel Pearson no había tiempo para guerras psicológicas.

Benton House era una calle de antiguas mansiones transformadas en apartamentos. No me habría sorprendido encontrar unos cuantos autos policiales y una ambulancia en la puerta de la casa, y una muchedumbre contenida por un agente. Aunque la breve calle estaba despejada, tenía mis dudas respecto a lo que hallaría en el apartamento.

Consulté la pizarra con los nombres de los inquilinos y vi que el apartamento del coronel estaba en el segundo piso. Había un vetusto ascensor; pero en esos momentos estaba en el piso más alto del edificio, de modo que subí a toda prisa los dos tramos de la escalera y llamé a la puerta del apartamento.

Llegué justo a tiempo, pero no por lo que imaginaba.

Me abrió la puerta un hombre apuesto, menudo, que vestía traje de *tweed*, zapatos muy bien lustrados y una corbata de estilo militar. Era delgado, de unos setenta años. Su abundante cabellera blanca estaba muy bien recortada. Tenía unos brillantes ojos azules y rostro atezado.

—¿El coronel Pearson?

—Pase... Están en la cocina. Acabo de pulirlas —dijo.

Vacilé.

—¿Qué es lo que está en la cocina?

—¿No es usted el hijo del brigadier Robertson?

Cuando negué con la cabeza él sonrió y dijo:

—Perdón... He vendido mis armas al brigadier la semana pasada. No las quiso llevar consigo y dijo que su hijo pasaría a recogerlas hoy por la mañana. Estaba empezando a preocuparme. Parto dentro de pocas horas.

Me hizo pasar y señaló el equipaje apilado en el vestíbulo. Había dos anticuados baúles-ropero, un baúl de metal negro con su nombre y el número de su regimiento pintados en blanco, una vieja y baqueteada maleta, dos cañas de pescar, prismáticos, un bastón, un impermeable y un sobretodo.

—Se va por una buena temporada, según parece —comenté—. Tiene suerte de alejarse cuando llega el invierno.

—Me voy para siempre. Me voy a vivir a Portugal —explicó brevemente—. No puedo seguir viviendo en Inglaterra. He luchado por mantener este apartamento por espacio de diez años; desde que murió mi esposa. Pero ya no puedo costearlo; por lo visto no puedo costear nada de nada, aquí.

Sus ojos azules tenían ahora una expresión rabiosa.

—Uno sirve a su país... treinta años en el ejército y quince en el Servicio Penitenciario, y su país se encarga de que uno no pueda seguir viviendo en él. ¡Es una calamidad! ¡Le aseguro que esto es una calamidad! Pero, en fin, así son las cosas. ¿En qué puedo servirle?

—Esta mañana he leído su carta en el diario —le dije y expliqué cuál había sido mi contacto con Mrs. Dawson.

—Pobre Lucy Dawson... ¡Qué calamidad! No entiendo; no puedo entender. Pase a la sala.

Le seguí y el coronel se detuvo ante una chimenea vacía, mirando en derredor con expresión desolada.

—Hay bastante desorden aquí. He vendido todo lo que contenía el apartamento. Lamento irme, pero no me queda otro remedio. Según me dicen, en Portugal hay una nutrida colonia inglesa. Espero hacer amigos. Con todo, echaré de menos las truchas de Hampshire... Pero no hay nada que hacer. A las cacerías ya había renunciado, de todas maneras. Ahora prefiero ver los animales vivos, aunque no me opongo a comerlos.

Comenzó a llenar una pipa estilo Lovat Fraser, extrayendo el tabaco de una anticuada bolsa de cuero negro.

—Sobre Mrs. Dawson —comencé.

—Lucy Dawson... Es una historia simple. Se puso en contacto conmigo cuando yo dirigía la Prisión de Parkway, en los Midlands. Me pidió que observara a los reclusos jóvenes e inteligentes, que cumplían su primera condena. Quería seleccionar a aquellos capaces de hacer algo si se les brindaba una oportunidad. No se trataba de seleccionar a muchos, sólo a aquellos sobre los que yo me sintiera seguro... en la medida en que uno puede estarlo con esa gente. Me explicó que no podía encargarse de muchos. Uno o dos por año; más no. Creo que se puso en contacto con uno o dos directores de otras cárceles. Con cárceles de mujeres también.

Se interrumpió para arrimar un fósforo a su pipa, chupó y lanzó una enorme nube

de humo, mientras aplastaba el tabaco ardiente con el dedo índice, como si su dedo fuera a prueba de fuego.

—¿Y cómo les encontraba ocupación, coronel Pearson? ¿Lo sabe usted?

—Ése era el problema. Siempre lo ha sido. Sobre todo con gente de esa clase. Ella buscaba tipos muy especiales que pudieran abrirse camino en el mundo si se les proporcionaba una oportunidad. El campo es limitado. Uno no puede pretender que los bancos los tomen, ¿no le parece? Y nada por el estilo, ¿me comprende? Pero ella conseguía lo que buscaba. Era una mujer maravillosa.

Meneó la cabeza con gesto admirativo.

—Andaba por ahí, visitaba gente que podía ayudar. Dirigentes de empresas. Gente así. Nadie se enteraba, a excepción del director de la prisión y el de la empresa. Ella se veía obligada a confiar en mi criterio o en el del director de la cárcel con el cual trataba. Era un asunto difícil, puedo asegurárselo. Pero dio resultado.

—¿No se produjeron fracasos? —pregunté.

—Ninguno, que yo sepa. Y ella se mantenía en contacto con esa gente, ¿sabe? Con ellos y conmigo. Me envió una postal poco antes de su muerte, Y yo envié una corona a su funeral, en recuerdo de los viejos tiempos.

—¿Usted envió una corona? —repetí—. Yo sólo vi una.

Se quitó la pipa de la boca y me miró atónito.

—¿Una sola corona? ¿Ninguno de los otros envió flores?

Negué con la cabeza.

—¡Pero eso es terrible!

La desilusión que reflejaba su rostro me conmovió.

—La gente olvida —dije, sintiéndome incómodo—. El tiempo pasa. La gente olvida.

—Esa gente no puede haberla olvidado. Ya le he dicho que se mantenía en contacto con ellos.

—Quizá no hayan visto la noticia de su muerte... o no hayan sabido adonde enviar sus flores.

Él se aferró a esa última posibilidad.

—Es probable que ésa haya sido la causa... ¡No han sabido dónde enviar las flores! De no ser así, me resultaría incomprensible, después de lo que ha hecho por ellos.

Su alivio ante la frágil excusa que yo le ofrecía resultaba patético.

—¿Por qué firmó usted la tarjeta «*Stepping Stones*»?

El coronel caminó hasta la ventana y miró hacia afuera.

—¡Ah, sí!... Los «*Stepping Stones*», las piedras de apoyo... Bueno, fue un nombre que se nos ocurrió en aquella época. Éramos las piedras de apoyo para iniciar un camino nuevo. Era un apodo que nos dábamos nosotros mismos.

—Ella murió cerca de unas piedras de apoyo en Pompeya.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia tan curiosa! ¿Había llegado a alguna conclusión la policía cuando usted dejó Italia?

—Lo dudo.

No sabía si relatarle lo que me estaba ocurriendo. Oí que decía, sin mirar en torno de él:

—Si este mozalbete del diablo no viene en el término de media hora tendré que irme. Supongo que no habrá inconveniente en que confíe las armas al portero y deje una nota en la puerta del apartamento. Los jóvenes de hoy en día no conocen la puntualidad.

Decidí no decirle nada. Partiría dentro de media hora; dejaría el país y, por lo tanto, los peligros que lo rodeaban en Londres.

«Que se vaya en paz —pensé—. Que se vaya sin preocupaciones. Que viva sus últimos años al sol, cómodo y feliz». El coronel regresó junto a la chimenea, golpeó la pipa contra la parrilla e inmediatamente comenzó a llenarla con tabaco nuevo.

—¿Sabe una cosa? —dijo con expresión pensativa—. Esa mujer era en cierta manera una santa.

—¿Usted lo cree? ¿Cree eso en verdad?

—Y le diré por qué. Puede aprovechar este dato; puede incluirlo en su libro o en su artículo o en lo que esté escribiendo. Ayudaba a esa gente contra sus propios sentimientos.

—¿Se refiere usted a lo que había padecido por causa de los delincuentes? ¿Lo que le había ocurrido a ella, a sus padres y a su marido? —¿Lo sabía?

—Me lo dijeron en el hotel.

—Consideraba que cualquier castigo era benigno para el criminal corriente. Tendría que haberla oído más de una vez... «habría que colgarlos, habría que azotarlos, habría que encerrarlos de por vida». Creo que exageraba un poco. En mi opinión esos sentimientos le dejaban una sensación de culpa, pero no podía controlarlos. Creo que hacía ese trabajo para apaciguar su conciencia. Problemas psicológicos, ¿comprende? —aclaró con solemnidad—. De eso se trataba, de un problema psicológico... No es que yo crea mucho en esos disparates.

Había vuelto a su pipa y su rostro se dibujaba tras una nube de humo.

—Dios sabe qué tendré que fumar en Portugal —murmuró.

—Tenía una enorme autodisciplina —prosiguió, tras una pausa—. Creo que encaraba esta labor así como algunas personas toman una ducha helada por la mañana... Desagradable, pero bueno para el alma.

—¿Se ducha usted con agua fría por la mañana? —le pregunté.

Quería mantener la conversación a toda costa, quería distraerlo para que no pensara en el poco tiempo que le quedaba y en las cosas de último momento que le

quedaban por hacer.

Temía que mirara el reloj y dijera: «Bueno, ahora tiene que disculparme». Yo no quería disculparle, porque lo que parecería una teoría simple, a juicio de cualquiera que leyera más tarde mi informe, no era tan simple para mí en ese momento y en ese lugar. Yo me asomaba a aquellas novedades con sorpresa y excitación. No era fácil seleccionar las preguntas más importantes entre el cúmulo de interrogantes que pasaban por mi mente.

Le oí decir:

—¿Si me ducho con agua fría por la mañana? No, por supuesto que no. Eso es un disparate por si le interesa mi opinión. ¿Usted lo hace?

—No, yo tampoco.

—Ya me parecía.

—¿Y qué clase de trabajos les encontraba? —pregunté—. ¿En qué terrenos?

En efecto, él estaba consultando ya su reloj.

—¿En qué terrenos? Bueno, ahora no recuerdo... empresas técnicas, químicas, de construcción, de reparación de barcos... Ese tipo de cosas.

—¿Y en el ramo de la alimentación?

—¿De la alimentación? ¡Ah, sí, por supuesto!, en el ramo de la alimentación y en la administración de hoteles.

—¿Podría darme usted ejemplos de cómo se desarrollaron en la vida esas personas?

—¡Ah, no! No puedo darle nombres ni nada que le permita identificar a esa gente. De eso ni hablar. Y ahora, si usted me disculpa...

—No le pido nombres —dije apresuradamente—, sólo ejemplos.

El coronel comenzó a avanzar hacia la puerta de la sala.

—Bueno, creo que sin pecar contra la ética puedo decirle que el actual subgerente de una gran empresa técnica es, bueno... uno de nuestros muchachos, por así decir. También hay un gerente de una firma exportadora en Suiza, un administrador de hotel en el sur de Francia y otro en Italia y uno aquí, en Inglaterra, en la costa sur. En este último caso se trata de una mujer.

Se detuvo junto a la puerta y me miró con aire cómplice.

—Ella siempre me mantenía informado. En ese aspecto no había secretos entre Lucy Dawson y yo.

Tenía que irme.

Me habría gustado seguir interrogándole, pero él esperaba que me retirara. Le seguí hasta la puerta de la entrada mientras él refunfuñaba algo acerca de sus armas y de la falta de puntualidad.

Pero cuando ya nos separábamos, y tras haberle expresado mi agradecimiento, el coronel me proporcionó un dato que me pareció fundamental.

Recuerdo que rió con jovialidad y comentó:

—¡Menos mal que todos nosotros éramos gente honesta!, ¿eh? Lucy Dawson, yo, Caroline Gray.

—¿Caroline Gray?

—Lucy Dawson comenzó trabajando sola; pero más tarde la ayudaba una mujer llamada Caroline Gray. Había sido vicedirectora de una cárcel de mujeres y al jubilarse comenzó a colaborar con Lucy. Tenía un excelente ojo clínico para la gente. Fue una gran ayuda para Lucy. Se hicieron muy amigas. Como le decía ¡es una suerte que hayamos sido honestos! ¡Qué oportunidad para la extorsión!, ¿eh?

Yo también reí. Fue una de las risas más falsas que haya lanzado en mi vida.

Nos separamos sonrientes y yo le deseé un futuro feliz y pleno de salud.

Regresé a pie desde Benton Mansions hasta Kensington. Caminaba paso a paso, pensando en lo que Lucy Dawson y su familia habían sufrido por causa de unos delincuentes y en lo que ella sentía respecto a los sujetos al margen de la ley.

Pero más que nada pensaba en la venganza que había escogido. Era aterradora por su crueldad a largo plazo y, precisamente, por la engañosa benevolencia con que armaba la trampa.

La imaginé, alta, afable, tierna —y tal vez bonita en aquel tiempo— entrevistando a las víctimas con simpatía y comprensión. Cerciorándose con su manera cortés, del tipo de trabajo para el cual estaban más capacitados; escogiendo las esferas a las que mejor se adaptaría su personalidad; sin prometer nada al principio, señalando las dificultades, insistiendo en la necesidad de trabajar duro y, sobre todo, en la importancia de la integridad.

Sin duda aludiría, de pasada y con todo tino, a los riesgos que corría su propia reputación, al peligro que estaba expuesta su obra, si alguien traicionaba su fe en la bondad intrínseca del género humano.

Luego, a través de los años, llegaban las cartas periódicas. Las amables averiguaciones sobre los progresos alcanzados. Y las tarjetas de Navidad; por supuesto, las tarjetas de Navidad.

Lucy Dawson no era la Dama de la Lámpara, sino la Dama del Salvavidas. Y el salvavidas estaba sujeto a una cuerda, a una cuerda que ella nunca soltaba.

Y el salvavidas llevaba prendida una factura.

Cuando uno se debate en aguas profundas y está próximo a ahogarse no piensa en las facturas. Sobre todo no piensa en el tipo de facturas que presentaba Lucy Dawson.

La guerra de Lucy Dawson contra el mundo criminal era una larga guerra; tanto más cruel por cuanto sus víctimas eran precisamente aquéllos que podían haber sido salvados y, en realidad, eran salvados. Pero en su oscura y retorcida mente no había discriminación.

Y así, mientras caminaba, yo trataba de imaginarla.

No le importaba esperar, porque durante todo ese tiempo presentía el sabor de su venganza. La perspectiva de un placer puede proporcionar tanto deleite como la realidad o quizá más. Y cuando el fruto estaba en sazón, ella lo arrancaba.

Me pregunté cómo sería el punto de partida de la extorsión. Quizá enviara una carta para preparar el terreno:

«Teniendo en cuenta que usted conoce, por propia experiencia, el tipo de acción social a que me dedico, se me ha sugerido que quizás esté dispuesto a contribuir al sostenimiento de nuestra obra. De más está decir que no me atrevería a formularle esta petición si no tuviera la certeza de que usted está plenamente identificado con nuestros ideales. Me comunicaré telefónicamente con usted, o quizá podamos encontrarnos, para fijar la cuantía de su contribución anual a tan noble causa».

Nada amenazante.

Sólo la implícita certidumbre de que no habría negativas.

¿Cuánto les exigiría? ¿Cinco, diez, veinte por ciento de los ingresos? ¿Se los exigiría en dinero o en especie? ¿O en dinero y en especie? ¿Se haría cargo Bardoni de toda su cuenta de hotel, cuando paraba allí? ¿Harían lo mismo los demás? ¿Y qué ocurriría con Miss Brett y el hotel *El Retiro*? ¿Pagaría Lucy Dawson una cierta suma a Miss Brett y ordenaría a aquella poco atractiva mujer que se hiciera cargo de la diferencia?

¿Y qué ocurría con Mrs. Gray? En ese caso no cabía pensar en una mente enferma. A ella sólo podía importarle el dinero. ¿Cuál sería su participación?

Las preguntas cruzaban veloces por mi mente y aunque no esperaba hallar respuesta, estaba convencido de estar sobre la pista correcta.

Creía haber dado con la respuesta a todo el enigma: Mrs. Dawson había cumplido sus planes de extorsión en forma sistemática y, por último, alguien se había rebelado y la había asesinado en Pompeya.

Creí que el planteamiento era así de simple.

Cuando llegué a mi apartamento aún me sentía seguro de haber dado con la verdad. A manera de control, telefoneé al Fondo Internacional para Ayuda a las Viudas y Huérfanos de Marineros, que obligaba a Lucy Dawson a mantener una correspondencia tan activa, según el relato de Mrs. Dacey.

No me sorprendió enterarme de que esa institución nunca había oído hablar de Mrs. Dawson. Ella estaba demasiado ocupada escribiendo a sus víctimas, para preocuparse por las viudas y los huérfanos de marinos.

Pero el núcleo del problema, el enorme y amenazante signo de interrogación,

continuaba pendiente.

Me parecían comprensibles las obstrucciones menores con que había tropezado; los intentos de Bardoni por disuadirme de mis investigaciones. Pobre viejo Bardoni, pensé, y casi experimenté ternura hacia él, pese a sus ojos tallados en roble. ¿Qué crimen habría cometido en su juventud? ¿Cuánto pagaría a Mrs. Dawson y durante cuánto tiempo le había estado pagando? ¿Sabría ella que Juliet era hija de Bardoni, cuando Stanley y Elaine Bristow pararon en el hotel para llevar a cabo su malhadado experimento?

Ahora comprendía muy bien sus temores. Ahora comprendía los de la poca atractiva Constance Brett, cuya vida entera estaba dedicada a su trabajo en el hotel *El Retiro*.

Mrs. Gray era otra cosa. ¿Hasta qué punto estaba enterada de los antecedentes de las víctimas? ¿Pensaba hacerse cargo de la empresa?

A esta altura de mis razonamientos sentí que estaba pisando terreno poco firme.

Esa gente eran pececillos que nadaban ansiosos y alertas, temerosos de cualquier cosa que pudiera perturbar la calma de las aguas que habían alcanzado tras grandes esfuerzos y contratiempos. Recordé lo que había pensado en el taxi cuando volaba al encuentro del coronel Pearson.

¿Quién era, pues, el Pez Gordo? ¿Quién era el fuerte, el que contaba con el poder, la fortuna y la capacidad de organización? ¿El que era frío y cauteloso? ¿El que prefería alcanzar fines por el amedrantamiento antes que arriesgar un asesinato y que, sin embargo, no había vacilado en matar a la pobre Cara de Buñuelo?

A veces soy lento en mis razonamientos y mis pensamientos suelen seguir líneas tan complejas que me impiden ver lo que es obvio, aunque esté ante mis propias narices.

Pero ahora, de repente, vi lo que debía haber visto desde hacía mucho tiempo.

Hasta ese momento yo había vinculado la mezquina obstrucción de Bardoni y de Constance Brett con la campaña en contra mía. Había considerado que ambas tenían un mismo motivo. Había relacionado al Pez Gordo con los desvalidos pececillos.

Ahora comenzaba a entrever la verdad, o por lo menos parte de ella.

Los pececillos temían por sí mismos.

El Pez Gordo, el Gran Carnívoro, temía por la organización.

Alguien se había hecho cargo de la empresa de Lucy Dawson. Su asesino no había sido una de sus víctimas de extorsión.

El móvil había sido el dinero.

Excelentes beneficios sin arriesgar capital.

Los riesgos eran inexistentes si se sabía jugar las cartas como correspondían.

Era una maniobra de *gangsters* que podía o no haberse originado en Italia. Me pregunté si le habrían ofrecido constituir una sociedad.

Pero la habían juzgado erróneamente. Sin conocer su triste pasado, los rincones secretos y oscuros de un alma trágica, inhibida e implacable, no comprendieron que el arrebatarse aquello era como quitar el muelle real a un reloj.

El último encuentro en Pompeya había sido el intento final.

Yo la imaginaba diciendo: «Antes pasarás por encima de mi cadáver».

Y así había sido. Así había sido, realmente.

Estaba aliviado y encantado con la nueva teoría cuando abrí la puerta de calle. Pero el sentimiento dominante era el de alivio.

Algunas cosas, algunas tretas que me habían jugado, aún me desconcertaban; pero ya no me quedaban dudas respecto a mi equilibrio mental. Tampoco estaba muy atemorizado, a decir verdad. Simplemente me había enfrentado a un puñado de delincuentes bien organizados. Y con un puñado de delincuentes me las podía arreglar.

Y si entré, anonadado por mi perspicacia, deslumbrado ante mi agudeza y muy feliz de saber que, pensarán lo que pensarán los demás, yo había descubierto la clave del problema.

Sin duda, había algo de cierto en mi nueva teoría. Aunque muy poco.

Por lo demás era del todo errónea, como todos mis pensamientos y acciones en aquel calamitoso asunto.

Y sin embargo, así eran las cosas, como habría dicho el gallardo coronel Pearson. Uno hace lo que puede.

Uno recorre los caminos de la jungla y si le alarma el crujir de dientes, siempre puede pensar que se trata de un cerdo salvaje; un animal que no es precisamente inofensivo, pero contra el cual hay defensa. Pero si uno oye el rumor de cuerpos que se deslizan por el suelo, la cosa cambia de aspecto. Pero lo único que queda por hacer es avanzar lanza en ristre y confiar en que todo salga bien. Uno puede consolarse con la idea de que son más los que se salvan que los que sucumben.

Sin embargo, aun en esta época y en estos días, puede ser fatal no mantener los ojos abiertos y la lanza dispuesta, y pensar que siempre es otro el que puede caer víctima de un zarpazo.

Y con toda probabilidad siempre es otro ciudadano el que cae, hasta que un día el otro ciudadano es uno.

Como decía, entré y sobre el felpudo, del lado interior, había otro sobre color pergamino. Por un segundo pensé que se trataba de una factura de mi garaje; pero estábamos a mediados de mes, no a comienzos, y supongo que al agacharme para recoger el sobre comprendí que se trataba de otra nota. La abrí en el acto.

El mensaje, muy cortés por cierto, estaba redactado en el mismo tono intolerablemente pomposo del anterior:

«Por lo que sabemos, usted es dueño de un pelargonio rojo, conocido por lo general bajo la incorrecta denominación de geranio. Nuestras observaciones nos han permitido establecer que la maceta que contiene esa planta está siempre en su cocina.

»Si usted decidiera acceder a la razonable propuesta que le fue formulada en su día, le sugerimos coloque esa planta sobre el antepecho de la ventana del frente, en donde es fácilmente visible desde la calle.

»Lamentamos que hasta el momento su reacción general haya sido de naturaleza negativa. Usted comprenderá, sin duda, que las presentes actividades significan una pérdida de tiempo y de dinero; por eso nos vemos obligados a comunicarle que a menos que mañana a las siete usted dé señales de una reacción más positiva, haciendo lo que se le ha indicado, nuestro desagrado se exteriorizará en alguna medida contra usted o contra su novia, Miss Juliet Bristow; en seguida, o en un futuro próximo. Preferiríamos no tener que llegar a esos extremos.

»Como usted no parece ser muy madrugador, quizá prefiera colocar la planta en el lugar indicado esta noche o ahora mismo».

La nota tenía fecha de ese día. Había sido escrita con mi máquina y en mi papel y la habían cerrado en uno de mis sobres. Sin embargo, al salir del apartamento yo había tomado ciertas precauciones.

Subí la escalera y examiné la cerradura empotrada. La película de papel de seda estaba en su lugar y la sal fina que había espolvoreado en forma apenas perceptible sobre la alfombra de la entrada estaba intacta.

Me senté y releí la nota.

Por segunda vez en pocas horas, advertí lo solo que uno puede sentirse cuando no le queda el recurso de acudir a la policía en demanda de apoyo. La última vez que los había visitado, ni siquiera había podido mostrarles la nota. Esta vez tendría una nota para mostrar.

«Miren —podría decir—. He recibido otra nota. ¡Aquí la tienen! ¡La cosa se está poniendo seria! Ustedes tienen que hacer algo».

«¡Ah, sí señor! —me dirían en tono amable y paternal—. ¿Qué le ocurre esta vez?»

¿Podemos ver esa nota?».

Yo se la entregaría y ellos me dirían:

«¿Y ésta también ha sido escrita en su máquina, Mr. Compton, como la anterior?».

«Así es» —diría yo.

«De modo que alguien ha vuelto a entrar en su apartamento, ¿no es así, señor?».

«No, no han entrado. Eso es lo curioso. Desde que yo dejé el apartamento esta mañana hasta mi regreso, no ha entrado nadie. Coloqué un trozo de papel de seda en la cerradura empotrada y espolvoreé sal fina frente a la puerta de la entrada. Nada de eso ha sido tocado. De modo que nadie ha entrado, ¿comprenden?».

«¿De modo que usted esparció sal sobre su propia alfombra e introdujo un trozo de papel en la cerradura?».

«Así es».

«¿Y qué quiere que hagamos, señor? ¿Que barramos la sal?».

Al final yo perdería la paciencia y con eso no haría más que confirmar sus suposiciones sobre mí. No tenía valor para enfrentarlos.

Pero ahora sabía un poco más; estaba en posesión de una fracción más grande de aquel plan tramado en contra mía. Y lo que sabía no era tranquilizador. La campaña estaba organizada por alguien que había llegado a conocer muy bien mi carácter. Había sido planeada paso a paso, por anticipado. Quienquiera que hubiera entrado en mi apartamento para escribir la primera nota, también había escrito la segunda.

Sabían que mi primer impulso iba a ser el de resistir.

Supusieron que necesitarían la segunda nota.

Quizá habían escrito una tercera, más perentoria aún. Un aviso final. Pero yo tenía dudas al respecto. No seguirían así indefinidamente; no mantendrían la presión con su presente intensidad y lo que significaba en dinero y en tiempo.

El golpe final se aproximaba.

Una de las dos partes optaría por una acción decisiva.

Al evocar los hechos, veo que todo estaba centrado en torno a tres características de las nacionalidades que formaban parte de mi acervo hereditario: la combatividad irlandesa, la tenacidad boer, y la frialdad inglesa, unida a un innato instinto conciliatorio.

En esta mezcla de sangres, la tendencia a la lucha ganaba por dos a uno.

Me pregunto si ellos lo sabían. Ellos habían ajustado sus cálculos al carácter que estaba a la vista de todos: la despreocupada vena irlandesa, la bonachona vena holandesa, la fría vena inglesa. A primera vista, los cálculos parecían acertados; pero me pregunto si habían examinado en profundidad, individualmente y por separado las complicaciones subyacentes de esas tres diferentes corrientes de sangre.

De haberlo hecho, habrían sabido que si uno tira demasiado de la cuerda con un

irlandés o con un holandés, puede provocar una explosión de violencia irracional e inesperada. El inglés reacciona en la misma forma, pero tarda más, porque es más calculador.

Pensé en la amenaza a Juliet, pero la consideré una baladronada. Tenían que saber que si ellos asesinaban a Juliet, ya nada me detendría.

De repente sentí que la explosión comenzaba a gestarse en mi interior.

Estaba harto de todo aquello. No iba a permitir que un hato de gangsters me llevara por delante. Me encargaría de enviarlos al infierno antes de que ellos me derribaran. Si tenía que ser un hombre contra toda una organización, pues así sería. ¡Por mí que se fueran a freír buñuelos! ¡Ah,, muchacho! ¡Qué valiente me sentía!

La ira giraba y giraba vertiginosamente en mi estómago. Sentía las venas que latían con violencia en mis sienes. Por mi mente cruzaban diálogos imaginarios con mis enemigos, y la furia continuaba hirviendo dentro de mí, y las frases violentas continuaban brotando.

Me puse de pie y avancé hacia las ventanas que daban a Stratford Road, abrí una de ellas y me asomé. Luego rompí la última nota en pedazos, hice una pelota con los fragmentos y los arrojé a la calle... arriesgándome de paso a que me multaran por arrojar basura a la vía pública.

A continuación, siempre con la sensación de una furia desafiante dentro de mí, me dirigí a la cocina.

La maceta con el geranio rojo estaba sobre un plato de cerámica azul-verdoso, que yo había traído del sur de Francia. Arranqué la planta del plato y me encaminé al cubo de desperdicios. Era uno de éstos cuya tapa se levanta apretando un pedal con el pie. Apreté el pedal, levanté el brazo para arrojar la planta, pero me detuve.

Esta vez actuó mi corriente de sangre inglesa, esa vena práctica, desapasionada, vil, fría, inmunda, razonable, cauta, sensata, calculadora y poco digna de ser amada, que conquistó un imperio y renunció a él sin muchas vueltas cuando consideró llegado el momento. Esa vena fue la que ahora me detuvo, susurrándome insidiosamente que no había razón para destruir la preciosa planta.

¿Qué me costaba conservarla en la cocina?

Volví a colocar el geranio sobre su horrible plato y ahí lo dejé, invisible desde la calle, pero con vida. Un testimonio verde y rojo de la renuncia anglosajona a quemar las naves.

Esa noche fui a comer a casa de Bristow.

Con toda intención he evitado describir los preparativos para la boda, para la cual sólo faltaban tres días. Lo he hecho porque no hay nada más aburrido para una persona ajena. Si vamos al caso, tampoco puede haber nada más aburrido para el novio. El sólo está ansioso por casarse lo más rápido posible y salir en viaje de luna de miel, dejando atrás todo el alboroto, para que los demás se encarguen de limpiar, ordenar e, inclusive, pagar.

Por supuesto, corregía y confirmaba detalles como los del alquiler de coches, la hora de llegada de los automóviles a la casa, la hora de su llegada a la iglesia, la hora en que partirían de la iglesia, los fotógrafos, el champaña, el servicio de lunch y las flores.

Se le veía feliz.

En lo que se refiere a la atmósfera que encontré en la casa a mi llegada, puedo asegurar que era decididamente alegre.

Recordé el pequeño grupo que había visto la noche anterior en el umbral de aquella puerta —Stanley, el inspector y el sargento—, recogiendo datos, controlando la veracidad de mis declaraciones en la medida de lo posible, eliminándome de la lista de gente que podía haber asesinado a la pobre Cara de Buñuelo.

Si hemos de llamar las cosas por su nombre, diré que —tras llegar a la conclusión de que era inconveniente y molesto postergar la boda— Stanley y Elaine Bristow se habían hecho a la idea de que Juliet se casaría con un sujeto que aún padecía los efectos de un accidente automovilístico.

Consideré y considero aún hoy, que los sentimientos de Juliet eran diferentes. Creía casarse con un enfermo nervioso, al que ella devolvería la salud mental con su ternura y sus cuidados. Pobre Juliet.

Advertí esa atmósfera brillante en cuanto entré. Había un exagerado entusiasmo por los regalos de bodas que habían llegado; los pronósticos sobre el tiempo eran optimistas; todos estaban seguros de que las damas de honor estarían agradecidísimas por los horribles regalos de pacotilla que les habían comprado y que, a juicio de Elaine, parecían valer el doble de lo que habían costado en realidad... Afirmación con la que yo no estaba de acuerdo en mi interior.

Los tres charlaban sin cesar sobre cualquier cosa, menos sobre lo que más ocupaba sus pensamientos. Les seguí la corriente hasta que nos levantamos de la mesa. Luego dije:

—Hoy recibí otra nota amenazante. Similar a la anterior.

Juliet no estaba en la sala. Elaine Bristow, sí; pero murmuró una excusa y me dejó a solas con Stanley.

Stanley, que estaba bebiendo brandy, dejó la copa sobre una mesita próxima a su

sillón.

—Echémosle una ojeada, viejo —dijo, con su tono ansioso gangoso—. Creo que deberías entregarla a la policía, viejo. Pienso que es indispensable. Una broma pesada es una cosa; pero esto ya está pasando de castaño a oscuro, viejo.

Clavó en mí sus ojos saltones y extendió la mano. Supongo que esperaba que yo extrajera la nota del bolsillo y se la entregara.

—La he roto —dije.

—¿La has roto?

—Ahora usted sabe tan bien como yo, que es inútil dirigirse a la policía. Usted sabe lo que ellos piensan. Usted lo sabe, ¿verdad?

—No sé lo que piensa la policía, viejo —murmuró en forma evasiva—. ¿Cómo habría de saberlo?

Sentí que la ira comenzaba a bullir en mi estómago; no con la intensidad de antes, pero con bastante energía como para brotar.

—Estuvieron aquí anoche, ¿no es así? Vinieron a comprobar mis declaraciones.

—Estuvieron aquí, es verdad.

—¿Para comprobar mis movimientos?

—Me preguntaron unas cuantas cosas; sí, me preguntaron unas cuantas cosas, viejo. Asuntos de rutina. Nada que pueda preocupar.

—¿Nada que pueda preocupar a quién? ¿A usted? A eso se refiere, ¿verdad? ¡Qué amables son! ¡Qué amable es usted!

Yo estaba sentado en un canapé, a la izquierda del hogar y le observé mientras se ponía de pie y avanzaba hasta el guardafuego, se detenía y se volvía hacia mí. Observé su figura larguirucha, desgarrada, su aspecto ineficaz. La puerta se abrió y entró Juliet.

—Estaba diciendo que hoy he recibido otra nota, Juliet. Otra nota similar a la anterior.

—Pero la ha roto —murmuró Stanley Bristow—. La ha roto, no sé por qué razón; de modo que no puede mostrárnosla.

—No importa —dijo Juliet con tono alegre y despreocupado, y salió llevando un servicio de desayuno, regalo de una prima. Era color amarillo huevo y las tazas y la tetera eran cuadradas. Esa prima y yo nos hemos mirado con mutuo desagrado.

Antes de cerrar la puerta, Juliet me dirigió una sonrisa. Era una especie de sonrisa maternal, abierta y comprensiva. No le sentaba.

Yo prefería sus sonrisas lentas y discretas que inspiraban el deseo de preguntarle de qué diablos se reía. Prefería aquellas furtivas miradas de reojo y sus modales reservados. Prefería la corriente de sangre italiana, que había heredado de Bardoni; aquel franco elemento anglosajón no me atraía. Sin embargo, recibí su sonrisa con gratitud y me alegró la forma en que me había recibido. Ella había olvidado o fingía

haber olvidado la amargura de mis últimas palabras de la noche anterior.

Stanley y yo permanecemos inmóviles, mirándonos en silencio durante algunos segundos. Luego él se aclaró la garganta y dijo:

—Elaine y yo hemos estado pensando, viejo...

—Sé muy bien lo que han estado pensando. También sé lo que piensa Juliet. En cierto modo, no les culpo. No puedo proporcionarles pruebas. Lo haría si pudiera, pero no puedo; sin embargo, creo vislumbrar una respuesta.

—¿Vislumbrar una respuesta?

—Vagamente. Es una posibilidad.

Le hablé de la carta publicada en el diario de la mañana y de mi visita al anciano coronel Pearson, le expuse la teoría que yo había elaborado como resultado de aquella fortuita observación final del coronel.

Stanley me escuchaba con atención, bebiendo de tanto en tanto su brandy a pequeños sorbos, y diciendo:

«¡Ah! ¡Conque delincuente!», o «¡Conque extorsión!, ¿eh?», o «¡Gangsters! ¡Qué me dices!».

En el instante que terminaba mi relato se abrió la puerta y entró Juliet, seguida de Elaine.

—James dice que ha encontrado la respuesta a todos estos disparates. Según parece es extorsión organizada. Esa anciana, Mrs. Dawson, ayudaba a exconvictos a conseguir trabajo y años después los extorsionaba. Y ahora ha sido desplazada por unos gangsters que se han hecho cargo del negocio. James ha obtenido los datos a través de un coronel que fue director de una cárcel y suministraba los candidatos a Mrs. Dawson. ¿Qué te parece, Elaine? ¿Qué opinas, Juliet? Eso lo explica todo, ¿no es así? Es un asunto muy serio, ¿eh?

Yo habría caído en el engaño, habría pensado que el entusiasmo era genuino, si no hubiera visto los ojos de Stanley, si no hubiera observado su falta de brillo. Se estaba esforzando por sonreír y estaba forzando el tono de interés que tenía su voz; pero sus ojos saltones parecían los de un pescado.

—¿Y qué tiene que ver James con todo eso? —preguntó Elaine pacientemente.

—¿En dónde entra James? —preguntó Juliet.

Stanley las miró sin parpadear.

—James dice que ellos temen lo que él pueda descubrir. Los gangsters quieren que él abandone el asunto.

—Ese hombre, ese coronel debe ir a la policía e informar lo que sabe —dijo Elaine con voz cansada—. Tienes que conseguir que vaya a la policía, Stanley; llévalo mañana mismo, es importante.

—Lo haré, y James puede ir conmigo. De esa manera se podría aclarar todo el asunto. Iré a verlo mañana mismo y tú vendrás conmigo, ¿verdad, James?

No entendí la sugerencia.

—No es tan simple como ustedes creen —dije desalentado—. Se han apresurado a extraer conclusiones. Yo no afirmo que eso haya ocurrido. Yo no he dicho eso. Lo que digo es que podría haber sucedido. Y, para colmo, mi teoría se basa en un comentario jocoso del coronel Pearson. De todos modos, es demasiado tarde. Ya no podemos entrevistarlo. Se ha ido.

—¿Se ha ido? —exclamó Juliet.

—Ha emigrado. Se ha marchado a Portugal. Salió hoy por la mañana.

—¿Se ha ido? ¿Así de repente? ¿Desapareció así sin más ni más? —preguntó Stanley.

Vi que los ojos del muy estúpido cobraban vida. Era exasperante.

Uno llega a un punto en que los nervios ya no resisten más pruebas.

—Ya sé que ustedes piensan que estoy loco, ¿no es así? —grité de repente—. Crean que todo este asunto es una lucubración de mi mente. Sólo porque no les he podido mostrar una fotografía del tipo que se hacía llamar sargento Matthews, porque no les he mostrado los mensajes o no les he dejado oír una grabación de la conversación telefónica con ese hombre... Y ahora piensan que estoy un poco chiflado... Bueno, digan: ¿no es así? Simplemente porque esto es algo que ustedes no han conocido en su vida monótona y segura, consideran que no puede existir. Ustedes me enferman y no de los nervios, aunque podrían llegar a eso, Dios lo sabe.

Vi que Elaine Bristow se hinchaba y enrojecía.

—¡Stanley sólo estaba tratando de ayudarte, James! Por cierto, que estaba a punto de hacerte una sugerencia.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de sugerencia? —pregunté con tono ácido.

—Aun antes de este... bueno, digamos... último estallido... iba a sugerirte que... Había comenzado a tartamudear.

—Conozco a un hombre —dijo Stanley Bristow con inesperada energía—. Conozco a un excelente especialista en Harley Street.

Le miré y vi que estaba tan rojo como Elaine.

—Muy amable de su parte.

—Escúchame, viejo —prosiguió Stanley gangoseando las palabras con una rapidez que hacía su discurso casi incoherente—. No hay por qué preocuparse, ni por qué avergonzarse. No te sugerimos que adoptes ninguna medida en este momento; más adelante, quizá después de la boda y de la luna de miel. Nosotros, es decir Elaine y yo hemos pensado que quizá un... ¿cómo diríamos? Un examen a fondo practicado por ese tipo no te haría ningún daño. ¿Comprendes? No se trata de un psicoanalista ni ningún disparate por el estilo. Le conocí en el ejército. Un tipo magnífico con mucho sentido común. No ahora. Más adelante. Quizá cuando Juliet y tú regreséis del sur de Francia. Entonces volveremos a tratar del asunto. Quizá para entonces esos... esos

gangsters... hayan dejado de perseguirte, ¿comprendes?

Se detuvo. No advertía las contradicciones en que estaba incurriendo. Elaine le miró casi con admiración. Parecía considerar que su marido había enfocado bastante bien el tema.

Luego ambos me miraron, y Juliet —que había simulado leer el diario de la noche — me dirigió una de sus miradas de reojo, sin levantar la cabeza.

Me puse de pie y avancé con mi copa hasta donde estaba Stanley.

—¿Me sirvo otro brandy?

—Por supuesto, viejo —dijo Stanley sin demasiado entusiasmo.

Probablemente pensaba que el té caliente y azucarado era mejor para los casos de *shock*. Me sirvió una de las medidas más pequeñas que haya visto en mi vida.

—Por el médico —dije, levantando la copa—; y espero que sepa cocinar porque, lo que es por mí, puede irse a freír espárragos. Gracias de todos modos.

Se produjo un incómodo silencio.

—Lamento que lo hayas tomado así, viejo.

—Stanley sólo estaba tratando de ayudarte —dijo Elaine.

—Lo sé —dije con un suspiro—. ¡Ay Dios, si lo sabré! Pero, Elaine, ese coronel Pearson existe... ¡Hay una carta suya en el diario! La he leído esta mañana.

—Ya sé que la has visto, querido —dijo Elaine.

—La lástima es que se haya ido —murmuró Stanley.

—¿Y por qué? ¿Por qué es una lástima? Todo lo que hizo fue despertar en mí la idea de la extorsión.

—El muchacho tiene razón, Elaine —dijo Stanley, mirando a su mujer con expresión serena—. Todo lo que hizo el coronel fue despertar en él la idea de la extorsión. Fue a raíz de una broma. Él no habría creído en esa teoría. ¿Comprendes? De todas maneras es inútil lamentarse por lo irremediable.

—¿Qué es lo irremediable? —exclamé con rabia. Mientras hablaba apoyé con fuerza mi copa sobre la repisa de la chimenea. El fino cristal se hizo añicos y los restos de brandy formaron un charquito sobre el mármol.

—Lo siento —murmuré—. Lamento haber roto la copa.

—Está bien, viejo —me consoló Stanley, mientras observaba cómo Elaine recogía los fragmentos con la escobilla y la pala del fuego.

Repentinamente se oyó la voz de Juliet, que aún estaba sentada en el canapé:

—Quisiera hablar a solas con Jamie —dijo—. Saldremos a dar una vuelta.

—No te molestes, querida —dijo Elaine, hablándole por encima del hombro—. Stanley y yo pensábamos retirarnos en este momento.

—¿Retirarnos? —exclamó Stanley—. Es un poco temprano para acostarse, ¿no te parece? Entre paréntesis, viejo: ¿qué decía ese mensaje que según dices, has recibido hoy?

—No es que yo *diga* que haya recibido un mensaje. Lo he recibido realmente. — Bueno, está bien, viejo... ¿qué decía ese mensaje?

—Poco más o menos lo mismo que el anterior —gruñí—. Sólo que esta vez me pedía que colocara un geranio rojo en la ventana, en señal de acatamiento.

—¿Un geranio rojo?

—Sí, un geranio rojo.

—¿Y tú tienes un geranio rojo?

—Por supuesto que tengo un geranio asquerosamente rojo —estallé—. ¡Está en mi cocina! Y ellos lo saben muy bien.

Juliet se levantó del canapé. Stanley interpretó la indirecta y se dirigió a la puerta. Elaine le siguió. En el momento de salir, Stanley se detuvo y dijo:

—¡Ahí tienes, viejo! Coloca el geranio en tu ventana... y ellos dejarán de molestarte, ¿no es así?... Desaparecerán todos esos gangsters que andan detrás de ti.

Antes de que cerraran la puerta les dije:

—No se trata de eso. Quizá ustedes no lo entiendan, pero es algo muy importante para mí.

Stanley se detuvo con la mano en el picaporte y me miró con fijeza.

—¿Y qué es lo importante para ti, viejo?

—Es el individuo lo que me importa; se trata de establecer si el individuo puede sobrevivir cuando es desafiado por la organización. Eso es lo importante, eso es lo que me importa a mí. Por eso me empecino... No es que quiera comprobar si el individuo se sumerge en el Estado; esto es algo mucho más primitivo... Trato de establecer si el individuo; yo en este caso, tiene la posibilidad de defenderse de los peligros de la jungla en nuestros días, sea la jungla del Estado o cualquier clase de jungla moderna. El ciudadano común tenía una posibilidad en otros tiempos, no era mucho, pero era una posibilidad; pero ¿la tiene ahora, Stanley?

Elaine había desaparecido por el corredor y Stanley Bristow me miraba con ojos vacíos.

—Está bien —le dije—. Olvídelo. Usted no me entiende.

—Por supuesto que te entiendo, viejo. Quieres demostrar que eres capaz de valerte por ti mismo. ¡Y me parece muy bien!

Comprendí que era tonto haberlo sumergido en una corriente de palabras e ideas. Sin duda estaría pensando que ya tenían bastante con mi complejo de persecución, para que encima comenzara a elaborar teorías abstrusas sobre mi propio mal.

—Está bien —dije apresuradamente—. Bueno, buenas noches.

—Buenas noches, viejo.

Le ayudé a cerrar la puerta para que no volviera a asomarse. Me sentía incapaz de tolerarlo un minuto más. Luego volví y vi a Juliet. Por un lado me alegré y por el otro experimenté una conmoción.

Estaba de pie junto al hogar, muy rígida. Toda aquella alegría superficial había desaparecido.

El miedo estaba otra vez presente en sus ojos.

—No te preocupes —le dije, sintiéndome incómodo.

Me acerqué a ella y traté de abrazarla, pero ella se apartó.

—¿Qué ocurre? —pregunté como si lo ignorara.

—Ahora pienso que es cierto —dijo, clavando en mí sus grandes ojos atemorizados—. Creo que te has enfrentado a algo... a algo grande y criminal. Carecía de sentido hasta que hablaste con el coronel Pearson. Pero ahora sí lo tiene.

—Quizá mi teoría sea acertada y quizá no lo sea —le dije con el tono más ligero que pude adoptar—. ¡Vamos! ¡Arriba los corazones!

La rodeé con mis brazos y la besé. Ella no se resistió, pero sus labios estaban fríos.

—Nunca volveré a pedirte que hagas algo —dijo—. ¿Pero no harás esto por mí?

—¿El geranio?

Ella asintió con la cabeza. Yo me aparté.

—No —le dije—. No, querida. No puedo. Ni siquiera por ti.

Los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Ahora no se trata sólo de una historia. No es sólo porque me rebela el hecho de que me lleven por delante. Necesito comprobar algo.

—¿Qué? —preguntó ella con voz sin matices y un instante después oí su sollozo.

Ante mi sorpresa me oí a mí mismo repitiendo las palabras que acababa de espetar a Stanley Bristow:

—Que si un hombre tiene razón o por lo menos no está violando el derecho, puede valerse por sí mismo; puede enfrentar a la organización, aun en estos días. Eso no significa mucho para la mayoría de la gente, supongo. Pero yo estoy ansioso por comprobarlo.

Cuando nos separamos Juliet estaba más animada. Si no lo estaba, fingía estarlo. No le dije que en la última nota se mencionaba su nombre. Con toda honestidad, yo creía que era una baladronada. Supongo que fue una negligencia criminal de mi parte.

Cuando regresé a mi apartamento no hallé nada más que el diario de la tarde en el buzón. Le eché una ojeada antes de acostarme. En una de las páginas interiores se anunciaba que la mujer asesinada en Paradise Lane había sido identificada como Mavis Battersby, soltera, de cuarenta y cinco años de edad, domiciliada en Furleigh Road 247, Londres, N. W. 1.

¡Qué importancia podía tener eso!

Para mí ella siempre sería la Pobre Cara de Buñuelo, no Mavis Battersby. El nombre real no significaba nada, no significaba nada ahora y nunca significará nada. Yo pensaba, pienso y siempre pensaré que la mataron porque sabía demasiado, y porque estaba al borde del colapso.

Después de desvestirme, me dirigí a la cocina a buscar un vaso de agua. Siempre dejo un vaso de agua junto a la cama, por la noche. No un vaso de material plástico, de esos que se usan para lavarse los dientes, sino un vaso de cristal. El agua sabe mejor en vaso de cristal.

Contemplé el geranio que estaba en su maceta, sobre el antepecho de la ventana.

Sus mejores flores estivales se habían marchitado, pero aún le quedaban una o dos pequeñas flores otoñales. Algunas hojas tenían los bordes secos. Llegado el momento lo podaría, le echaría un mínimo de agua durante el invierno y el año próximo volvería a florecer.

De repente me sentí cansado. No era cansancio físico; estaba espiritualmente exhausto. La tentación de levantar la planta, caminar unos pocos pasos y dejarla en la ventana de la sala de estar era irresistible.

La seriedad y la eficiencia con que se ejecutaba el plan y se planteaba la amenaza, demostraban que podía confiar en la promesa de dejarme en paz si cumplía con las instrucciones. No estaba ante un puñado de pequeños delincuentes en cuya palabra no se podía confiar. Esto era algo más grande. La proposición que se me formulaba era el fruto de un frío cálculo, de manera que los términos del acuerdo serían respetados.

Me alejé de la planta, abrí el grifo y dejé correr el agua para asegurarme de que salía fría. Mientras esperaba desapareció la sensación de agotamiento espiritual y en su lugar apareció algo más peligroso: la apatía. El agotamiento es algo positivo. Uno tiene conciencia de ese estado. Uno puede hacer algo por remediarlo.

La apatía es la negación de todo esfuerzo y de toda emoción. La apatía significa que si no hay forma de eludir la acción, uno opta por el camino más fácil.

Repentinamente deseé que me dejaran en paz.

Voces muy sutiles me susurraban que yo no estaba empleado en una cruzada destinada a salvar a un amplio sector de la humanidad, estaba actuando por tozudez y vanidad personal. Las bandas dedicadas a la extorsión siempre habían existido y

siempre existirían, y las víctimas sólo podían culparse a sí mismas. De cualquier manera, yo no podía probar nada y la policía no se había interesado en el problema, ¿por qué había de ocuparme yo?

Pero lo más sutil de esas voces hablaba de un sometimiento temporal, hasta que las aguas se calmaran. Esa voz era muy hábil y entró en detalles.

Subrayaba, en especial, el hecho de que esa gente era lo bastante inteligente como para comprender que yo no sería, por cierto, el único escritor policial que se interesaría, tarde o temprano, por aquel asesinato en Pompeya. Aun cuando la policía italiana se diera por satisfecha con los hechos y las claves recogidos, alguien, algún día, recogería el caso, lo narraría en detalle e investigaría los antecedentes. Era imposible mantenerlo indefinidamente en la oscuridad. La voz sugería, pues, que esa oscuridad impuesta debía de tener un plazo limitado, y debía de obedecer a un propósito especial. Entonces, ¿por qué no dejar el asunto por ahora y volverlo a coger más adelante?

Cogí el geranio y abandoné la cocina sin sensación de derrota.

Primero entré al dormitorio, dejé el vaso de agua sobre la mesita de noche y luego me dirigí a la sala de estar, llevando la planta. Las cortinas estaban corridas y tuve que dejar la maceta sobre el alféizar para recorrerlas.

Pero fue inútil.

Recuerdo que permanecí inmóvil, mirando fijamente el geranio.

«Ahí estás —pensaba—, sobre tu horrible plato verde; un símbolo de la victoria de los carniceros organizados sobre el ciudadano corriente que prefiere marchar solo por los caminos. El cree que la tribu puede protegerle, y de hecho a veces puede hacerlo; pero otras veces no puede. Y mientras mayor sea el número de veces en que puede protegerlo, tanto mejor para los ciudadanos. Pero los ciudadanos tienen que poner algo de su parte, tienen que luchar por su cuenta, tienen que poner voluntad y si un ciudadano pone voluntad en estos días, tiene que abrirse camino a través de los peligros de la jungla, tiene que ser capaz de enfrentarse con los carniceros. Quizá caiga víctima de un zarpazo lanzado por alguno de los que se deslizan bajo los arbustos de la jungla. Quizá muera, quizá vuelva a levantarse, pero tiene que estallar ante ese ataque, bendito sea Dios, tiene que hacer volar todo lo que lo rodea, tiene que presentar lucha, porque si él como individuo no lucha, entonces toda la tribu está perdida. Porque los individuos hacen la tribu, no la tribu al individuo. Y malditos sean los carniceros organizados y viva el ciudadano corriente».

De modo que todo fue inútil y regresé a la cocina, dejé el geranio en el lugar acostumbrado y luego entré al dormitorio y abrí las cortinas, para aclarar mis ideas antes de las siete y media de la mañana siguiente.

Me acosté y dormí bastante bien, y a la mañana, a las ocho menos veinte, sonó el teléfono. Por supuesto que adiviné de quién se trataba antes de levantar el receptor.

La voz era la misma de la primera vez; pero su tono era ahora cortésmente helado.

—Bueno, ha sido un fracaso, ¿eh? —dijo sin preámbulos, y su voz fue como un suspiro de pesar al comprobar lo intratable que era el género humano.

—¡Oh, váyase al diablo! —exclamé.

—Dígale a su novia que hoy se ponga las gafas, y el día de la boda también... si es que asiste —dijo la voz apresuradamente, como si temiera que yo fuera a cortar la comunicación y a no contestar cuando el teléfono volviera a sonar.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté con voz cortante.

Sentí una punzada de miedo en el estómago, rápida como una descarga eléctrica.

—¿Qué quiero decir? —preguntó él en un tono igualmente cortante—. Que por lo visto usted no nos ha tomado muy en serio. Eso es lo que quiero decir. Eso y nada más, nada más de lo que ya le anuncié en la nota que usted rompió. ¿Comprende? ¿Recuerda lo que le decía sobre la forma en que se exteriorizaría nuestro desagrado? ¿Comprende?

Preguntaba pero no aguardaba respuestas. Hablaba muy deprisa. Quizá tenía sospechas de que yo había hecho intervenir mi teléfono para registrar las llamadas que se hicieran desde cabinas telefónicas. Era como si en cualquier momento estuviera a punto de detenerse un coche de la policía ante su cabina.

—Las siete y treinta era el último plazo. Las siete y media de esta mañana. He recibido instrucciones de...

En su prisa había comenzado a tartamudear.

—¿Qué instrucciones le han dado? —pregunté con toda la calma que pude reunir—. Qué ha...

—La demostraremos que tenemos intenciones de hacer lo que hemos anunciado, de modo que...

—Por amor a Dios, no sea usted infantil —interrumpí.

—Escúcheme, ahora tengo que cortar, pero...

—Bueno, corte si quiere... Yo no tengo interés en seguir hablando con usted —dije bruscamente, porque no pude resistir la tentación de ser grosero.

—Nunca creí que lo tuviera —replicó él, siempre de prisa—. Supongo que usted no esperó verse mezclado con nosotros, ¿no es así? Ha tenido mala suerte.

Por primera vez estaba desapareciendo el barniz. La amabilidad se estaba diluyendo. Ahora había una nota de maldad desnuda en su voz.

—Es demasiado tarde —anunció—. Hemos perdido demasiado tiempo; pero lo recuperaremos, ¿sabe? Mientras tanto usted comprenderá que hablábamos en serio. Y haga que su chica se ponga las gafas... Se lo aconsejo. Más adelante, si usted la sigue amando...

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo que ya le he dicho... una manifestación de nuestro desagrado, ¿comprende?

—¿Qué manifestación de desagrado? —pregunté con un hilo de voz y sentí una vez más la descarga eléctrica en mi estómago—. ¿A qué se refiere cuando habla de manifestación de desagrado?

Pero ya intuía lo que él me estaba insinuando.

—¿Supongo que conocerá la pena que se aplica a quien pretende desfigurar a alguien con una navaja? —pregunté tontamente.

Oí su risa.

—No se trata de una cosa cruenta. No se nos ha ocurrido cortar la cara. Pero recuerde lo que le he dicho de las gafas. Es por el bien de la chica, ¿comprende? No tenemos nada en contra de ella. La pobre ha tenido mala suerte. No quisiéramos que quede ciega. El ácido en la cara es algo terrible —añadió bruscamente y oí que colgaba el receptor.

Permanecí inmóvil mirando el teléfono con fijeza.

Ahora estaba verdaderamente asustado.

Así como antes había creído que si me sometía a sus exigencias, Juliet y yo saldríamos bien parados de toda esta historia, así también creía ahora que aquella amenaza de quemar con ácido la piel de magnolia de Juliet era real.

Comencé a pasearme por el apartamento y así estuve por espacio de una hora, tratando de decidir qué debía hacer. Por fin, sin lavarme ni afeitarme, sin tomar una taza de té, a pesar de que eran ya las nueve, bajé, busqué mi automóvil y me dirigí a la comisaría de policía.

No me importaba la humillación, tenía que hacer un esfuerzo más, ahora que estaba Juliet complicada.

Lamentablemente estaba de guardia el mismo joven y alerta sargento de la ocasión anterior. Y no sólo me reconoció, sino que me llamó por mi nombre.

—Buenos días, Mr. Compton —me saludó con su manera simpática—. ¿Más problemas? —¿Está el comisario?

—¡Ah, el comisario! —repitió con cautela—. Ahora es difícil dar con él. Anda muy ocupado. Siempre entrando y saliendo. ¿Puedo transmitirle el mensaje?

—¡Quiero saber si está! —dije con obstinación—. Y si está, quiero verle.

El joven sargento se inclinó sobre el mostrador para acercarse más a mí y me habló en tono confidencial. Creo que se veía a sí mismo como una mezcla de Dixon de Dock Green y Spencer Tracy en una de sus viejas películas.

—Mire, señor: el comisario está, es cierto; pero está en una conferencia muy importante. ¿Comprende? —¿Y cuándo se desocupará?

El sargento se encogió de hombros con gesto evasivo.

—Quizá dentro de una hora, quizá más tarde aún. Uno nunca sabe. —Esperaré. Me sentaré aquí y esperaré.

—¿Me permite que le sugiera algo, señor? ¿Qué le parece si tomo nota de lo que usted quiere decirle? Quizá cuando él lo lea procure ponerse en contacto con usted. ¿Qué le parece? Se ahorraría una espera muy prolongada. ¿Eh, señor?

Hablaba en tono amable y tierno, como uno puede hablar con una anciana chocha. Tuve que morderme para no demostrar mi impaciencia. Procuré recordar que esta gente creía sinceramente, y con toda razón, que yo padecía un complejo de persecución o, por lo menos, alguna perturbación mental provocada por el accidente automovilístico. En algunos instantes terribles, yo mismo había dudado de mi salud mental. Dadas las circunstancias, el joven sargento se estaba mostrando muy paciente y humano.

Asentí con la cabeza y apoyé la barbilla en una mano. Al hacerlo recordé mi barba de un día. Dudo que la barba crecida y la melena despeinada hayan contribuido a mejorar la situación.

Recordé que el comisario y el sargento se habían mostrado un poco impacientes en un momento; pero ahora no los podía culpar demasiado. Les había arrancado de su ocupación, de las importantes etapas iniciales de una investigación, para hablar con un hombre que parecía afectado de algún tipo de neurosis provocada por un accidente automovilístico.

—Está bien —decidí—. Dígale lo siguiente... Diga al comisario lo siguiente. Dígale que he recibido otra carta, similar a la anterior, pero en ésta extienden la amenaza a mi novia. Dígale, también, que he recibido otra llamada telefónica en la que me han anunciado que le arrojarán ácido al rostro, hoy o mañana, o el día de nuestra boda. Nos casaremos en la Iglesia Católica de Baxter St. Street, Mayfair, a las tres y media. ¿Entendido?

—Se lo diré, señor. No se preocupe.

—Dígale que quiero protección policial.

—Se lo diré, señor —aseguró el sargento—. Le diré todo eso, no tema.

—Dígale que no creo...

Me detuve y vacilé.

—¿Que no cree qué, señor?

—Dígale que no creo que mi novia necesite protección hoy; pero quiero que se la den mañana, en la iglesia. ¿De acuerdo?

—Le transmitiré lo que me ha dicho, señor.

—Gracias. Muchas gracias —murmuré con aire sombrío.

Trasmitiría mi petición, pero no ocurriría nada. No podía confiar en que tomaran medidas. La policía no puede brindar protección a todos los locos que se sienten perseguidos. Ni siquiera le pedí que me mostrara el mensaje escrito. Me alejé sin más trámite.

No pedí protección policial para Juliet ese día porque, ¿en qué podía consistir esa

protección? Salvo en casos excepcionales, ¿qué podía hacer fuera de encomendar a un agente que pasara por su puerta con más frecuencia que lo habitual? Acaso llamarían un par de veces durante el día para ver si todo estaba en orden, y quizá lo hicieran cuando el daño ya estuviera hecho. ¿Qué podían hacer? Yo no lo sabía.

Lo que sí sabía es que no podían destinar un par de agentes para que siguieran a Juliet por todo Londres, en sus trajines de último momento.

Llamé a Stanley Bristow. Quería agotar los recursos, por inefectivos que fueran.

Stanley se alegró de que le llamara; quería consultarme una o dos cosas acerca de las palabras que se pronunciarían. Cuando me dio oportunidad para hablar, le dije:

—Escúcheme, Stanley; no quiero que Juliet salga sola hoy.

—Ya se ha ido, viejo.

—¿Adónde?

—A la peluquería, viejo; ha ido a hacerse una ondulación permanente. ¿Qué ocurre?

No confiaba en él como para ponerle al tanto de los hechos. Temía que repitiera nuestra conversación a Juliet. Yo hablaría con ella, pero no le revelaría todo. No veía la necesidad de hacerlo. Uno no tiene defensa contra un ácido arrojado al rostro.

El hombre puede estar en cualquier parte. Puede estar en un autobús, en un aparcamiento subterráneo, al acecho en una esquina o puede pasar junto a uno por la acera. Uno es feliz y reboza de alegría de vivir y, de repente, cae el líquido corrosivo sobre el rostro, y la piel queda destrozada por el resto de la vida y si alcanza a los ojos se puede perder la vista para siempre. Y ya está hecho y de nada sirve hablar de protección policial, o de llevar gafas que defiendan las pupilas.

—No importa —dije—. Hoy no podemos hacer nada.

Realmente no había nada que hacer. Si la policía no podía protegerla, menos lo haría Stanley Bristow. En el estrecho círculo de un hora, la defensa era posible; en el transcurso normal del día no existía la menor posibilidad de evitar el daño.

—Alguien me ha vuelto a llamar —proseguí—. Las amenazas de siempre.

Stanley no respondió en seguida; luego adoptó un tono sedante.

—No te preocupes, viejo. No te preocupes por nada.

Todo va a salir bien. No debes preocuparte, ¿eh? Tómalo con calma. No le des más vueltas al asunto y descansa bien esta noche. Mañana te espera un día de mucho trajín.

Más tarde Juliet almorzó conmigo. Era nuestro último encuentro a solas antes de la boda. Estaba tranquila, más pálida que de costumbre y un poco nerviosa. Supuse que ese estúpido de Stanley le había dicho algo.

—¿Estás contenta de que llegue el día, querida? —le pregunté mientras comíamos.

Era una pregunta tonta. Ella no levantó la vista del plato cuando respondió.

—Tengo miedo de que llegue —dijo—. Me preguntas y te contesto. Me alegraré cuando haya pasado.

Vio mi expresión descorazonada.

—No es porque no te ame. Es precisamente porque te quiero.

—¿Qué te ha dicho Stanley? —preguntó con rabia.

—No mucho.

—Stanley exagera siempre.

—No siempre.

—Nada ha cambiado —murmuré—. Debes creerme. Todo está como antes. ¿Me crees?

Era una mentira flagrante, pero yo estaba aterrado. Se suponía que el día de la boda debía ser feliz, y yo veía evaporarse su fragancia. Suciedera lo que sucediera, yo quería que ella fuese feliz en su boda.

—¿Por cuánto tiempo seguirá esto? —preguntó Juliet con tristeza.

—No mucho, querida; ahora lo sé.

—¿Cuánto? —insistió.

Busqué una respuesta en mi imaginación.

—Sólo hasta que regresemos de la luna de miel.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé. Este tipo de cosas no puede prolongarse indefinidamente.

—¿Y si no regresáramos? ¿Si uno de nosotros dos no regresa?

—Regresaremos sin problemas. Una vez que salgamos de aquí las cosas cambiarán y regresaremos perfectamente. No te preocupes por eso. No te preocupes por eso ahora.

El corazón me dolía cuando miraba su piel de magnolia. Me preguntaba si en realidad saldríamos de viaje o si la vería en la cama de un hospital con el rostro cubierto de vendas.

Soy un individuo más bien solitario, con pocos amigos íntimos. Me costó un poco de trabajo encontrar un padrino de boda. Por fin, un tipo llamado Gerald Bailey accedió a cumplir la tarea. En una época habíamos trabajado juntos en una revista y desde entonces manteníamos una amistad con altibajos. Yo no tuve la habitual despedida de soltero, y en cambio, me vi obligado a invitar a Gerald a comer. Era lo menos que podía hacer a cambio del traje que tendría que alquilar para la ocasión.

Pero antes de encontrarme con él pasé por casa de Bristow para tener una charla final con Juliet. No podía demorarlo más y, por eso, en la primera ocasión que se me presentó le dije:

—Hazme un favor, ¿quieres? Sabes cómo me gusta verte con gafas. Póntelas mañana, ¿lo harás, querida?

Me miró atónita.

—¿Que me ponga gafas? No tengo ninguna necesidad de usarlas para la ceremonia.

—Ya sé que no las necesitarás. Pero te pido que lo hagas.

—¿Y por qué?

—Porque estás más bonita con gafas.

—Eres el único que piensa así.

—Tú no te casas con los demás.

No me tomó en serio, por supuesto, y rió.

—Tendrás tiempo de sobra para verme con gafas más tarde.

—Ponte las gafas, por favor —insistí—. Póntelas, por favor, querida. Hazlo por mí. ¿Lo harás?

Debió de advertir una nota de desesperación en mi voz, porque me miró y vi que reaparecía en sus ojos aquella vacilante llama de miedo.

—¿Por qué? —preguntó nuevamente.

—Sólo porque me encanta verte con gafas.

No preguntó más. Comprendió que era inútil. La mente ágil que había tras su manera serena era capaz de captar un pensamiento no exteriorizado en palabras. Adivinaba el subterfugio y, sin embargo, sabía que era inútil insistir sobre el tema.

—Ya veré —dijo y no prometió nada.

Me pregunté si vería, de no usar las gafas. Repentinamente, sentí que flaqueaba e hice a un lado mi resolución.

—Juliet —le dije—, Juliet, escúchame.

—¿Qué?

El miedo inundaba sus preciosos ojos.

—Lo que he hecho, hecho está. Ahora no importa si procedí bien o mal. Por el momento no puedo deshacerlo. Quiero que te protejas de todas maneras.

Me miró pensativa.

—¿Incluyendo mis ojos?

—Bueno, sí; incluyendo tus ojos.

—¿Contra qué?

Vacilé un instante.

—La gente puede arrojar cosas —dije, por fin—. Uno nunca sabe, podrían arrojar algo.

—¿Que cuide mi rostro y mis ojos? —preguntó ella lentamente—. ¿Y en cierta medida mi ropa?

No dije nada.

Por más que ella trató de ocultarlo, alcancé a distinguir un relámpago de terror desnudo y me reproché no haber guardado silencio como me lo había propuesto. No

creí que ella llegara tan pronto a la conclusión acertada.

Ni siquiera tenía la fuerza para afrontar solo el peso de mis responsabilidades. Por lo menos debía haberle permitido que llegara feliz a la iglesia el día de su boda.

De hecho llegó atemorizada e indefensa. Sin duda Elaine Bristow desempeñó un papel en el asunto de las gafas, pero creo que ante todo fue vanidad.

La iglesia en la cual nos casamos era pequeña y sin pretensiones. Había sido edificada como capilla para un embajador católico, en los tiempos en que el culto estaba proscrito, y por fuera tenía el aspecto de una fábrica en desuso. Ése era precisamente el efecto perseguido. La fachada era un *camouflage* para ocultar el templo y defenderlo de los motines antipapistas del siglo dieciocho.

Gerald Bailey me llevó en su automóvil a la iglesia. Supongo que atribuyó mi tensión al nerviosismo habitual en los novios. Me dejó en la puerta y partió en busca de un sitio donde aparcar.

El interior de la capilla era cálido y acogedor. Los dorados y azules del coro brillaban a la luz de las velas. En los peldaños que conducían al altar había dos enormes ramos de crisantemos dorados y blancos. Elaine Bristow no había economizado en flores.

Cerca del altar de la Virgen ardía una docena de velas y una anciana desgranaba su rosario entre los dedos y movía los labios, ajena a cuanto ocurría en derredor. El organista comenzó a ejecutar una melodía suave y difusa, como la música de fondo de las películas.

Preferí no subir al altar con demasiada anticipación y permanecí en la penumbra de una nave lateral, observando cómo se llenaba la iglesia. No eran muchos los invitados y la mayoría eran parientes y amigos de los Bristow. Distinguí a mi madre, cargada de años pero indómita, que recorría con tenaz esfuerzo la nave central. La saludé con la mano. Yo era el hijo de la vejez, y, probablemente, mi matrimonio la había cogido tan de sorpresa como mi nacimiento.

Gerald Bailey se me unió. A las quince y media oí que se detenía un coche ante las puertas y pocos segundos después, el ruido de una portezuela que se cerraba. Juliet había llegado.

Gerald y yo nos abrimos paso hacia el altar. Al llegar al reclinatorio me volví. Recorrí con la mirada la nave central, hasta llegar a la puerta, por donde entraría Juliet.

En un asiento que daba al pasillo central, y del lado ocupado por mi escasa colección de invitados, distinguí un rostro que no era el de un amigo ni el de un pariente. Era rubicundo, bonachón y vagamente familiar.

Alcancé a divisar a alguien que revoloteaba en torno a Juliet arreglándole el vestido, y a Stanley Bristow que observaba la operación. Y en esos pocos segundos volví a mirar el rostro aquel que asomaba al pasillo.

Cuando advertí que se trataba del supuesto sargento Matthews, Juliet ya cruzaba la puerta principal del brazo de Stanley. No llevaba anteojos, pero el velo —que estaba firmemente sujeto al peinado y se abría en rígida campana ante el rostro—

sería su escudo.

Vi que el supuesto sargento Matthews volvía la cabeza cuando Juliet comenzó a avanzar por el pasillo. No se movió cuando pasó junto a él. Ella, por su parte, tenía los ojos clavados en el altar y avanzaba sin sospechar lo que representaba aquel hombre.

Dejando de lado las cadenas de los convencionalismos sociales, que me mantenían inmóvil, inhibido, incapaz de provocar una escena, hasta el día de hoy no sé qué medida práctica podía haber tomado. Él tenía todo el derecho del mundo de estar sentado allí, en una iglesia abierta al público. Es verdad que no había sido invitado; pero en aquel instante no molestaba a nadie.

De modo que la vi pasar junto a él, casi rozándole el brazo, y sentí que mis palmas se humedecían. Sabía que ese velo que la había protegido a la entrada, ya no cubriría su rostro a la salida.

Pero cuando saliéramos yo estaría a su lado, estaría junto a ella e interpondría mi cuerpo o haría... cualquier cosa.

La vi acercarse y pensé nuevamente que a la salida yo podría hacer algo. Al primer movimiento de aquel hombre haría algo, golpearía, empujaría, rompería, patearía. Haría algo.

Y entonces Juliet llegó hasta donde yo estaba. No sonreía. Estaba muy pálida y bajo el velo sus grandes ojos oscuros tenían aquella sombra de miedo que yo ya conocía.

Se detuvo junto a mí y pude ver la suave mata oscura de su pelo, aprisionado por un nudo de *stephanotis*. Llevaba un rígido vestido de seda que susurraba a cada movimiento. El ramo de *stephanotis* temblaba en sus manos. Me envolvió el intenso perfume de las flores.

El sacerdote descendió los peldaños del altar. Era un hombre bajo, rubicundo, y el alba orlada de encaje que llevaba sobre la sotana, resultaba absurda en él.

Volví a mirar a Juliet, pero ella seguía sin sonreír. Sus labios tenían un ligero toque de color; por lo demás, su piel estaba blanca como el vestido. Le tomé la mano. Fue como tocar una flor en la nieve.

Era como si tuviera conciencia de que en su marcha a través de la iglesia acabara de rozar el terror. Ese terror estaba aún allí, a nuestras espaldas, mientras nos arrodillábamos al pie del altar.

Como en todas las bodas entre católicos y protestantes, el servicio religioso fue breve y simple, porque no se permite la misa de esponsales.

Gerald Bailey me tendió el anillo y en el momento apropiado pronuncié las palabras «En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, Amén», tocando cada uno de sus dedos, y con la palabra «Amén», le coloqué el anillo en el dedo anular. Pero todo el tiempo mis pensamientos giraban en torno al instante en que

recorreríamos la nave en dirección a la salida. Ella avanzaría sin el velo y allí había un hombre con una botella de ácido en el bolsillo del abrigo. «Podré hacer algo — pensaba con desesperación—. Algo haré, porque lo conozco y conozco sus planes y hombre prevenido vale por dos. De modo que todo saldrá bien. ¡Oh, Dios mío, haz que todo salga bien!». Tras la ceremonia civil en la sacristía, tras las firmas, los besos y las sonrisas, volví a pensar: «¡Dios mío, te lo pido: que todo salga bien! Permíteme que lo detenga».

Iniciamos nuestra marcha a través de la nave central, y yo traté de adelantarme a ella una fracción de paso; pero mi precaución estuvo de más: él ya no estaba en su asiento.

Yo estaba tenso y rígido; pensaba que quizá sólo había cambiado de lugar o se había escondido en algún rincón de la iglesia. Pero no era así.

No estaba en la iglesia. Estaba afuera.

Pero aun en el atrio permitió que los fotógrafos nos rodearan. Le alcancé a ver detrás de un agente de policía. ¡Justamente de un policía! Estaba un poco a la izquierda del lugar en que nos encontrábamos. Yo miraba a los fotógrafos, pero no lo perdía de vista. De reojo alcancé a ver que se acercaba a paso vivo y le vi sacar la botella del bolsillo de su abrigo y quitar el tapón.

Recuerdo que grité: «¡Cuidado!», empujé a Juliet hacia atrás con mi brazo derecho y descendí de un salto los tres escalones de la iglesia en dirección al hombre. El ímpetu con que llegué hasta él hizo que cayéramos al suelo. Mi mano izquierda aferró su muñeca derecha, porque tenía la botella en esa mano. Con la mano derecha agarré por la garganta y le apreté contra el suelo. Sus ojos pardos, de expresión bovina, me miraban como me habían mirado durante aquella visita en la que me había informado sobre la supuesta acusación formulada por la pobre Cara de Buñuelo.

—¡Hijo de perra! —le espeté casi sin aliento, mientras mi mano se crispaba sobre su garganta.

Luego sentí que un vigilante y Gerald Bailey me arrastraban.

Cuando le interrogaron dijo que se llamaba Arthur Robinson, con domicilio en Clapham. Según explicó, se había detenido a ver la ceremonia por simple curiosidad. Sufría asma y que iba a inhalar el remedio que siempre llevaba consigo cuando yo salté sobre él. Mostró la botella y permitió al agente de policía que la oliera.

No, no estaba lastimado, aunque era probable que el *shock* le provocara un ataque de asma más tarde. No, por cierto que no presentaría acusación contra mí; no quería arruinarnos el día. Estuvo de acuerdo en que debía tratarse de una confusión de identidad.

De modo que prosiguió su camino, rodeado por el respeto de todos, por su

magnanimidad.

En la recepción todo el mundo hizo lo posible por quitarle importancia al incidente. Yo sólo pude esgrimir la débil excusa de que se parecía a un hombre que me tenía tirria y perdí disculpas a todos y cada uno por haber provocado aquel estúpido incidente.

Pero no fue preciso que me disculpara ante Juliet y por un rato la sombra del temor desapareció de sus ojos.

Nuestra luna de miel transcurrió sin inconvenientes, quizá debido a que recorrimos el sur de Francia sin detenernos en ningún punto. A nuestro regreso no nos aguardaba ninguna carta amenazadora.

Me habría gustado creer que nos habían dejado en paz; pero no lo creía. Por eso, la carta que apareció entre el montón de facturas, circulares y otras comunicaciones que nos aguardaban me produjo un estremecimiento de placer, mezclado con excitación y alivio.

Era de Stanley Bristow.

La había escrito una semana después de nuestra partida y un día antes de partir con Elaine en una gira por el norte de Europa y los países escandinavos. La carta decía así:

«Mi querido James:

»Siento que te debo una disculpa y cuando hayas leído lo que sigue verás por qué. El hecho es, viejo, que me puse en contacto con ese tipo de Harley Street que ya te he mencionado y le hablé de tu accidente automovilístico y de lo que yo suponía eran consecuencias de *shock*. Bueno, para abreviar una larga historia te diré que el especialista consideró que yo estaba equivocado y que si la policía no tenía interés en el caso, había otras personas que sí podían interesarse y él se encargaría de informar a alguien.

»Sólo te diré, viejo, que un tal comandante Ricketts, que es un funcionario estatal (por así decir) te telefonará, porque está muy interesado. Él te aconsejará y, si es necesario, se encargará de que la policía te brinde la debida protección en el futuro.

»Un abrazo para Juliet y para ti, viejo.

Stanley»

Ricketts no me llamó hasta una semana después de nuestro regreso. Era precisamente la mañana del día en que regresarían Stanley y Elaine Bristow.

Fue una de las semanas más largas de mi vida. Así como durante las vacaciones los primeros días parecen transcurrir lentamente —al punto que a los tres días de partir uno cree haber estado ausente una semana—, así también parecían hacerse interminables los días que siguieron a nuestro regreso.

Por un lado, yo vigilaba el buzón y estaba alerta a las llamadas telefónicas; por otro, esperaba con impaciencia que el comandante Ricketts se pusiera en contacto conmigo.

Luego, repentinamente, él apareció en el teléfono y arregló una entrevista conmigo para esa misma tarde, en el bar del hotel Ritz.

Era un hombre alto y esbelto, de unos cincuenta años, pelo canoso, cutis fresco, nariz fresca y una sonrisa juvenil. Vestía traje de *tweed* liviano, camisa color crema y corbata de excelente calidad. De cuando en cuando, mientras hablábamos, tomaba rápidas notas en el dorso de un sobre, con un anticuado lápiz de oro.

Es difícil describir la oleada de alivio que experimenté al comprobar que estaba hablando con alguien que tomaba el asunto en serio.

Comenzó diciendo que conocía mi historia a grandes rasgos y que se había enterado «indirectamente a través de Mr. Bristow». Luego me rogó que la repitiera en forma su cinta. Me escuchó con toda atención, y cuando concluí mi versión condensada, movió la cabeza en un gesto que parecía ser de entusiasta aprobación.

—Usted ya sabría que algunos gobiernos extranjeros utilizan la extorsión con fines de espionaje —dijo.

—No sugeriré usted que Mrs. Dawson, del hotel *El Redro*, en Burlington, era una espía, ¿no?

—Todo lo contrario.

—No entiendo.

—Quiero decir que yo creo en su teoría respecto a Mrs. Dawson.

—¿Habla usted en serio?

Lo observé a la espera de una salvedad, que llegó pocos segundos después.

—Hasta cierto punto —dijo.

—¿Qué punto? —pregunté casi antes de que las palabras terminaran de salir de su boca.

—Hasta el punto en que comenzaron los intentos por inducirla a que cediera todos los detalles de sus víctimas; mi propia teoría difiere a partir de ese momento.

—Prosiga —rogué.

—Ella tenía una mente retorcida, es verdad. Estaba obsesionada por la idea de

venganza. Quería hacer todo el daño posible al mundo criminal. Pero cuando se trató de hacer un daño al país, la respuesta fue: no. Supongo que ellos erraron el camino.

—¿Erraron el camino?

—«Ayúdenos a destruir el sistema de clases que produce criminales y que ocasionó la muerte de su esposo»... cosas por el estilo. Pero no dio resultado, ¿no le parece?

—Si eso fue lo que ocurrió, no dio resultado. Supongo que además habrán intentado convencerla con dinero, ¿no es verdad?

—Deben de haberle ofrecido una compensación por la pérdida de su renta, por así decir —dijo Ricketts con expresión sombría—. Son gente realista. Y luego llegó la oferta final.

—En Pompeya —murmuré y miré el lujoso decorado que nos rodeaba, mientras pensaba en el polvoriento suelo de Pompeya.

—En Pompeya —repitió Ricketts e hizo una seña al camarero para que nos sirviera otra copa.

—Pero ¿por qué la mataron? —pregunté.

—Mi departamento cree... —comenzó Ricketts y se detuvo.

—¿Cuál es su departamento?

—¿Tiene alguna importancia eso?

Hice un gesto de negación, lamentando la falta de tino de mi pregunta.

—Mi departamento cree que la mataron porque surgió otra persona que ofrecía la información requerida... por el mismo dinero.

—¿Quién? —pregunté como si no hubiera adivinado ya.

—Alguien que la ayudaba, alguien de mucha confianza que tenía acceso a los ficheros y que en este momento ya debe estar fuera del país.

Contemplé mi *whisky* con soda.

—¿Sigue estando Mrs. Gray en el hotel *El Retiro*? —pregunté, por fin.

—Mrs. Gray ya no está en ese hotel. Ha abandonado el país.

—Vieja traidora, cara de bollo —exclamé.

—Carecemos de pruebas —aclaró Ricketts con modestia.

—¿Y cuál es mi papel?

—Es una simple conjetura.

—No importa; expóngala.

—Supongo que su intervención se produjo en un momento delicado, en un trance difícil. Un año, o quizá seis meses después, su aparición no les habría importado. Creo que todas esas amenazas perseguían un propósito.

—Me alegra haber sido tan oportuno —comenté, pero Ricketts no sonrió.

—Todos esos incidentes se dispusieron de manera tal que si usted descubría algo delicado, ni la policía ni nadie lo tomaría demasiado en serio. Usted habría pasado

por un enfermo nervioso. ¿Comprende?

Asentí con la cabeza.

—¿Y por qué no puede tratarse de delincuentes? —pregunté—. ¿Por qué no puede tratarse de extorsión comercial, de un negocio que rinde pingües beneficios?

—Ninguna organización criminal podría tomarse tantas molestias ni incurrir en tantos gastos. Simplemente habrían acabado con usted.

—¿Y por qué no acabaron éstos conmigo?

—Éstos, como usted los llama, no matan mucho. Procuran evitar las muertes en lo posible.

Vaciló, y luego, añadió:

—Pero lo harán si se ven obligados a hacerlo. Ésa es la opinión de mi departamento.

—¿Qué quiere usted decir? ...pregunté sin necesidad alguna.

—Quiero decir que han sido muy pacientes con usted. Quiero decir que es una suerte que nos hayamos conocido.

Bebí un trago de *whisky*.

—Ha sido una suerte que nos conociéramos —repetí.

—Usted ha estado luchando y lucha contra un servicio de inteligencia hostil, ¿se da cuenta de eso?

Asentí, pero señalé que no consideraba a Miss Brett, a la pobre Cara de Buñuelo, ni aun al rechoncho Bardoni, personas capaces de obtener secretos valiosos.

—Son piezas sin importancia, que sólo temían sus investigaciones por razones personales. Por temor a que el pasado arruinara su presente.

—Por temor a un futuro desolado —murmuré y Ricketts asintió con la cabeza.

—Pero aquí y allá, entre las víctimas de Mrs. Dawson tiene que haber otros, igualmente atemorizados, pero que ocupan lugares más importantes. Ellas han trabajado en eso durante mucho tiempo, Mr. Compton.

Cuando nos separamos prometí consignar por escrito hasta el más ínfimo detalle que pudiera recordar de todo el caso. Debía entregar el documento en el domicilio personal de Ricketts al día siguiente, de mañana. Le pareció mejor no acercarse a mi casa.

Regresé en taxi, feliz de no haber sucumbido a la tentación de colocar el geranio rojo en la ventana.

Juliet también se mostró encantada y trabajamos juntos en el informe hasta las dos de la mañana.

A las diez me dirigí en mi auto a Hurley News, cerca de Belgrave Square. Hallé el número 25 pintado en una puerta.

Al principio creí que me había equivocado de casa. Los cristales de las ventanas estaban rotos o faltaban. En el interior no había muebles y el empapelado pendía en

jirones de las paredes.

Tras comprobar el número con la anotación que el propio Ricketts me había hecho, decidí tocar el timbre; pero por supuesto, no funcionaba, de modo que golpeé la puerta. La calle estaba desierta, cosa que era extraña a esa hora del día.

En vista de que nadie respondía, empujé la puerta y comprobé que estaba sin cerrojo. Entré sin saber a ciencia cierta qué hacer.

En realidad, no tuve que hacer mucho —salvo mirar unos instantes la polvorienta y desnuda escalera— porque a la entrada, en el suelo, había un sobre color pergamino dirigido a mí.

Por supuesto había sido escrito con mi propia máquina, como las demás notas. Era un mensaje breve:

«Le he dicho la verdad. Hemos sido muy pacientes con usted. Es una suerte que nos hayamos conocido.

Ricketts».

Mis ojos no podían apartarse de la nota. De pronto sentí náuseas. Luego una sensación de mareo, y luego ni náuseas ni mareo. Estaba simplemente entumecido; mi cerebro se negaba a funcionar.

Sentí que el corazón me latía de prisa. No temblaba, pero sentía que los latidos de mi corazón resonaban cada vez más ensordecedores en mi oído.

Transcurridos unos instantes traté de pensar.

Ahora veía las tres líneas de defensa.

Primero los intentos aislados de los pececillos por salvarse; luego la verdad parcial, revelada por el coronel Pearson; por último, la verdad total, que había expuesto abiertamente ante mis ojos el individuo que decía llamarse Ricketts.

Volví a mirar la nota y la releí, mientras el dolor del miedo —que no es exactamente dolor, sino más bien una contracción muscular— se apoderaba de mi estómago.

Afuera soplaba, a rachas, una brisa de fines de otoño. Los jirones de papel susurraban en las paredes. Un trocito de yeso, desprendido por el viento cayó a mis pies, como si hubiera caído del nido de algún animal.

El hombre corriente, hasta el más humilde —sobre todo el más humilde—, se considera seguro en su oscuridad y en su relativo anonimato. Dejarme vivir, dice, dejarme labrar el suelo y no me ocuparé de nada que no sea lo mío. Pero nunca estuvo a salvo, no lo está ni lo estará jamás, pensé.

Un inocente y breve paso, aun por caminos conocidos, y entra dentro del radio de visión de ojos que acechan desde las profundidades de la jungla circundante. Y si

presta atención podrá oír el crujido de dientes y el rumor de cuerpos que se deslizan en la espesura. Hará bien en mantener su lanza en ristre y santiguarse, o mirar en dirección a la meca, o tocar su amuleto pagano.

Los hombres deben luchar; unos ganan y otros pierden, como había perdido yo.

Porque mientras más grande es la causa, tanto más grande será la tiranía que erigirá luego para defenderse. Antes de que surgiera el noble y sagrado concepto de la democracia completa, un hombre podía viajar por doquier sin mayores impedimentos; mientras que ahora se ve encajonado por fronteras, pasaportes y visados y muros, e interdictos, y leyes, y policías... todo para preservar la libertad del individuo.

Y en algunos estados monárquicos se podía gritar «¡Abajo la monarquía!», y en algunas democracias estaba prohibido gritar «¡Abajo la democracia!», y bajo una dictadura no se podía gritar «¡Abajo la dictadura!», y todo, todo, en pro de la libertad del individuo.

Por eso el ciudadano corriente debe mantenerse alerta, no debe consentir que le atropellen y, si es preciso, debe luchar, como lo ha hecho en todos los tiempos, aun cuando su lucha termine en el martirio, o sea breve y nada heroica como había sido la mía. Todo contribuye.

¿Pensé realmente todo eso mientras leía la nota del hombre que decía llamarse Ricketts?

Por cierto que no.

Lo pensé y lo desentrañé más tarde. Pero en momentos como aquél hay un germen explosivo, un universo caótico y en expansión, de lógica y de emociones, que contiene en sí mismo los elementos esenciales para la futura disección. Eso fue lo que experimenté.

En medio de mi tristeza y mi desesperación pensé también. La tribu está tan ocupada protegiendo a la tribu, que no tiene tiempo de proteger al individuo.

Luego sentí a mis espaldas una corriente fría, cuando la puerta de calle se abrió del todo. Pero antes de que tuviese tiempo de volverme sentí un golpe en la nuca. No había sido asestado con un instrumento, sino a mano limpia y me arrojó con tanta violencia hacia adelante, que trastabillé y caí al pie de la escalera.

Levanté la vista desde el polvo del suelo, aferrando aún la nota en una mano y el documento que había preparado con tanto trabajo en la otra. Y en el vano de la puerta vi a Ricketts, al hombre que se había hecho pasar por sargento, con sus bondadosos ojos bovinos y a dos hombres más. Reconocí al que llevaba una chaqueta de cuero que le llegaba a las rodillas.

—Usted no se ha portado muy bien con nosotros, ¿verdad?

No respondí.

Uno siente la tentación de atribuirse a sí mismo réplicas ingeniosas, cuando narra

algún acontecimiento pasado. Pero debo confesar que yo no dije nada, porque tenía demasiado miedo. Quisiera poder explicar esa sensación. En parte era el natural temor a la muerte, pero en parte se debía también a que me imaginaba a Juliet esperándome, mientras pasaban las horas.

—Hemos sido pacientes, ¿no es así? —dijo Ricketts y me dio un puntapié en las costillas—. ¿Eh? ¿No es así? —preguntó una vez más y me volvió a golpear.

Asentí.

—Puedo apalearlo y amordazarlo y atarlo, y meterlo en un canasto que hay en el piso de arriba, o usted puede seguirnos si quiere en el furgón que está estacionado detrás de la casa. ¿Qué prefiere?

—Iré —dije.

—Bueno. Levántese. ¡Vamos! ¡Levántese!

Me puse lentamente de pie. Sucio. Aturdido. Sin esperanzas. Pensando en el geranio rojo.

Le oí decir:

—Este hombre tiene una pistola con silenciador. Asentí con la cabeza.

Avancé trastabillando hasta la puerta y el grupo se abrió para rodearme. Afuera nos esperaba un furgón verde. Yo no lo había oído llegar. Subí por atrás. No había división entre el asiento del conductor y la cabina trasera. Esperé que los otros subieran.

Como tardaban en hacerlo me asomé por la puerta posterior y luego miré por la ventanilla delantera.

A través del parabrisas pude ver otro furgón azul que se aproximaba y bloqueaba el paso. En la otra dirección habían aparecido dos automóviles negros impecablemente limpios. Desde cada extremo se acercaban cuatro hombres.

No hubo peleas, no hubo tiroteo.

Sólo oí un confuso rumor de voces por espacio de algunos segundos. Luego escuché la voz de Ricketts que se levantaba sobre las demás.

—¡Exijo privilegios diplomáticos! —gritaba.

—Está bien, señor —respondió otra voz—. Ya veremos eso luego. Mientras tanto usted deberá acompañarme a la comisaría.

Uno de los agentes de policía asomó la cabeza por la puerta del furgón verde y me tomó por un brazo. Yo continuaba aferrado al documento que había preparado por encargo del hombre que decía llamarse Ricketts.

—Usted también —dijo el policía—. Vamos. Muévase. Y entrégueme ese sobre.

—¿Qué diablos he hecho yo? —tartamudeé.

—Queda detenido bajo sospecha de pasar informaciones a una potencia enemiga y por violar la Ley de Secretos Oficiales o algo por el estilo... ¡Vamos! ¡Andando!

—¡Santo Dios! ¡Usted está chiflado! ¿Ha perdido el juicio?

—Probablemente —respondió el policía—. ¡Vamos! ¡Salga de ahí! ¡Así me gusta!

No fue posible acusar de nada a aquellos hombres porque no se encontraron documentos comprometedores en su poder.

Ricketts, cuyo verdadero nombre no pienso revelar en pro de las buenas relaciones internacionales, fue declarado *persona non grata*, y abandonó el país. Dos de los otros fueron deportados. El hombre que había dicho llamarse Matthews corrió peligro de que se le acusara de algunos delitos menores, tales como el de hacerse pasar por oficial de policía. Pero, por fin, todo quedó en la nada.

Para mí toda aquella historia fue una porción de terror: el ciudadano corriente está rodeado por más peligros de los que él supone. Detrás de los ojos que le observan hay otros ojos, que observan a los primeros. Detrás de las bestias carniceras que se deslizan por la espesura, hay otras que las acechan. La rebanada de terror es gruesa y tremenda.

Vivimos en una época peligrosa. Lo único que podemos hacer es mantener la lanza en ristre, cosa que no nos servirá de mucho, tocar el amuleto, confiar en la buena estrella y en la tribu, como en mi caso, no sólo protege a la tribu sino al individuo.

Nada se pierde con confiar.

Para sentirse más seguro, siempre, hasta el día de hoy, tengo un geranio rojo en el antepecho de la ventana.

Nota

Puesto que no me queda otro remedio que soportar a ese zoquete que tengo por suegro y a esa horrible suegra que me ha tocado en suerte, he cambiado todos los nombres y alguna que otra circunstancia en esta historia. Ni siquiera la he firmado con mi propio nombre.



JOHN MICHAEL WARD BINGHAM, séptimo barón Clanmorris (3 noviembre 1908 a 6 agosto 1988) fue un ex MI5 espía y novelista Inglés que publicó varias novelas policíacas y de espionaje.

Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó para el MI5, y fue según el propio LeCarre la inspiración para su famoso personaje de Smiley.

Luchó en la Segunda Guerra Mundial, con los Ingenieros Reales y adjuntos al Estado Mayor General. Logró el título de séptimo barón Clanmorris el 24 de junio de 1960.

La primera novela de Bingham, *My Name is Michael Sibley* (1952), fue inusual para su época en la que se sugería que la policía británica no siempre juega limpio.